

¿Para quién soy?

Asamblea de llamados
para la Misión

Ponencias
del Congreso
de Vocaciones



Febrero 2025

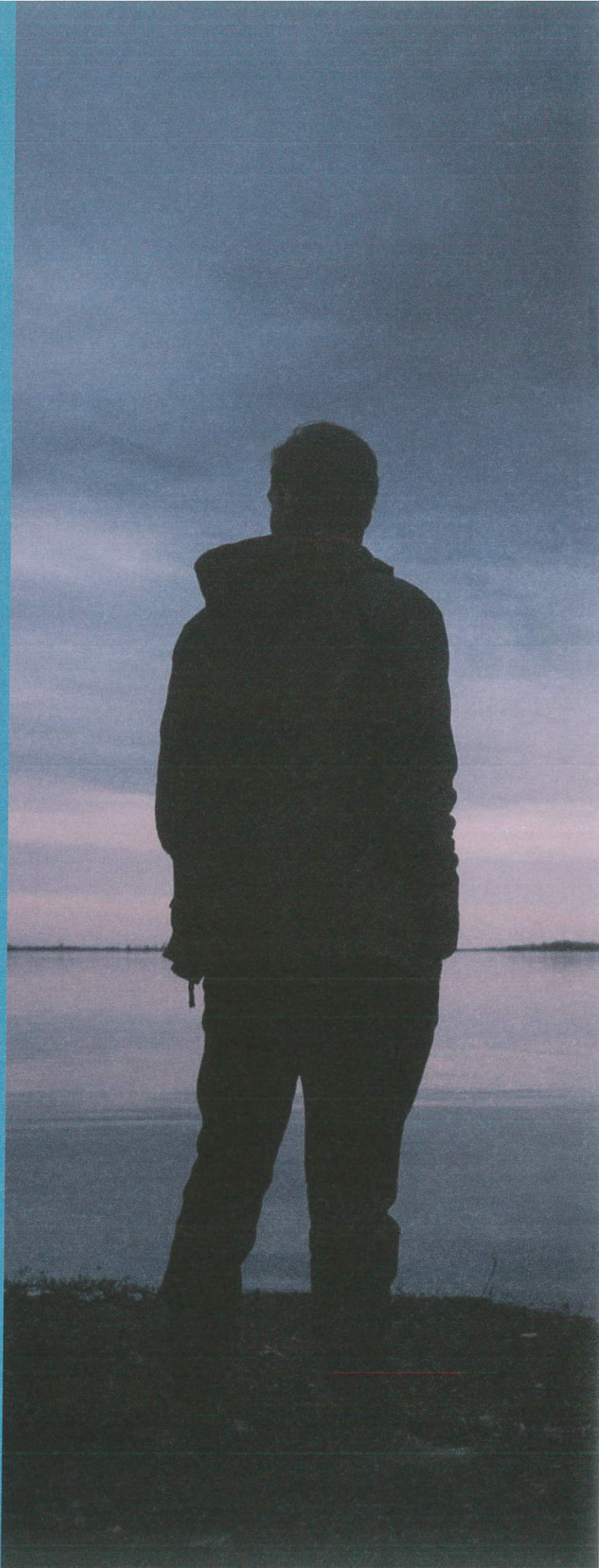
¿PARA QUIÉN SOY?



CONGRESO DE VOCACIONES
Asamblea de llamados para la Misión

Sumario

Presentación	3
Mensaje del papa Francisco	4
Ponencia inicial	
¿Para quién soy yo?	6
Itinerario 1	
Palabra	14
Itinerario 2	
Comunidad	22
Itinerario 3	
Sujeto	32
Itinerario 4	
Misión	44
Ponencia final	
Un pueblo de Dios vocacional. De los sueños a los retos	54

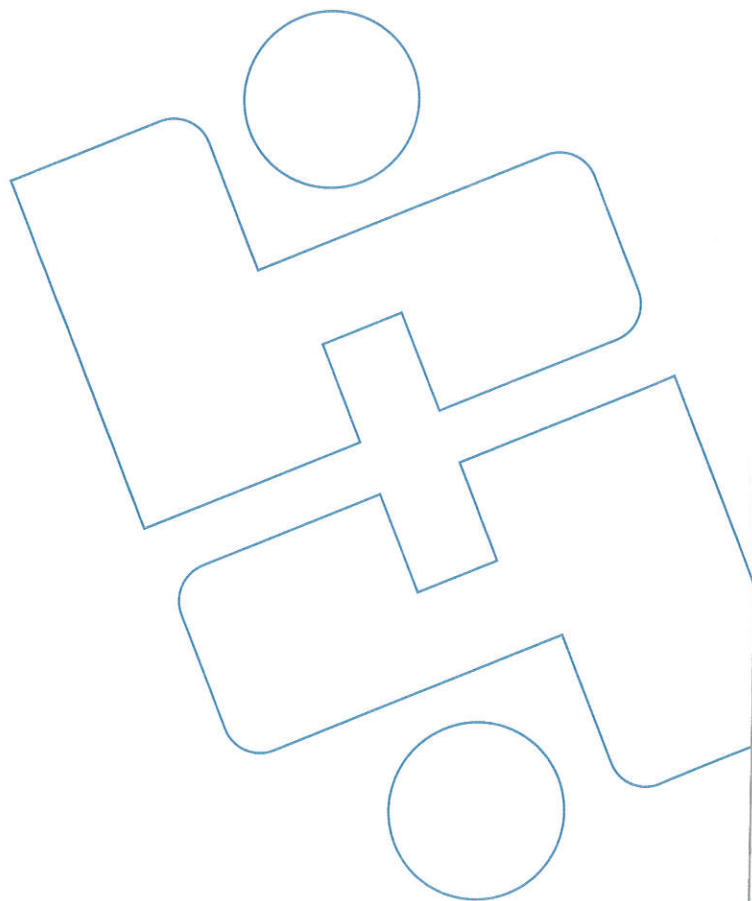


Presentación

Se ha insistido en que el Congreso de Vocaciones, que se acaba de celebrar en Madrid, no es solo un evento. Ciertamente, no lo es. Antes de llegar a este punto del camino, se realizó un trabajo previo de reflexión y preparación que desembocó en una gran fiesta de la Iglesia como asamblea de llamados. Así lo vivieron en torno a 3.000 personas a través de ponencias, testimonios, talleres y experiencias, pero también a través de la Eucaristía, de la oración y de la celebración más festiva. Fue un fin de semana pleno de regalos y dones, un momento especial en el caminar de esta Iglesia para descubrir que somos llamados y que esa llamada se concreta en un modo de vida, en un lugar, en una tarea.

Por eso, este congreso, más que un punto de llegada, es la casilla de salida —como también lo fue el Congreso de Laicos, celebrado hace ahora cinco años— para proponer dentro y fuera de la Iglesia una cultura vocacional. Por eso, cada congresista, participante, ponente o voluntario tiene una misión, una vez se han bajado las cortinas de este gran evento: transmitir todo lo vivido, que se multiplique allí donde vivimos nuestra vida cotidiana. Tal y como recoge la ponencia final, «los que hemos vivido este congreso somos embajadores de este compromiso». Y añade: «Nos gustaría hacer de nuestra Iglesia una Iglesia vocacional y misionera. Este es un compromiso urgente que hoy llega a nuestras familias, barrios y parroquias, pueblos y ciudades, congregaciones e instituciones apostólicas, diócesis y organismos eclesiales, pero, sobre todo, es una llamada a todos los que hemos podido vivir esta fiesta del Espíritu».

Precisamente, porque la tarea no ha terminado y porque este congreso debe ser un gran impulso a la propuesta de la Iglesia sobre la pastoral vocacional, ECCLESIA ofrece en este suplemento los textos de las ponencias impartidas durante el fin de semana. Estas enmarcaron los trabajos a nivel general —ponencia inicial y final— y pusieron las bases para la reflexión sobre los distintos itinerarios —Palabra, Comunidad, Sujeto y Misión—. Serán referencia en el trabajo de poscongreso y ayudarán a marcar procesos, objetivos y proyectos para que todos vivamos la vida como vocación y nos lancemos a la misión de llevar a este mundo tan necesitado de la salvación de Jesús.



Mensaje del papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero unirme a la celebración de este Congreso Nacional de Vocaciones que han querido titular *¿Para quién soy? Asamblea de llamados para la misión*, agradeciendo a todos los que trabajan por las vocaciones en las amadas tierras de España. En primer lugar, a aquellos que se desempeñan en esta tarea, enviados por sus obispos o superiores, ya sea trabajando en los centros de formación o simplemente acompañando a los jóvenes. También a los que, con su ejemplo de vida, hacen visible y —me atrevería a decir— contagioso el entregarse con generosidad y confianza al proyecto que Dios tiene para cada uno de nosotros. Sin olvidar aquí a quienes con su oración y sacrificio obtienen de Dios abundantes gracias para que los pastores y las ovejas, los maestros y los discípulos nos vayamos configurando a la medida del Corazón de Cristo.

Me ha alegrado de que el lema del congreso recoja las palabras de la exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*. «Muchas veces —nos dice el documento—, en la vida, perdemos tiempo preguntándonos: “Pero, ¿quién soy yo?”; no llegamos, sin embargo, a la pregunta fundamental: “¿Para quién soy yo?”. Eres para Dios, sin duda. Pero Él quiso que seas también para los demás, y puso en ti muchas cualidades, inclinaciones, dones y carismas que no son para ti, sino para otros» (n. 286).

Al releer estas palabras me vino a la mente la escena del joven rico que le pregunta al Señor qué tiene que hacer para alcanzar la vida eterna. En su respuesta, el Señor nos hace ver, con una dulce pedagogía, que la bondad a la que aspiramos no se consigue cumpliendo requisitos y alcanzando objetivos y, aunque hayamos tratado de realizar todo esto desde nuestra juventud, siempre nos faltará algo muy simple, el don total de nosotros mismos, el seguir a Jesús en la prueba del amor más grande. Es lo que le pide al joven rico: «Anda, vende lo que tienes, y dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme» (Mc 10,21). Parecería que un reclamo así hace referencia solo a un determinado tipo de vocación específica, solo a quienes se sienten llamados a abrazar la radicalidad de la pobreza evangélica. Pero no es verdad, lo podemos escuchar dirigido a cada uno de nosotros. Todos somos



administradores de los dones de gracia y de naturaleza que el Señor nos ha regalado, y nuestros talentos son para ponerlos en el banco y sacar interés, nuestros bienes para venderlos, de forma que el fruto llegue a los demás.

Pensemos en la DANA que golpeó varias regiones de España a finales de octubre. Una situación que nos interpela profundamente, y que deja al vivo la idea de «para quién soy». Cuántos testimonios de valentía, de solidaridad, de ver que en ese contexto lo que tengo, lo que soy, tiene un propósito concreto: los otros. Y cuando no es así, se ve claro el amargor, el clamor de la tierra y de Dios que nos reclaman: «¿No eras tú responsable de tu hermano?» (cf. Gén 4,8-11). Por el contrario, todo lo que hayamos sido capaces de dar, nos los encontraremos joyas preciosas engastadas en las entrañas de misericordia de su divino Corazón (cf. S. Juan Bautista de la Concepción, *Obras* III, 368).

Es curioso que el joven rico del Evangelio no se plantea a quién le envía Jesús, no le preocupa qué o cómo hará cuando esté con ellos; se preocupa de sus bienes, de lo que tiene, de lo que ha hecho, de lo que pretende conseguir, por más que parezca que está buscando la vida eterna. Todo su mundo termina en él y esto no le satisface, es más, a pesar de tener tanto, se aleja entristecido porque no es capaz de dar el paso de la donación. No supo invertir en el negocio esencial al que Dios le invitaba. Que distinto el testimonio de todos esos jóvenes que, como hemos visto en la catástrofe de la DANA, en la acogida de los migrantes o del volcán de La Palma, son los primeros en ponerse manos a la obra.

Sigamos, en el discernimiento de la propia vocación, ese ejemplo para captar el valor de los bienes espirituales o materiales que estamos llamados a gestionar. Como aquel administrador deshonesto de la parábola recogida por san Lucas no los «derrochemos», usándolos para alejar a los demás de nosotros y de Dios, sino busquemos poder decir que no nos debemos más que amor (cf. Rm 13, 8). Así lo hace el personaje de la parábola: «¿Cuánto debes, no a mí, sino a mi Señor? —Toma tu recibo» (cf. Lc 16, 6), que estos bienes sean para unir y no para dividir.

No pensemos que lo que tenemos no es suficiente, tampoco los apóstoles tenían «oro ni plata» pero, después de recibir el Espíritu Santo, tratan de percibir la necesidad del pobre paralítico del templo (cf. Hch 3, 1-8), incluso por encima de sus expectativas. No le dan dinero, sino que lo invitan a «mirarlos», a ver el ejemplo de su pobreza y, captada su atención, le piden que se levante de su postración. Pedro lo deja claro a todos: no fueron ellos, sino Jesús, quien hizo el milagro.

En otro contexto, es Felipe el que se encuentra con un ministro del tesoro real que, a pesar de venir al tem-

plo a adorar al verdadero Dios y estar versado en las Escrituras, no era capaz de entender el misterio de la cruz que Isaías narra en el relato del Siervo de Yahvé. Del mismo modo que en el caso de Pedro, Felipe, movido por el Espíritu, consigue ver la necesidad del otro y, por encima de sus expectativas, anunciarle a Jesús, en la Palabra y los sacramentos, atendiendo una pobreza que no es material, sino espiritual (cf. Hch 8,27-35).

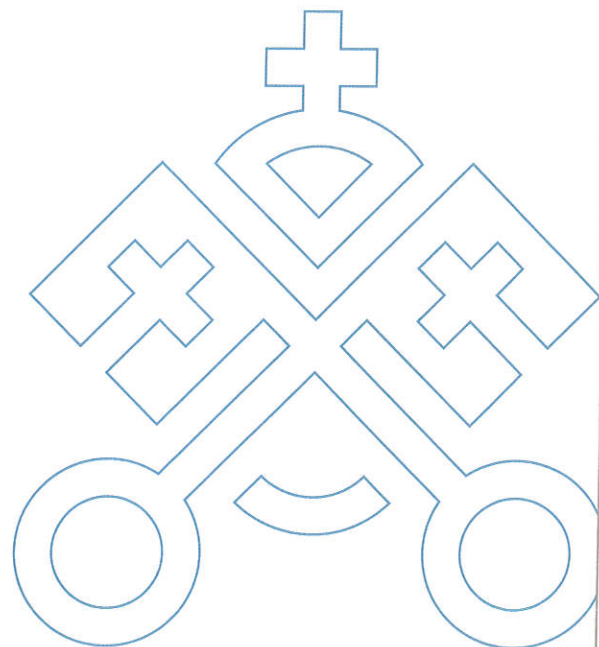
Pidamos hermanos en este Congreso de Vocaciones una mirada capaz de percibir la necesidad del hermano, no en abstracto, sino en lo concreto de unos ojos que se clavan en nosotros como los del paralítico del templo. En la oficina, en la familia, en el apostolado, en el servicio, lleven a Dios allí donde Él los envíe, esa es nuestra vocación. Con la pregunta «¿para quién soy?», nos introducimos en el misterio de Dios y de su proyecto sobre nosotros, pero no tengan miedo y abandónense a la voluntad divina, el Espíritu los sorprenderá a cada paso, haciéndoles bajar del tren de la vida, como a santa Teresa de Calcuta, para reducir las distancias que los separan de Dios y del hermano, para cambiar sus rumbos y encontrar a Jesús en el abrazo de aquel al que son enviados.

Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Y no se olviden de rezar por mí.

Fraternalmente,

Franciscus

Roma, San Juan de Letrán, 7 de enero de 2025.



Ponencia inicial

¿Para quién soy yo?

Equipo de la Ponencia:

Alfonso Alonso-Lasheras, SJ

Ana Samboal

Luis Manuel Romero

José Benito Gallego

Hna. María José Tuñón, ACI

Florentino Pérez

Gabriel Richi

Introducción

¿De dónde venimos?

Bienvenidos a este Congreso de Vocaciones *Asamblea de llamados para la misión*, que cierra el ciclo del plan pastoral 2021-2025 de la CEE. Da continuidad a aquel Congreso de Laicos de 2020, *Pueblo de Dios en salida*; y al trabajo que, desde entonces, se ha venido haciendo en temas del primer anuncio, de la educación cristiana y de sinodalidad, en el que toda la Iglesia está sumergida. Se trata ahora de dar un paso más: del anuncio del kerigma a la elaboración de una respuesta —con la propia vida— al mismo. Realmente, este congreso comenzó hace meses, con todo el trabajo previo que se ha ido haciendo en la CEE, pero también en diócesis, congregaciones, movimientos: han sido fichas, reuniones, encuentros... Confiamos que también hayan sido meses de oración y de escucha del Espíritu. Con ello, este fin de semana continuamos este itinerario de encuentro, formación, oración y celebración.

1. Contexto: diagnóstico del momento actual

Pero, ¿por qué este congreso? ¿Por qué este énfasis estos últimos años en la vocación? Seguro que si preguntamos fuera de estos muros, o incluso dentro de ellos, la respuesta mayoritaria sería «porque cada vez hay menos curas y monjas». Entonces, sería la disminución de vocaciones de «especial consagración» la causa de este. Está claro que esa realidad nos preocupa y ocupa, pero no es la razón última de nuestros esfuerzos.

La realidad que nos rodea no es de falta de curas y monjas, sino de falta de vidas entendidas y vividas como vocación. En todos los ámbitos: en el familiar, en el profesional, en la Iglesia... Lo que está en crisis es la «vida entendida como vocación». Es una crisis antropológica, de comprensión de lo que somos. Por eso se puede decir que el paradigma actual es el de «personas sin vocación», porque corresponde a cada uno darse un propósito, arreglarse un sentido. De modo que lo vocacional se reduce a una mera elección donde cada uno pone sus reglas y hace un ejercicio autónomo de, simplemente, optar.

Esta situación tiene diferentes causas. Por un lado, la exacerbada búsqueda de libertad, propia de la modernidad, que querría a toda costa generar sujetos



autónomos e independientes. Ha sido un proceso de «sobredimensionamiento» de la libertad, reduciéndola a su dimensión negativa —que nada ni nadie te oprima ni limite, que lo puedas todo y no tengas que renunciar a nada ni cerrar ninguna puerta...—, a expensas de olvidar su dimensión positiva basada en la capacidad de cumplimiento y en la responsabilidad. Ha sido tal el proceso de exaltación de la autonomía que hoy prima, casi por encima de todo y casi en cualquier ámbito, el derecho a decidir y a la autodeterminación. Es —en palabras de don Luis Argüello— el «derecho a tener derechos». Por tanto, un reclamo continuo de libertad pero sin capacidad para ejercerla de facto en el hecho de optar, de renunciar, de elegir y asumir responsabilidades.

También la aceleración de la vida propia de las nuevas tecnologías, ha llevado a vivir en un presentismo que solo permite focalizar la mirada en la satisfacción inmediata de «apeteceres» y necesidades. ¡Si hasta estamos condicionados neurológicamente por causa de las pantallas! Con todo lo que conlleva de volatilidad de valores y de quiebra de los procesos reflexivos, con dificultad para focalizar la mirada, la motivación y vivir más allá de uno mismo y del momento presente. Y, con ello, casi desaparece cualquier lugar para la trascendencia. Por lo tanto, no se tiene más criterio que el conseguir la gratificación inmediata de los sentidos, la propia vida acaba orientándose únicamente por lo que «me va», lo que «me hace sentir bien», reduciéndose todo a un mundo afectivo hecho a medida.

Por mi misión, hago muchos talleres con alumnos de Bachillerato o de la universidad. Acostumbro a preguntar cuántos conocen o intuyen cuál es su vocación. Suelen ser pocos los que se atreven a levantar la mano. No me parece un problema eso, es normal, y más hoy que los procesos de maduración se atrasan. El problema no es que pocos conozcan su vocación, el problema es que al resto no les importa saberlo ni tienen intención de ponerse a buscarla, porque lo importante es «lo que yo quiero y lo que yo escojo». Son, por tanto, los elementos antropológicos esenciales para la vocación los que están en crisis. Los jóvenes viven sumergidos en un mundo lleno de información, lo tienen todo al alcance de la mano, pero carecen de las herramientas básicas para la vida, desconocen la «gramática elemental» de la existencia. Y así, el sujeto se convierte en veleta que apunta hacia donde sopla el viento del momento. De manera que todo itinerario personal es inestable y voluble. Se acaba en un relativismo donde parece que no hay tierra firme, ni nada sólido que pueda dar horizonte a la vida. De modo que no se sabe cómo coger las riendas de la propia vida. Y esto está generando grandes heridas personales, sociales y eclesiales. Las consecuencias las vemos casi a diario: la soledad en uno de cada cuatro jóvenes, el va-

cío existencial, el miedo al provenir, el desasosiego, la falta de sentido... hasta el extremo terrible de llegar a no querer vivir.

Si el paradigma de hoy sitúa en el centro al sujeto, la libertad y la búsqueda de bienestar se convierten en el foco de toda decisión. De manera que no hay cabida al amor, centro de un paradigma vocacional. Sumado a una sociedad que prima la eficacia y la utilidad por encima de todo, se debilita cualquier búsqueda del bien común. Por eso podemos decir que la cultura reinante hoy es «antivocacional», pues prima el propio bienestar, la libertad por encima de amor, y desemboca en valores que son opuestos a las virtudes necesarias para poder responder a la propia vocación. Por sus consecuencias, podemos decir que el proceso de emancipación del individuo ha descarrilado. La propuesta posmoderna que busca darnos «alas» lo ha hecho a costa de eliminar «raíces» sobre las que construir la vida, generando individualismo, vínculos débiles y soledad a pesar de la hiperconexión, falta de sentido...

Y una advertencia: esta realidad no es algo de afuera, es algo que también se da dentro de la Iglesia y dentro de cada uno de nosotros. No somos ajenos ni inmunes a la cultura en la que vivimos. Y del mismo modo afecta a muchas de nuestras pastorales: ¿acaso no caemos tantas veces en una pastoral de valores más que de encuentro y escucha de Dios, en la que la vida cristiana termina siendo una pastoral que reduce la vocación a una mera opción con criterios sentimentales o afectivos, sin apertura a la trascendencia y con escasa responsabilidad respecto a la vida propia o ajena? Me temo que sí.

Pues con todo ello, con todo lo oscuro que hemos presentado este contexto, me atrevería a decir que esta crisis no es la razón última de hacer un congreso de vocaciones ni de trabajar por una cultura vocacional. ¿Cuál es entonces? La certeza de que Dios sigue invitándonos a todos a una existencia plena y dichosa. Y que lo hace amando y llamando. La razón última es la certeza de que todos tenemos vocación. Aunque algunos «ruidos» ambientales no ayuden a oírla. No es, por tanto, por reacción a algo negativo. Sino por la absoluta confianza de que **Dios «sueña» para todos y cada uno un camino de dicha verdadera y plenitud.** ¿Podemos, por tanto, hacer alguna cosa mejor que ayudar a cada persona a descubrir y alcanzar la plenitud de vida a la que es llamada?

En consecuencia, claro que nos preocupa el descenso de formas vocacionales concretas, pero estas son secundarias. Quizás debemos trasladar la preocupación y los esfuerzos a ayudar a entender y vivir la vida como vocación. De eso va la cultura vocacional de la que nos toca hablar: hablemos primero de vocación y después de cultura.

¿Qué es la vocación?

Si preguntamos en la calle «¿qué entiendes por vocación?», encontramos respuestas tan dispares como contradictorias. Ahora, si preguntamos «¿cuál es tu vocación?», la cosa cambia, pues la pregunta vocacional no es una pregunta más como preguntar si alguien tiene frío o calor, sino que lo que se pone en juego en la propia pregunta es el yo. Por lo tanto, si se vive con hondura, se convierte en modo de vivir y de plantearse la existencia.

En este congreso, pues somos todo «gente cumplidora» que ha hecho un trabajo previo con las fichas propuestas, sabemos que la vocación no se reduce a un empleo o a una tarea, sino que tiene que ver más con el ser que con el hacer. La tarea vocacional no deja de ser una concreción de la misión a la que uno es enviado desde lo que es. La vocación aúna la identidad y la misión, de modo que no nace una al margen de la otra, sino que, de alguna manera, van de la mano, de modo que uno «es hecho, es llamado». La vocación constituye al sujeto, a la persona en cuanto tal, porque la constituye como relación con Aquel que la crea, que la llama. Por tanto, frente a ese «sueño modernista» de autonomía, resulta que somos un «yo en relación». Y esta alteridad es constitutiva del yo y no una elección personal.

Por lo tanto, nunca podemos olvidar que el punto de partida es que somos amados. La clave del ser llamado es el ser amado. Un amor que nos trae a la existencia, que nos regala la vida de manera incondicional. Nadie se da la vida ni se la gana a base de méritos o capacidades personales. La vida es don. Y esa es la primera vocación que recibimos: la existencia. Vocación que es universal, de todos. Y habría una segunda vocación universal: a la «dicha». No se nos da la vida para arrastrarnos por la existencia, sino para llenarla de sentido, de vida con mayúsculas. Este es el fundamento antropológico de la vocación que el papa Francisco recuerda en la *Christus Vivit*. Nuestro ser más íntimo está en ser don, lo cual hace referencia al Dador, sobre el que se funda nuestra existencia. Por tanto, la vocación no es un extra a lo que somos, no es un añadido a la estructura antropológica fundamental, es lo que somos: «Somos vocación». Es bonito pensar que el nombre que tenemos cada persona es reflejo de esto: el nombre nos es dado, y nos identifica. Y con él «se nos llama», porque antes que «llamado a algo concreto» por nuestro nombre, somos «llamados con» un nombre.

El camino hacia la felicidad verdadera pasa por acoger este don que somos por parte de nuestra libertad, y hacerlo florecer en la dinámica de convertirse en donación. Es en el «darse» donde encontramos las dos dimensiones necesarias para la vida: sentido y gusto. Sentido tiene que ver con el saber, con hallar la respuesta al porqué y para qué profundos de la pro-

pia existencia. Aporta significado, dirección, densidad, hondura... de alguna manera impide una existencia vacía. El gusto tiene que ver con sabor, alegría, gozo... Ambas son necesarias para la plenitud de la persona, y ambas se alcanza al descubrir y responder a la vocación específica de cada persona, el modo de concretar el ser «donación». Esa vocación específica es la que intenta responder a la pregunta «¿para quién soy yo?», pues, como se dijo en el CVII (GS 24): «El hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás».

Este fundamento hoy es profundamente contracultural. La vida como don encuentra su sentido en aceptar esa tarea de convertirse en un bien que se dona, que se hace para los demás. De modo que descubrir la propia vocación es, en el fondo, pasar a percibir como tarea lo que se ha descubierto como don, dando un significado a todo lo que se hace y haciendo brotar las mejores capacidades de sacrificio y entrega. Es lo que el CVII nos formulaba con «la vocación de todos los bautizados a la santidad». Que recoge la experiencia espiritual que todos lo que estamos aquí alguna vez hemos vivido: la de Cristo invitándonos a seguirle. Porque todo cristiano es un llamado a seguir a Cristo, a ser miembro del Pueblo de Dios. Y, de nuevo, no por nuestros méritos o capacidades, ni por segregarnos de otros, sino por puro amor y para enviarnos a la misión de trabajar con Él en este construir Reino de Dios. Por eso todos nosotros vivimos nuestra vocación con esos dos polos: el Dios que nos llama, y el mundo al que somos enviados.

En resumen

La vida es vocación y la dicha pasa por saberse donación, es de todos y para todos. Esto se concreta en los diferentes estados de vida y misiones que son las vocaciones específicas de cada persona. Dicho de otro modo: las diferentes vocaciones son el rostro concreto de la vocación. Por tanto, no podemos hablar de vocación sin vocaciones y no tienen sentido las vocaciones sin vocación. Porque en todas Dios nos **primerea**¹, Él es el que llama y toma la iniciativa de darnos la vida, de llamarnos al seguimiento, etc. El Señor crea y ama llamando, y a poco que afinemos los oídos del corazón, descubrimos en el amor de Dios una llamada. Esto lo hemos vivido todos. Una llamada que nos respeta, que no se impone, sino que invita a que respondamos libremente, como respuesta a su amor. Por tanto, esto no es un privilegio de unos pocos, sino que todos somos y tenemos vocación. Todas igual de importantes e imprescindibles: sacerdocio, vida consagrada, laica-

¹ Cf. Papa Francisco, *Evangelii Gaudium* n. 24

do, matrimonio, etc. No es algo de curas y monjas, sino que también toca —dicho coloquialmente— «meterse a laico». Una diversidad de vocaciones que no solo habla de la importancia de todas ellas, sino también de su complementariedad. Todas se necesitan unas a las otras. Y, seguramente, desde vivir en plenitud la propia vocación, es desde donde mejor pueden valorarse las otras vocaciones.

¿Podemos dar algunos rasgos o características que nos ayuden a entender mejor esto de la vocación? Creo que sí. Ahí van algunas notas o imágenes que nos ayudan a nuestra propia vocación y a acompañar la búsqueda y respuesta de otras personas:

- Ya hemos dicho que es algo que se recibe, y no que uno se da. No es una **autorrealización** —como dicen los libros de moda—, sino una heterorrealización, en la que Dios tiene la iniciativa en un proceso de relación con Él. Por tanto, los propios sentimientos y la subjetividad no son el criterio último, ni son creadores de la realidad ni de la vocación.
- Se convierte así en **horizonte de sentido** hacia el que dirigir la vida. Marca la **dirección** de mis decisiones que se van viviendo con gusto. Es, por tanto, una brújula segura que da orientación en el camino de la vida, y no tanto un GPS que indica con detalle los tiempos y lugares, sino que señala un norte hacia el que orientar las elecciones.
- Ha de concretarse en una **respuesta**. Tiene carácter personal y dialógico, de manera que es don, pero también **tarea a realizar**, pues no es una llamada etérea, sino que pide concreción. Es decir, sin respuesta no hay vocación. Es «el entramado entre elección divina y libertad humana»². De modo que uno responde a dicha vocación a medida que da pasos hacia ese horizonte de sentido: no en un «sí» en un momento determinado, sino en cada paso que supone actualizar ese «sí». Por tanto, **toda edad es vocacional** y no solo cuando se elige un «estado de vida». De distinto modo y manera, pero siempre es tarea.
- Por tanto, no es una respuesta en una decisión aislada, sino un camino. Si bien la vocación específica es la voluntad de Dios sobre la vida de la persona, toca huir de una **concepción pasiva y mecanicista** de la existencia, como si Dios manejase unos hilos imaginarios y nosotros fuéramos marionetas que tenemos que «acertar» con el movimiento, de modo que en cada decisión nos jugamos acertar con la respuesta. Sería concebir la vocación como un **punto estrecho** en el que uno corre el riesgo de «caer» en la infelicidad eterna si da un paso equivocado. Miedo que paraliza a tanto joven a la hora

de tomar alguna decisión. La vocación no se impone como un destino que padecer ni como un guion ya escrito, sino que es una oferta de gracia que reclama la interpretación libre y creativa.

- Es, por tanto, un proceso en que uno va respondiendo (**en gerundio**) al ir haciendo camino. De modo que aquello a lo que caminamos como proyecto futuro está ya, en germen, en nosotros como don. Don que atraviesa el pasado hasta el presente en que voy decidiendo y dirigiéndome hacia el futuro. Don que está en un «presente continuo permanente» otorgando esa dimensión dialógica. Supone aceptar la **vida y la vocación como proceso dinámico**, donde la elección se va continuamente actualizando al enfrentar las novedades que trae el paso del tiempo y los distintos contextos. Realidad difícil de aceptar para el joven de hoy que lo que quiere es «estar ahí ya».
- No es, por tanto, algo que «aparece» en un momento determinado ni algo que pueda descubrirse a base de pistas y herramientas, sino que el lugar principal para su escucha está en la relectura de experiencias pasadas, donde se descubre dónde y cuándo de la propia vida estuvo Dios llamando. No es tanto una cuestión de «pistas» para descubrirla como de **«huellas»** —llenas de sentido y dicha— para reconocerla. La imagen no sería la de un mapa para descubrir el tesoro —que es lo que el joven hoy pide—, sino de un retrovisor que nos ayuda a mirar atrás y ver si hay huellas que indiquen que vamos en la dirección adecuada —porque a Dios solo se le ve de espaldas—. Se hace clave el examen, la revisión de la vida, el escuchar dónde «ardió el corazón» para poder descubrir huellas y avanzar.
- Decíamos antes que la vocación es parte de la estructura antropológica fundamental. Por tanto, no es un extra a modo de apéndice de un proceso de maduración o de profundización en la fe. No es la «guinda del pastel» que culmina el proceso constitutivo de un sujeto o que solo algunos son capaces de alcanzar. Sino que es **constitutiva del ser**, es **principio unificador**, es el eje en torno al cual se integran todas las dimensiones de la persona. Por eso, frente al miedo a que la vocación nos pida ser «algo distinto a lo que somos», es lo que realmente encarna nuestros anhelos más hondos, lo que saca el yo más auténtico, lo que me hace ser el «yo más yo que yo puedo ser».

² Documento final de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (3 al 28 de octubre 2018)

- Toda vocación posee una **dimensión comunitaria**, en un doble sentido: **lo eclesial y lo misional**. La Iglesia no es un elemento más, sino que posee una dimensión genética de la propia vocación para el tejido de la vida cristiana: su historia-experiencia, su sinodalidad, y sus necesidades, la convierten en criterio e instancia última para la «verificación» de toda vocación. Al mismo tiempo, como nos recuerda el papa Francisco en *Fratelli tutti* y en *Laudato si'*, todo está interconectado y formamos parte de una fraternidad universal que hace de las heridas de este mundo roto una llamada divina que nos interpela. Este compaginar la vivencia personal con lo eclesial y lo misional, recuerda que la dicha es imposible sin otros, lo cual, en una sociedad individualista, es profundamente profético.

- Apunta al «para siempre». La vocación tiene **carácter de perpetuidad**, pues el amor en su entraña esconde una dinámica que apunta a lo eterno. Un amor con condiciones o «temporal» no es amor. Que la vocación sea proceso no excluye la definitividad del sí. El uso de la voluntad y del esfuerzo son tan necesarios para responder a la llamada vocacional como para **permanecer y perseverar** en dicha respuesta. En un mundo líquido en el que todo es relativo y provisional, en el que los compromisos son «tanto cuanto» o «no del todo», la dicha de la vocación pasa por la fidelidad y la constancia de los compromisos sólidos y duraderos, y por la confianza en las promesas mutuas. Claro que una respuesta vocacional **puede fracasar**: por factores internos —un discernimiento mal hecho o por no cuidar la propia vocación— y por externos —circunstancias que no posibilita la realización de esta—. Pero eso no significa que Dios «cambie de opinión». Y, por supuesto, la misericordia de Dios siempre sostendrá la vida de sus hijos hasta el encuentro definitivo con Él.

- Por último, diría que la vocación **no es evidente**. Hay quienes buscan y no encuentran. Pero esto no es debido a que brille poco, sino a que otras «luces» de nuestra sociedad nos distraen, y otros «ruidos» apagan la voz de Aquel que nos llama. Por eso se hace tan importante el trabajar por una cultura más vocacional, para ayudar a tantos a escuchar.

Sirve de resumen parte de la ponencia final del Congreso de Laicos *Pueblo de Dios en salida*, que nos recordaba: «La vocación es el regalo que Dios nos dona junto a la vida. Este pueblo ha sido bendecido con distintas vocaciones. No es extraño entender la **vocación como camino de santidad**, como fruto del Espíritu Santo en nuestras vidas y en nuestras comunidades, porque toda vida es misión. **Hay una continuidad inseparable entre vocación, misión y santidad**. La llamada

a la santidad es una llamada a la entrega, a la donación y a la alegría misionera. Vocación y misión están inseparablemente unidas. No podemos olvidar nunca que la vocación y la misión nacen del Señor, de Él parte la iniciativa. La misión es del Señor, es Él quien llama y envía».

2. Cultura vocacional: anhelos

Evidentemente, una sociedad que prioriza el bienestar por encima de todo juega en contra de esta propuesta. Por eso **toca remar a contracorriente apostando por una cultura vocacional en todos los ámbitos**, donde las personas elijan qué hacer con su vida persiguiendo un sentido y plenitud que no alcanzarían por otros caminos, escuchando la llamada del Señor y asumiendo lo radical y exigente de toda vocación y estado de vida. Se trataría de crear una cultura que:

- Ayude a entender e interiorizar que somos vocación.
- Ayude a escuchar esa llamada concreta y específica para cada uno.
- Y genere sujetos capaces de responder a la misma.

Para eso, la CEE puso en marcha un **Servicio Nacional de Vocaciones**. Nació en 2022, coordinado por las comisiones de Clero y Seminarios, Vida Consagrada, Laicos, Familia y Vida, y Misiones, junto con CONFER y CEDIS. Es, pues, un proyecto de comunión que pretende ayudar a ir creando en la Iglesia que peregrina en España una cultura vocacional que ayude a todos —niños, jóvenes y adultos— a plantearse la vida como vocación, con génesis en los sacramentos de iniciación cristiana y con horizonte la llamada a la santidad.

Como hemos expresado en el diagnóstico, la crisis vocacional —al igual que la crisis en la transmisión de la fe— no nace de la ruptura local o puntual de «un eslabón» de la cadena, sino que se trata de una ruptura sistémica y funcional.³ No podemos, por tanto, abordar esta situación desde una única perspectiva, sino que al tratarse de una ruptura múltiple ha de trabajarse desde múltiples ámbitos —pastoral, social, académica, relaciones interpersonales, dinámicas institucionales...—. Es decir, creando **un ecosistema, una cultura, un humus**, que ayude a los tres objetivos anteriores. No se trata de una mera actividad a diseñar, de un taller específico, o de un ítem a introducir en programaciones y planes pastorales. Se trata de involucrar a todas y cada una de las personas, comunidades e instituciones que forma-

³ Cf. G. Uríbarri. *Jesucristo para jóvenes*, Sal Terrae 2022.

mos la Iglesia, para que «la vocación» no sea una parte o un añadido de nuestra tarea, sino el eje vertebrador de lo que somos y hacemos, en una cultura creada y compartida por todos. De modo que se convierta en **parte esencial y transversal** de todos nuestros esfuerzos, pues no es posible generar cultura a base de «parches» —alguna campaña o alguna actividad pastoral, académica o comunicativa—, sino que necesita de cierto ambiente —cultura— que integre todas las dimensiones de lo que somos y hacemos. De lo contrario, simplemente estaremos dando un barniz sobre la cultura en la que vivimos.

Por ello, es tarea multidimensional. La filosofía señala dos herramientas clave para generar o cambiar una cultura: el lenguaje y las prácticas. Crear una cultura vocacional pide **repensar el lenguaje y las prácticas** de nuestras comunidades e instituciones. No solo del ámbito pastoral, sino de todas y cada una de las dimensiones que forman parte de nuestras instituciones y comunidades. Solo generando un lenguaje común y un modo de proceder coherente, podemos recrear una cultura en la que las personas estén mejor capacitadas para plantearse la vida como vocación. En este sentido, un cambio cultural de este calado debería transformar también las diversas dimensiones de quienes formamos la Iglesia: nuestros gestos, palabras, símbolos, relatos, valores... Recrear una cultura supone buscar caminos para que todo lo que somos y hacemos sume en la misma dirección, es decir, para normalizar la vida así entendida y vivida. De lo contrario se generan incoherencias entre teoría y práctica, que no solo no suman, sino que restan con todo el perjuicio que conlleva.

Probablemente, sea este uno de los ámbitos más urgentes a los que hoy el Espíritu Santo nos invita a la **conversión**. El papa Francisco habla de dicha invitación como llegando a reconfigurar elementos tan concretos como nuestros horarios. Yo creo que la invitación a este cambio cultural no pasa tanto por los «qué hacemos» sino por los «**cómo** lo hacemos» y «**desde dónde** lo hacemos». En cualquier caso, es esta invitación a la conversión algo dirigido a toda la Iglesia y no solo a algunas personas. No hay modo de generar una dinámica que pueda considerarse «cultural» si esta es llevada a cabo tan solo por unos pocos. Sabiendo que toca remar a contracorriente, o lo hacemos **todos juntos**, o el esfuerzo será en vano. Es, por tanto, misión compartida por laicos, sacerdotes, consagrados, obispos...

Además, esta tarea apunta a una **doble dimensión** que es bueno explicitar: por un lado, crear esta cultura vocacional en sentido amplio; por otro, promocionar y trabajar por cada vocación específica, aprendiendo a amar y valorar todas no solo como posibles, sino como plausibles. Por eso, este congreso trata de animar a toda la Iglesia a presentar con eficacia la variedad de vocaciones: en toda pastoral, en toda formación, en toda es-

piritualidad, etc. De manera que toda actividad eclesial sea «vocacional», es decir, que ayude a toda persona a escuchar la llamada, a poner sus dones al servicio de las necesidades del mundo con vidas comprometidas, acompañando la respuesta a la invitación del Señor a seguirle y ser enviada en misión: «Llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos» (Mc 6, 8). Dado que la misión no es nuestra, sino de Cristo, solo podemos crear esta cultura y ayudar a otros estando **muy unidos a Él**. Él es quien llama a vivir con Él y como Él.

Me atrevería a añadir una última observación. La Iglesia no se halla en el mundo para crear otro mundo al lado del primero creado por Dios, sino para ayudar al mundo real. No podemos caer en el **dualismo** que escinde la fe de la vida, reduciendo la misión de la Iglesia solo a fines para el «más allá», olvidándose de que ya aquí, en lo temporal, hemos de ir construyendo Reino de Dios y saboreando la Salvación. Por eso se trata de crear una nueva cultura. Todo proceso evangelizador apunta a transformar la cultura, haciendo crecer las semillas del Reino que ya hay inmersas en ella y revirtiendo las dinámicas que son contrarias a la Buena Noticia. Con ello, debemos acoger con humildad que transformar por completo la cultura dominante se torna misión casi imposible a pesar de las numerosas instituciones, comunidades y personas que formamos la Iglesia y trabajamos en esta misión compartida. Ni siquiera Cristo lo consiguió. Y la dimensión escatología de nuestra fe nos recuerda que, aunque ya se vaya dando esa transformación, del todo solo se dará —por gracia de Dios— en «el último día» o en el «más allá». Desde la **conciencia humilde de nuestras capacidades**, sí podemos y debemos aspirar a crear allí donde la Iglesia está presente un clima, un lugar, una morada, una cultura que apunte a ello. Quizás ayude alertar del peligro de acabar centrándonos en dinamismos sociológicos o teorías sobre las relaciones interpersonales, perdiendo el foco y la prioridad de nuestra misión, que siempre serán las personas.

3. Hacia una cultura vocacional

¿Qué elementos o pasos se pueden ir dando en la creación de esta cultura? Confiamos que este congreso nos ilumine y dé pistas para ello. Ahora, simplemente, enumeramos algunas cuestiones claves que mañana en los diversos talleres iremos profundizando en cuatro itinerarios. Todos apuntan a generar un **sujeto vocacional**: alguien que, al entrar y vivir en dicha cultura, adquiera por «contagio» —interiorice y normalice— que la vida es vocación, que lo honrado en la vida es intentar escuchar a qué le llama Dios, y adquiera las virtudes sólidas necesarias para poder responder y perseverar en su vocación. Aparecerán elementos clave como:

- Los procesos de iniciación cristiana con sus tres sacramentos y la importancia de la educación cristiana. Recuperando toda la dimensión vocacional de un proceso catequético que viene de antiguo: con la belleza de la vocación bautismal a la santidad, y la Eucaristía como culmen de un proceso y lugar en que todas las vocaciones se descubren sinodalmente.
- La interioridad como capacidad de hacer silencio y de escucha. Paso previo para la apertura y encuentro con la trascendencia y la escucha de la voz de Dios, en un proceso de crecimiento en la fe donde nace la pregunta «¿qué he hecho por ti?» «¿Qué he de hacer por ti?»
- Experiencias que pongan el corazón de la persona en contacto con la gracia. Especialmente en la escucha de la Palabra y en el sacramento de la Reconciliación, donde uno se vive interpelado y acogido a pesar de la propia realidad limitada y pecadora.
- Experiencias capaces de despertar preguntas que vayan ganando en hondura. Desde el ¿qué quiero hacer?, para llegar al «¿qué quiere Dios de mí?», o el «¿para quién soy yo?»; unidas al acompañamiento y discernimiento como herramientas clave.
- La Iglesia, asamblea de llamados, como el lugar en el que han de discernirse las vocaciones, pues no las hay absolutas ni separadas unas de las otras, sino que concurren en la edificación de la Iglesia y se reclaman recíprocamente.
- La necesidad de salir de sí mismo y de la autorreferencialidad, con un yo descentrado que sepa situar el bien común por encima de sí mismo, pues la vocación es «el lugar donde tu más profunda alegría se encuentra con la más profunda necesidad del mundo» (Buechner).
- La libertad bien entendida: poniéndose en juego en la decisión capaz de renunciar y asumir responsabilidades. Y con ella la cultura del esfuerzo que ayude a plantar cara a frustraciones y fracasos, ayudando a optar por lo que merece la pena antes que por el propio bienestar.
- La capacidad de mirar a largo plazo, valorando la paciencia y la espera propia del ritmo real de la vida y sus procesos, evitando vivir en el presentismo y en la inmediatez que llevan a la búsqueda de la gratificación instantánea.
- La aceptación serena de los propios límites y heridas, haciéndose cargo de la propia realidad. Se trata de la experiencia paulina de ser fuertes en la debilidad.

- Frente a la seguridad como valor absoluto, el aceptar el componente de riesgo y de apuesta que tiene toda decisión y respuesta. Sabiendo que el que no es capaz de arriesgar por aquello que ama es que no lo ama en absoluto.

- La dimensión de gratuidad de toda vocación. Con los rasgos y rostros concretos de las diferentes vocaciones eclesiales, todas ellas como camino de donación que va más allá de los meros criterios de utilidad y eficacia reinantes en nuestra sociedad.

Estos y otros elementos y herramientas son para las que ha nacido el Servicio de Pastoral Vocacional de la CEE; y mañana podremos profundizar en ellos a través de los cuatro itinerarios:

Palabra: un Dios que, por pura iniciativa de su amor, nos llama.

Sujeto: una vocación personal que define la identidad.

Misión: da un horizonte de sentido en la entrega en una tarea.

Comunidad: sabiendo que el origen y lugar donde se complementan todas las vocaciones es la Iglesia.

Conclusión

En una sociedad que prioriza el bienestar por encima de todo invita a vivir sin escuchar a la propia vocación, toca remar a contracorriente apostando por una cultura vocacional en todos los ámbitos de nuestra vida. Ahora, darnos cuenta de ello tampoco es «descubrir» nada nuevo. En el fondo es recordar y actualizar el espíritu del CVII, del cual el papa Francisco nos ha hecho algunos recordatorios, pues es Cristo quien «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (GS 22).

No deja de ser un recordatorio de esa conversión continua a la que siempre nos lleva la fe. Quizás a una Iglesia más pequeña, pero más auténtica, más significativa y más testimonio confesante, puede generar el deseo al resto de la sociedad para aspirar a más y querer vivir también así, ayudando a todos a descubrir para qué o para quién han sido creados, con el convencimiento de que será camino de plenitud también para ellos. De esta manera, una cultura más vocacional no será solo un servicio a la Iglesia, sino a toda la sociedad. Crearla pasa por renovar y reavivar la propia vocación, vivirla en plenitud, irradiar las virtudes y actitudes que conlleva, de modo que por ósmosis se peguen en aquellos que entran en contacto con nosotros, por contagio y por la atracción que generan vidas «bien vividas».

El horizonte de este congreso es, por tanto, crecer en la conciencia de que la vida es don recibido y está llamada a ser don para otros; crecer en fidelidad a la propia vocación específica, como medio para la renovación de la Iglesia, valorando la diversidad y complementariedad de todas ellas como necesarias para mostrar al mundo el Cristo total, y para ayudarnos unos a otros en nuestro peregrinar. Esto es motivo de agradecimiento profundo y celebración. Por eso, este congreso ha de ser, ante todo, una gran fiesta de la Iglesia española.

Sabiendo que un cambio cultural que cale en nuestra realidad profunda y no se quede en mero barniz supone un proceso a medio y largo plazo, toca comenzar esta tarea superando la tentación derrotista a la que el mal espíritu intenta conducirnos desde la queja, el desánimo o el cansancio. Del mismo modo, no podemos demonizar ni culpar a la juventud: muchas veces vemos en ellos a culpables de esta cultura antivocacio-

nal, cuando en realidad son víctimas. Es más, hoy existe entre los jóvenes un deseo de un discurso ilusionante y alternativo a su cultura, una insatisfacción que es expresión de la «inconsistencia interna» del mundo en el que les toca vivir. Por eso el momento actual es una gran oportunidad para la evangelización en su sentido más profundo. Y gozamos ya de multitud de elementos culturales positivos que hemos de seguir rescatando y potenciando, así como infinitud de testimonios vocacionales de personas que han sabido hacer de su vida bendición desde la fidelidad a su vocación. Nada hay más contagioso que un testimonio de lo que es la verdad última de nuestra vida.

Seamos sinceros: ¿puede haber misión más hermosa que esta? Ayudemos a que todos se pregunten «¿para quién soy yo?», y puedan escuchar: «Eres para mí, pues yo te creé porque te amo. Y eres también para los demás, pues puse en ti muchas cualidades, dones y carismas que son para los otros». (Cf. *Christus Vivit* 286)



Itinerario 1

Palabra

Autor:

José Luis Albares Martín

Profesor titular del Centro

Universitario Cardenal Cisneros.

Alcalá de Henares (Madrid)

Introducción

Se cumplirá este año el 60.º aniversario de la promulgación por el Concilio Vaticano II de la constitución dogmática sobre la divina revelación *Dei Verbum* (18 de noviembre de 1965), que supuso una profunda relectura y renovación del concepto clásico de revelación en la Iglesia¹. Para organizar nuestra reflexión en el itinerario Palabra del Congreso de Vocaciones, quisiera combinar algunas de las geniales afirmaciones de la constitución con uno de los textos bíblicos vocacionales por excelencia.

En efecto, el proemio de la *Dei Verbum* esquematiza el contenido de la constitución de esta manera (DV 1): «El Santo Concilio... se propone exponer la doctrina genuina sobre la **divina Revelación** y sobre **su transmisión**»². El texto bíblico al que hacía referencia es de todos conocido: «Jesús subió al monte, **llamó a los que quiso** y se fueron con él. E instituyó doce para que **estuvieran con él** y para **enviarlos a predicar**» (Mc 3, 13-14). Ambos textos, pues, guiarán nuestra mañana. Siguiendo el guion evangélico, podemos dedicar un primer momento a pensar el «estar con Jesús», lo que nos permitirá desentrañar el concepto de «revelación». En segundo lugar, el «envío para predicar» nos facilitará una breve comprensión de la «transmisión de la revelación». Y, por último, prestar atención a la «llamada» nos brindará la oportunidad de delinear un perfil bíblico integral de la vocación.

¹ Para una sencilla semblanza del largo camino recorrido hasta llegar a la definitiva redacción y aprobación de la constitución, cf. S. Pié i Ninot, «Constitución dogmática sobre la divina revelación. Introducción», en Conferencia Episcopal Española, *Concilio Ecuménico Vaticano II* (BAC, Madrid 2000) 172-177; cf. también M. Gelabert Ballester, «Palabra de Dios en palabras humanas», *Teología espiritual* 66-190 (Julio-Diciembre 2022) 355-381.

² Son precisamente los títulos de los dos primeros capítulos de la constitución: I. Naturaleza de la revelación; II. Transmisión de la revelación divina; III. Inspiración divina e interpretación de la Sagrada Escritura; IV. El Antiguo Testamento; V. El Nuevo Testamento; VI. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia. Todos estos contenidos quedarán estructurados en los números 50-133 del *Catecismo de la Iglesia Católica* (11-octubre-1992) y en la exhortación apostólica postsinodal de Benedicto XVI, *Verbum Domini* (30-septiembre-2010).

1. «Para que estuvieran con él» (Mc 3, 14a) La Revelación

El primer y principal objetivo que habría de cumplir el grupo de discípulos elegido por Jesús consiste en estar con él. Parece evidente que no se trata de algo puramente pragmático, sino de compañía y convivencia. Para aquellos doce, estar con Jesús significará conversar con él, vivir con él, estar como amigos en permanente unión, compartir tiempo y experiencias.

Pues bien: ese es precisamente el entrañable concepto y la gozosa finalidad de la revelación que nos ofrece la *Dei Verbum*:

«Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad... Por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como **amigos**, movido por su gran **amor**, y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía» (DV 2).

El cristianismo, como todas las religiones, se considera a sí mismo revelado. Pero es conveniente desde un comienzo precisar bien a qué nos estamos refiriendo cuando decimos «revelación»:

- No se trata de un dictado divino realizado esotéricamente a una persona distinguida, un líder, un médium, un iluminado: «Desde el comienzo no he hablado en el secreto» (Is 38, 16); «no te hablé a escondidas, en un país tenebroso, no dije a la estirpe de Jacob: "Buscadme en el vacío"» (Is 45, 19)³.
- No consiste en un mensaje incomprensible o imposible, como si fuera un listado de complejas verdades divinas que hay que creer: «Este precepto que yo te mando hoy no excede tus fuerzas, ni es inalcanzable. No está en el cielo... Ni está más allá del mar... El mandamiento está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca» (Dt 30, 11-14).

Volvamos al texto de la *Dei Verbum*. Como hemos leído, el Concilio describe la revelación de manera dinámica, en términos de «diálogo amistoso»⁴. Dios decide revelarse; lo hace hablando a la humanidad; lo hace adoptando el lenguaje humano de la amistad⁵. Así pues, la palabra «vocante» de Dios está en el centro de la revelación. Nuestro Dios es «el Dios que habla», construyendo así una relación dialogal con nosotros⁶.

En consecuencia, todo lo que la Iglesia es y todo lo que la Iglesia hace encuentra su fundamento último en el hecho de que Dios, en su bondad y sabiduría, quiso revelar el misterio de su voluntad comunicándose a los hombres⁷.

En realidad, aquí radica la insondable grandeza de la revelación de Dios, pero, también, el gran inconveniente que se presenta como dificultad para muchos creyentes. En primer lugar, porque esa es, de manera dinámica, la definición de «revelación»: Dios que quie-

re comunicar[se]. Y, en segundo lugar, porque el hecho de creer, conocer y vivir la fe, identificar la propia vocación y vivir según ella, sentir con la Iglesia, hacer realidad la vida cristiana en el mundo... consiste en tomar conciencia personal de este diálogo de la revelación: «soy amado-llamado, por eso existo»⁸. Ser cristiano no consiste esencialmente en conocer cosas (un catecismo), cumplir actos (prácticas de piedad) o disfrutar unas determinadas circunstancias existenciales (haber ido a un colegio religioso, tener un tío cura, ser amigo de unas monjas, vivir al lado de un hermano cofrade). Ser cristiano consiste en entrar en diálogo y comunión con el Dios-Trinidad, algo que solo es posible hacer realmente efectivo por Cristo, con él y en él.

³ Es el concepto islámico del Corán *munzal*, «descendido»: revelado personal y misteriosamente a Mahoma y después transmitido por él a lo largo de su vida. Es también la idea que hay detrás de la 'revelación' del Libro de Mormón a Joseph Smith. Sin embargo, «la novedad de la revelación bíblica consiste en que Dios se da a conocer en el diálogo que desea tener con nosotros» (VD 6); cf., además, Conferencia Episcopal Española, Instrucción pastoral *Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II* (Madrid, 2006), n. 7-10.

⁴ Para entender el concepto teológico de diálogo, pueden valer como primera noción las sabias reflexiones de san Pablo VI en la tercera parte de su primera encíclica, *Ecclesiam Suam* (6 de agosto de 1964), especialmente en el n.º 36. Desde una perspectiva más fenomenológica, Francisco ofrece sus pensamientos al respecto en el capítulo sexto de la encíclica *Fratelli Tutti* (3 de octubre de 2020), sobre todo en el n.º 198.

⁵ El Documento final de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos: «*Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*» (octubre de 2024), enumera hasta nueve lugares en los que podemos escuchar la voz de Dios: la liturgia, la Tradición, el Magisterio, la meditación personal y comunitaria de la Escritura, las prácticas de piedad popular, el clamor de los pobres, los acontecimientos de la historia humana, los elementos de la creación, la conciencia personal de cada uno (n.º 83). Es la «analogía de la Palabra de Dios» de la que habla VD 7.

⁶ El gran maestro biblista Luis Alonso Schökel, sj (1920-1998) solía recordar que el credo no ofrece explícitamente ningún artículo de fe sobre la Biblia, pero que el credo niceno-constantinopolitano sí que afirma que el Espíritu Santo «habló por los profetas».

⁷ Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, *Directorio para la catequesis* (EDICE, Madrid 2023) n.º 11. «La Iglesia existe para testimoniar al mundo el acontecimiento decisivo de la historia: la resurrección de Jesús»: Documento final, 14.

⁸ Conferencia Episcopal Española, *Del 'Pienso luego existo' al 'Soy llamado, por eso vivo'* (documento de trabajo preparatorio del Congreso de las Vocaciones 2025), páginas 15, 17, 32.

2. «Para enviarlos a predicar» (Mc 3, 14b) La transmisión de la Revelación

En la entraña misma de la revelación cristiana está el hecho de que debe transmitirse. Si el diálogo que Dios entabla con los hombres es, como ha quedado dicho, un diálogo de amistad, de amor, es evidente que no podía quedar circunscrito a unos pocos privilegiados, iluminados. Podríamos parafrasear el adagio clásico de moral («*bonum est diffusivum sui*») para afirmar que el amor de Dios, por su propia naturaleza, es expansivo, se propaga y agranda («*amor est diffusivum sui*»: el amor se difunde por sí mismo, lleva en su entraña el expandirse). El Concilio lo expresa en *Dei Verbum* de esta manera:

«Dispuso Dios benignamente que todo lo que había revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro para siempre y se fuera transmitiendo a todas las generaciones» (DV 7a).

La Iglesia, al escuchar y recibir la revelación, siente el deber de transmitirla universalmente y de sostener la consecuente respuesta de fe. Sin duda, el mandato de evangelizar «a todos los pueblos» (Mt 28, 19), «a toda la creación» (Mc 16, 15), «hasta el confín de la tierra» (Hch 1, 8), es su misión esencial. «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (EN 14).

De nuevo, la belicosa noción de «revelación» como diálogo. Evangelizar no es, en primer lugar, llevar una doctrina, sino, ante todo, hacer presente y anunciar a Jesucristo, de quien se tiene experiencia como Resucitado y Señor. La misión evangelizadora de la Iglesia es la mejor expresión de la economía de la Revelación. En efecto, el Hijo de Dios se encarna, entra en la historia y se hace hombre entre los hombres. La evangelización hace concreta esta presencia perenne de Cristo, para que, quienes se acercan a la Iglesia, puedan encontrar en su persona el camino para «salvar su vida» (Mt 16, 25)⁹.

Y aquí es donde empiezan a perfilarse las vocaciones en la Iglesia. Somos, efectivamente, la «asamblea de amados-llamados»¹⁰. Nos dice la *Dei Verbum* que la Palabra de Dios revelada se ha transmitido según diversas vías:

«Cristo el Señor... mandó a los Apóstoles que predicaran a todos los hombres el Evangelio... Lo cual fue realizado fielmente, tanto por los Apóstoles, que en la **predicación oral** comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido por la palabra, por la convivencia y por las obras de Cristo, o habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo, como por aquellos Apóstoles y varones apostólicos que, bajo la inspiración del mismo Espíritu, **escribieron el mensaje de la salvación**» (DV 7a).

«Mas para que el Evangelio se conservara constantemente íntegro y vivo en la Iglesia, los Apóstoles

dejaron como sucesores suyos a los Obispos, entregándoles su propio cargo del **magisterio**» (DV 7b).

«Es evidente, por tanto, que la **Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia**, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unidos de tal forma que no tiene consistencia el uno sin el otro, y que, juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas» (DV 10c).

Este divino triángulo que interviene en la transmisión de la revelación —Sagrada Tradición, Sagrada Escritura y Magisterio— nos invita ya a tomar conciencia de nuestra triple vocación como llamados y, al mismo tiempo, de nuestra posible opción en la misión de la Iglesia:

- La Sagrada Escritura es la Palabra de Dios en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo. Pero no es un pergamino reseco en una vitrina de museo: la Escritura necesita profetas que la prediquen y anuncien.
- La Tradición recibe la Palabra de Dios y la transmite íntegra a las nuevas generaciones, incluso si llega el caso con la palabra. Esta tarea requiere testigos que hayan vivido y experimentado la Palabra que testimonian.
- El Magisterio cumple con el oficio de custodiar el depósito de la fe y de interpretarlo de una manera adecuada y renovada en cada generación. Esta tarea demanda maestros que ofrezcan a sus hermanos la luz de la Palabra de Dios.

3. Jesús llamó a los que quiso (Mc 3, 13b)

Dios llama, Jesús llama. De eso trata la Escritura: toda la Palabra de Dios es «vocante». Por tanto, podemos acercarnos a la Escritura para observar más de cerca qué detalles podemos encontrar en torno a la vocación.

⁹ La evangelización tiene como objetivo último la plenitud de la vida humana. El Occidente cristiano, al presentar esta misión de la Iglesia, ha utilizado la categoría de «salvación», mientras que el Oriente cristiano ha preferido hablar de «divinización»: cf. *Directorio para la catequesis*, 30; *Del pienso, luego existo al soy llamado, por eso vivo*, nota 5 de las páginas 20-21.

¹⁰ Resuena el eco de las emocionadas palabras que escribe Paul Claudel a raíz de su conversión en la catedral de Notre-Dame, la víspera de Navidad de 1886: «Fue entonces cuando se produjo el acontecimiento que domina toda mi vida... ¡Es cierto! Dios existe, está allí. Es Alguien, es un ser tan personal como yo mismo. Él me ama, él me llama. Me vi embargado de lágrimas y sollozos, y el cántico del *Adeste* se añadía a mi emoción» (citado de M. Sánchez de Toca, *Seducido por la belleza, Alfa y Omega*, 9 de junio de 2005 [edición digital]).

Como saben, hay en la Escritura innumerables narraciones de llamada, hasta el punto de que se puede hablar de una especie de «género literario»: relatos de vocación¹¹. En estos relatos, la vivencia vocacional suele estar presentada como una experiencia que se produce en un momento concreto, se explicita en una respuesta radical y ya no admite altibajos. De todos estos textos resulta un esquema literario cuyos componentes quedan muy bien definidos:

- Una **introducción** describe las circunstancias de la situación.
- Sigue una **teofanía** o manifestación de Dios, que es quien toma la iniciativa en la llamada.
- Se da una **primera respuesta** de disponibilidad por parte de quien ha sido llamado.
- Dios encarga una **misión**, siempre en una perspectiva de salvación comunitaria.
- La persona llamada expone algún tipo de **objeción** (miedo, incertidumbre, dudas, debilidad).
- Dios garantiza su asistencia constante mediante un **signo**.
- Una **conclusión** cierra el relato vocacional.

Podemos, por otro lado, intentar una pequeña tipología, no exhaustiva, a partir de las llamadas que se narran en la Sagrada Escritura, con el fin de concretar aún más esas tres dimensiones vocacionales a las que se aludía más arriba —profetas, testigos, maestros—. Podemos encontrar hasta quince perfiles vocacionales que nos pueden resultar útiles para captar una gran enseñanza y una doble orientación. Una enseñanza vocacional: todo estamos llamados, sea quien sea, sea de la índole y circunstancia que sea. Doble orientación vocacional: cada cual puede elegir el perfil que más se adapte a sus vivencias o cualidades psicológicas o, mejor aún, cada uno puede completar un retrato con los 15 trazos, que, de una manera u otra, siempre podrán estar en el vocacionado-bautizado¹².

Agricultor, ganadero

La imagen y los trabajos de la agricultura y la ganadería aparecen en la Biblia como las actividades humanas más antiguas. Dos vocacionados emblemáticos que ejercen esta profesión son Eliseo (1 Re 19, 19-21) y Amós (Am 7, 14-15). En el Nuevo Testamento es famoso el recurso de Jesús a esta imagen para subrayar la necesidad de la perseverancia en el discipulado: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el reino de Dios» (Lc 9, 62). La imagen del evangelizador como sembrador (cf. Mc 4, 1-20) es utilizada por Pablo para explicar la tarea de los ministros en relación con el crecimiento de la comunidad: «Yo planté, Apolo regó, pero fue Dios quien hizo crecer; de modo que, ni el que planta es nada, ni tampoco el que riega; sino Dios, que

hace crecer. El que planta y el que riega son una misma cosa, si bien cada uno recibirá el salario según lo que haya trabajado. Nosotros somos colaboradores de Dios y vosotros, campo de Dios» (1 Cor 3, 6-9).

Esta imagen del vocacionado como agricultor-sembrador nos ofrece la dimensión de dinamismo haciéndose, como quien se ocupa de la tierra y la actividad agrícola. Y así, la llamada que Dios lanza al ser humano es como una semilla que cae en el terreno del corazón y que tiene necesidad de hacer nacer la vida en un terreno acogedor y capaz de dar fruto.

Constructor

La imagen y los trabajos de la agricultura y la ganadería aparecen en la Biblia como las actividades humanas más antiguas. Dos vocacionados emblemáticos que ejercen esta profesión son Eliseo (1 Re 19, 19-21) y Amós (Am 7, 14-15). En el Nuevo Testamento es famoso el recurso de Jesús a esta imagen para subrayar la necesidad de la perseverancia en el discipulado: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el reino de Dios» (Lc 9, 62). La imagen del evangelizador como sembrador (cf. Mc 4, 1-20) es utilizada por Pablo para explicar la tarea de los ministros en relación con el crecimiento de la comunidad: «Yo planté, Apolo regó, pero fue Dios quien hizo crecer; de modo que, ni el que planta es nada, ni tampoco el que riega; sino Dios, que hace crecer. El que planta y el que riega son una misma cosa, si bien cada uno recibirá el salario según lo que haya trabajado. Nosotros somos colaboradores de Dios y vosotros, campo de Dios» (1 Cor 3, 6-9).

¹¹ En cualquier relato de vocación se resumen los aspectos más específicos de toda la existencia de un personaje bíblico. Los relatos más conocidos y populares son los de las vocaciones de Abrahán (Gén 12, 1-9; 15, 1-21; 17, 1-22), Moisés (Éx 3, 1-4; 17), Samuel (1 Sam 3, 1-20), David (1 Sam 16, 1-13), Amós (Am 7, 10-17), Isaías (Is 6, 1-13), Jeremías (Jer 1, 4-19), María (Lc 1, 26-38), los primeros discípulos de Jesús (Mt 4, 18-22; Jn 1, 35-51), Pedro (Lc 5, 1-11), los Doce (Mc 3, 13-19), Levi/Mateo (Mt 9, 9; Mc 2, 15-17; Lc 5, 29-32), Saulo-Pablo (Hch 9, 1-30; Gál 1, 13-24). Puede resultar útil recuperar la tipología vocacional en los profetas en cuatro «esquemas descriptivos»: militar, diplomático, político y pedagógico: cf. G. Ravasi, *I profeti* (Ancora, Milán 1998) 17-30. Es asimismo interesante la distinción en la Biblia entre «vocación» y «llamada» que analiza Jean-Louis Ska, «Chiamare ed essere chiamato», *Protestantesimo* 68 (2013) 83-93: en la llamada (como la de Samuel), una voz celestial interpela al sujeto y la respuesta sucede inmediatamente, sin demora; en la vocación, sin embargo, asistimos a un diálogo entre la voz divina y la persona llamada, una conversación en la que la objeción se convierte en el pernio de todo el relato.

¹² Cf. G. De Virgilio, *La vocazione nella Bibbia* (Queriniandina, Brescia 2022) 62-141; cf. también, de manera más integral y completa, G. De Virgilio (a cura di), *Dizionario biblico della vocazione* (Rogate, Roma 2007).

La imagen del constructor alude a la capacidad de hacer proyectar, construir los cimientos y llevar a cumplimiento la construcción con precisión y fidelidad al proyecto inicial. La dimensión sinodal de esta imagen sitúa la llamada de Dios en el dinamismo de la comunidad, donde cada uno contribuye a edificar la casa común, desarrollando íntegramente la propia vocación-misión.

Juez

La institución de los jueces bíblicos tiene su punto de partida en su constitución por parte de Moisés, tras consultar con su suegro Jetró (Éx 18, 13-26; cf. Núm 11, 16-17; Dt 1, 9-18). Se combinan en la personalidad del juez bíblico dos aspectos relevantes: la capacidad de discernimiento de las situaciones del pueblo y la colaboración con la autoridad de Moisés en la misión que Dios le ha confiado. Entre los jueces bíblicos destaca la figura de Débora (Jue 4-5). Jesús enseña una «nueva justicia» (Mt 5, 20) y proclama bienaventurados a los que tienen hambre y sed de ella y son perseguidos por su causa (Mt 5, 6.10). El discípulo, que comparte la misión del Evangelio, deberá abrir su corazón a la justicia y caminar en la rectitud, sin pretender juzgar a los otros (Mt 7, 1-5).

La imagen del juez define el dinamismo vocacional en una doble perspectiva. La primera está representada por el discernimiento acerca de la llamada personal. La segunda hace referencia al ministerio del servicio al prójimo, que implica la capacidad de interpretar los signos de los tiempos, de comprender la historia personal y comunitaria, de sostener el camino vocacional de quienes le son confiados.

Sanador, médico

Es una convicción generalizada en la Biblia: la curación es obra de Dios y de Jesucristo, que conceden el poder de curar las dolencias del pueblo a sus siervos, a sus discípulos. Por esa razón, el binomio enfermedad-curación ofrece en ocasiones vinculaciones con el ejercicio del ministerio del culto. El médico por excelencia del Antiguo Testamento es el ángel Rafael, protagonista del libro de Tobías. La misión de Jesús está caracterizada por esta dimensión taumatúrgica y curativa de los necesitados y los más pobres: como el Siervo sufriente, «él tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades» (Mt 8, 17). El mismo Jesús confiará a sus discípulos el poder de liberar y curar (Mc 6, 7-12). Santiago, en su carta, subraya el valor terapéutico y sacramental de la oración y de la unción de los enfermos por parte de los presbíteros (Sant 5, 14-15).

La imagen del sanador-médico expresa la función terapéutica de la llamada de Dios y de la misión que de ella deriva. El proceso de conversión interior que implica la respuesta vocacional es, ante todo, un proceso de

curación a nivel personal y comunitario. Tal curación se debe declinar después en caminos de curación, de reconciliación, de pacificación del corazón, de forma que a partir de esa experiencia renazcan una nueva persona y una nueva comunidad.

Luchador, soldado, guerrero, centinela

Las imágenes bíblicas del luchador, del soldado, del guerrero y del centinela pueden ser tanto de personajes históricos como simbólicos. A veces el propio Yhwh es figurado como protector, centinela y guía de su pueblo (Éx 15, 3; Jue 6, 12; Is 42, 13): él es el «Señor de los ejércitos» (1 Sam 1,3). Su asistencia guía al joven David contra Goliath (1 Sam 17,45). La lucha está presente en la experiencia vital de Abrahán (Gén 14, 1-24), Jacob (Gén 32, 23-32), Débora (Jue 4, 4-24); Gedeón (Jue 6, 12), Elías (1 Re 18, 20-46), Judit (Jdt 11-13). La predicación de Jesús de Nazaret está inspirada en la práctica del amor y de la no violencia (Mt 5, 9.38-48). Pero los bautizados sí deben participar en la batalla de los hijos de la luz (1 Tes 5, 5). Se emplea la simbología militar para indicar la «lucha espiritual» de los creyentes (Ef 6, 11.13-17); 1 Jn 2, 14; 4, 4; 5, 4-5).

Resulta muy sugestiva esta imagen del luchador-soldado-guerrero-centinela. En general, los cuatro perfiles nos brindan la idea de que la llamada que Dios dirige al ser humano implica una respuesta valiente, induce a interpretar las opciones del creyente como una conquista que hay que vivir cada día, superando los obstáculos y luchando contra todo falseamiento o instrumentalización de la voluntad divina.

Maestro, educador

Otra importante figura bíblica, típica sobre todo de la literatura didáctico-sapiencial. La figura del maestro es atribuida en primer lugar a Dios, que a lo largo de la historia «educa» a su pueblo, le da su ley y guía a los creyentes por el camino de la verdad y de la vida. Israel es como un niño de quien cuida Yhwh (Os 11, 3). Las pruebas del desierto tienen un valor pedagógico (Dt 8, 2-6). Jesús es reconocido por antonomasia como el «Maestro» a quien siguen sus «discípulos». La función magisterial está testimoniada en el ámbito de los ministerios de la Iglesia (1 Cor 12, 28; Ef 4, 1), como don carismático que obra en la comunidad cristiana. Con todo, la Iglesia habrá de tener cuidado de los falsos doctores y maestros (2 Tim 2, 17).

La imagen del maestro-educador nos orienta hacia la función pedagógica de la llamada. La respuesta a la voluntad de Dios no solo educa al creyente para conocerse de verdad a sí mismo y conocer la palabra del Señor, sino que lo habilita para proseguir en su misión de enseñar la verdad y orientar la conciencia de los hermanos.

Mediador, sacerdote

La figura del mediador asume un importante valor cuando es aplicada al Señor o a quien vive la experiencia de Dios. Es el caso de Abrahán, que abre el corazón a Dios en favor de Lot y los justos de Sodoma (Gén 18, 17-33). Las tradiciones sobre Moisés también lo presentan como intercesor de Israel ante Dios y como mediador de Yhwh hacia su pueblo (Éx 32, 30-32; Núm 11, 1-30). El ministerio cultural queda confiado a los levitas (Dt 33, 8-11). El Nuevo Testamento subraya a Jesucristo como «único mediador» entre Dios y los hombres (1 Tim 2,4-6), como «mediador de la nueva alianza» (Heb 12,24).

La imagen del mediador-sacerdote sugiere la importancia de la escucha y del diálogo que la persona llamada debe aprender a ejercitar consigo mismo y en sus relaciones interpersonales. En Cristo, único mediador de la salvación, la llamada a vivir la misión implica la capacidad de saber construir relaciones, de saber escuchar, dialogar, comprender las necesidades de los otros; entraña también la misión de presentar la realidad humana como ofrenda agradable a la mirada de Dios.

Padre, madre

Las figuras del padre y de la madre revisten un papel significativo en la reflexión vocacional. Acerca de la figura paterna, la Biblia presenta, evidentemente, el esquema patriarcal tradicional. El padre es el señor de la casa (Gén 18, 12). «Padres» son los patriarcas, con Abrahán a la cabeza (cf. Rom 4, 1). Yhwh es también «padre» de Israel (Éx 4, 22; Núm 1, 22; Sal 89, 17; Os 11, 3; Jer 3, 19). Yhwh-Padre está en el origen de la creación (Is 64, 7), de las generaciones humanas (Gén 5; 10), de la monarquía (1 Crón 22, 10), de Israel (Is 9, 5). Jesús nos desvela la verdadera paternidad de Dios a partir de su condición filial (Lc 2, 49): es Abba (Mc 14, 36; Rom 8, 15; Gál 4, 6).

La figura materna aparece relacionada con el don de la vida, como Eva, «madre de los que viven» (Gén 3, 20); esta función materna será característica en todas las matriarcas. La simbólica de la madre está relacionada con la ternura, las entrañas maternas (Sal 25, 6; 116, 5) y la Sabiduría divina; con la figura del Mesías (Is 7, 14; Miq 5, 2) y con la ciudad-madre Jerusalén (2 Sam 20, 19; Sal 87, 5; Is 2, 1-5; 60, 1-8). La maternidad está representada en el Nuevo Testamento por la Virgen María y por su respuesta vocacional, declinada en el amor fiel a Dios y a la comunidad cristiana.

La imagen del padre y de la madre revela la dimensión generadora de la llamada divina, cuyo manantial es la paternidad de Dios y cuyo modelo es la filiación de Cristo. En este sentido, la llamada puede contemplarse interiormente como un descubrimiento gradual de la propia misión para suscitar sentimientos familia-

res y fraternos, madurando así la capacidad de amar con un corazón paterno-materno al prójimo.

Pastor, guía

La imagen del pastor es muy frecuente en la Biblia, ya sea como ocupación humana que como alegoría de Dios (Sal 23) o de ciertas figuras de autoridad en el pueblo de Israel (jueces, reyes, jefes militares, sumos sacerdotes). De ahí que la terminología pastoril sea usada para definir las relaciones entre Yhwh y su pueblo. Jesús se autodenomina «Buen Pastor que da su vida por las ovejas» (Jn 10, 1-18.26-29) y que ha venido para reunir a las ovejas dispersas de la casa de Israel (Mc 6, 34; Mt 9, 36). Esta tarea pastoral la confiará especialmente a Pedro, que deberá cuidar de la comunidad (Jn 21, 15-19). Esta actividad pastoral será una de las imágenes usadas para hablar de los ministros de la Iglesia (Ef 4, 11; 1 Pe 5, 2-4).

La imagen del pastor-guía alude a la responsabilidad que la llamada de Dios implica en relación con la misión. La persona que vive la experiencia vocacional experimenta la alegría y la fatiga de guiarse a sí mismo y a las personas que le son confiadas en el camino trazado por el Señor. Como el pastor atento, la persona llamada se convierte a su vez en punto de referencia para acompañar y sostener al rebaño en camino del bien y de la vida.

Peregrino, caminante

Esta imagen está representada por el creyente que escucha la Palabra, la acoge en el corazón y decide emprender el viaje de su vida, poniéndose en camino hacia el encuentro con Dios (Sal 84, 6-7). El pueblo de Israel es descrito como una comunidad «en camino»: es la primera actitud de Abrahán (Gén 12, 1-4) e Israel es el pueblo peregrino por excelencia (Dt 26, 5). Son muy importantes las tres fiestas anuales de peregrinación (Éx 23, 14-17; 34, 18-23), recitando los llamados «Salmos de las subidas» (Sal 120-134). En el Nuevo Testamento, destaca sobre todo san Lucas, proponiendo el «Camino» como relectura itinerante de la misión de Jesús y de los cristianos (Hch 9, 2). En todo caso, los cristianos estamos en una especie de tercer éxodo: después del de Egipto y del de Babilonia, todos caminamos hacia la Jerusalén celeste (Heb 12, 22; Ap 21, 2.10).

La imagen del peregrino-caminante asume la condición del homo viator, ya sea en su connotación histórico-especial como en la perspectiva ideal de la búsqueda de Dios y de su Reino. En este sentido, la llamada del Señor se convierte en el comienzo de un «éxodo» hacia la tierra prometida. Ponerse en camino, hacer el camino, seguir el camino significa recoger la invitación a afrontar las fatigas y los desafíos de un viaje que conducirá a una meta eterna de plenitud y de santidad.

Pescador de hombres

La actividad de la pesca y sus artes también aparecen frecuentemente en la Escritura. La mención de los peces en el agua aparece en referencia al juicio divino (Is 19, 8; 50, 2; Os 3, 4; Ecl 9, 12), a las plagas de Egipto (Éx 7, 18.21) y al cumplimiento del Día del Señor (Ez 38, 20). También aparece un gran pez en el libro de Jonás. En el Nuevo Testamento, el lago de Galilea aparece como un gran escenario de la actividad de Jesús y de sus primeros colaboradores, pescadores todos ellos: Pedro, Andrés, Santiago y Juan. Los peces aparecerán por todo el Evangelio: multiplicados (Mt 14, 13-21), ceñados (Jn 21, 9), pescados de manera extraordinaria (Lc 5, 1-11; Jn 21, 1-14). La profesión de los pescadores era considerada como bastante tosca y al menos a siete de ellos los llama Jesús para ser «pescadores de hombres» (Mc 1, 17): se trata de una misión que debe implicar a los discípulos en el dinamismo del Reino, donde la «pesca» será símbolo de reunión, de relación y de invitación a la salvación universal¹³.

La sugestiva imagen del «pescador de hombres» nos ofrece una serie de símbolos que se refieren a la evangelización en perspectiva universal. Si bien la idea de pescar se entiende como captura y muerte de los peces, en el simbolismo cristiano la llamada a convertirse en «pescadores de hombres» cambia totalmente de significado: no se trata ya de una lógica de posesión y violencia, sino de don y de servicio a la vida.

Predicador, profeta, mensajero

Se trata de la actividad de aquellos que han sido llamados por Dios para llevar su Palabra salvadora al pueblo: algo así como el ministerio de la Palabra. Se trata de personajes que tienen experiencia de Dios y de su Palabra, experiencia que se concreta en un encuentro mediante el cual Yhwh se revela a la persona y actúa teniendo como fin la vida y la consecución del bien. En el Antiguo Testamento, esta función la desempeñan los profetas (Dt 18, 18-22). En el Nuevo Testamento, la predicación del Evangelio es confiada por Jesús a sus apóstoles y a toda la comunidad eclesial (Mt 28, 19-20).

La imagen del predicador-profeta-mensajero subraya la primacía de la Palabra de Dios en la misión de quien recibe su llamada. En este sentido es fundamental la capacidad de escuchar la Palabra, la prontitud para responder a la llamada y para confor-

mar la propia vida según el anuncio que caracteriza la misión del profeta. La primacía de la palabra de Dios implica un profundo proceso de interiorización y de integración entre Evangelio y vida.

Siervo, servidor

Muy a menudo, la imagen de «siervo» define la identidad de la persona que recibe una misión de Dios. En la esfera política, el servicio es aplicado a la figura del rey y del responsable del gobierno (2 Sam 7, 4). En el ámbito cultural, el servicio consiste en la custodia de la alianza y en el ejercicio ritual del culto a Yhwh. Sin duda, el siervo bíblico más importante es el «Siervo sufriente del Señor» (cf. Is 42, 1-4; 49, 1-6; 50, 4-9; 52, 13-53, 12): se trata de una persona que tiene la misión de guiar a su pueblo; pero tiene una misión sobre todo espiritual, que consiste en dar a conocer a Yhwh a todos los pueblos; será una misión caracterizada por la humillación, el sufrimiento y la muerte violenta que el inocente siervo sufrirá por los pecados de otros; pero esos grandes dolores serán premiados con la justificación de los hombres y su reconciliación con Dios. El Nuevo Testamento identifica este siervo con Jesús, que «vino a servir» (Mc 10, 45). Acoger su invitación al discipulado significará salir del anonimato de la muchedumbre y entrar en relación espiritual totalizadora con el Cristo-Siervo.

El motivo del servicio es un aspecto esencial de la teología de la vocación e implica un discernimiento profundo cuyo resultado es vital para el crecimiento de la comunidad eclesial y para la evangelización. La imagen del siervo está muy vinculada a la naturaleza de la llamada del Señor, por tanto. Pide corresponder a un proyecto salvador del cual solo Dios es protagonista. Entrar en ese proyecto significa ponerse al servicio de la voluntad divina, con total disponibilidad y deseo de colaboración. En la perspectiva cristológica del Siervo sufriente de Yhwh, la llamada de Dios transforma la condición del siervo en relación de fraternidad y de amistad.

Esposo, esposa

El simbolismo nupcial atraviesa toda la Biblia, desde la primera página hasta la última, sobre todo en la literatura profética y sapiencial. Dios mismo se define como «esposo» (Is 54, 5; Os 1-3) para expresar simbólicamente su amor por toda criatura y especialmente por su pueblo. La imagen nupcial será la preferida para delinear los detalles de la alianza entre Dios y su pueblo. En el Nuevo Testamento, también Jesús se autodesigna como «novio-esposo» (Mt 9, 15; Mc 2, 19-20; Lc 5, 33-35), y esa es la idea que mantiene Pablo: Jesús, esposo de la Iglesia (Ef 5, 25-27). En el Apocalipsis, la Iglesia es presentada, por una parte, como la comunidad-esposa del Cordero (Ap 22, 17).

¹³ Es lo que trata de indicar el cambio que hace Lc 5,10 con su expresión *serás pescador-no-mortal de hombres*, mientras que Mt 4,19 y Mc 1,17 hablan sencillamente de *pescadores de hombres*.

La imagen del esposo y la esposa sugiere una dimensión nupcial de la llamada, con toda la riqueza del mundo somático-afectivo que tal dimensión comporta. La persona que recibe la llamada de Dios experimenta en su corazón un abrasador movimiento interior de amor oblato y una necesidad de comunión y de armonía. En este sentido, la llamada se traduce en una relación sponsal, una experiencia de amor única e irrepetible, que comporta un dinamismo contemplativo unitivo.

Testigo

Dar testimonio supone atestiguar la veracidad acerca de una realidad o un hecho acontecido y del cual la persona ha sido partícipe. Los testigos pueden tener una función social en relación con hechos penados (Lev 5, 1) o una función jurídica sobre la violación de un acuerdo (Éx 24, 1-11). Está también el sentido religioso:

se trata de dar testimonio de la alianza sináptica, de la cual el primer testimonio son las propias tablas de la ley (Éx 31, 18). Será una de las misiones fundamentales de los profetas. Jesús de Nazaret da testimonio al Padre y de él recibe testimonio (Jn 3, 11.31-34; 8, 12-18). Ante Pilato se presenta como «testigo de la verdad» (Jn 18, 37).

La imagen del testigo considera la llamada de Dios en la línea de la credibilidad y de la autenticidad de la Palabra. Quien ha recibido la llamada es consciente de que su misión no se lleva a cabo solo con la comunicación verbal, sino con el testimonio existencial. En este sentido, la autenticidad del testimonio constituye un elemento básico y provee la necesaria credibilidad para interpretar con fruto el mandato vocacional.



Comunidad

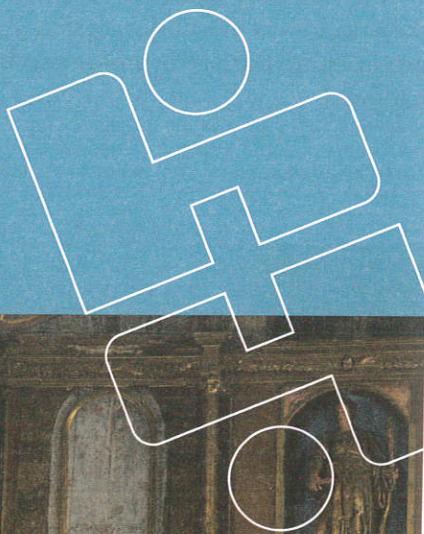
Autor:

Eloy Bueno de la Fuente

Catedrático de la Facultad de

Teología del Norte de España

(Burgos)



Hablar de comunidad en un congreso sobre pastoral vocacional es evidente y necesario porque toda vocación cristiana es eclesial y porque la vida eclesial es un dinamismo permanente de vocaciones. Vocación y comunidad, por tanto, van siempre unidas, porque se exigen y se necesitan recíprocamente. Por ello, esta exposición vive de este presupuesto y pretende desplegar sus implicaciones y potencialidades.

La Iglesia en lo concreto debe vivirse y manifestarse como un «nosotros» que sea de modo efectivo un «sujeto histórico» capaz de asumir sinodalmente la misión para la que existe. Ello no sería posible si cada bautizado —o cada grupo— actuara de modo aislado. Como afirma Francisco, sin el «nosotros» que trasciende el «yo» de los intereses particulares, la vida —también y sobre todo la eclesial— se fractura.

Dentro de este horizonte adquiere todo su sentido y relieve el lema del congreso *¿Para quién soy yo?* Un ejemplo magnífico de respuesta a esta pregunta la ofrece san Agustín en su famosa frase, que tiene especial significado por tratarse de un obispo: «Con vosotros soy cristiano y para vosotros soy obispo» (Ser 340, 1). Con ello se nos ofrece una clave de comprensión para nuestra tarea de estos días: el ministerio episcopal es esencial en una comunidad eclesial, pero no puede desgajarse o desvincularse de los otros: es un servicio (*diakonía*) que se presta a los demás, pero desde la base compartida del bautismo que otorga la condición y la dignidad de cristianos (*koinonía*).

Esto lo comprenderemos mejor si somos conscientes de lo que significa ser Iglesia, porque ello nos permitirá superar algunas «desviaciones» (en expresión de Francisco) o «llagas» (en expresión de Rosmini) que bloquean una experiencia auténtica de la eclesialidad.

1. ¿Quiénes somos la Iglesia?

La pastoral vocacional solo podrá plantearse de modo adecuado, ilusionante y fecundo si se afronta desde su raíz la enfermedad —desviación o llaga— fundamental de nuestra experiencia eclesial: esa enfermedad es la distancia que muchos establecen entre la experiencia subjetiva de creyente y la realidad objetiva del «nosotros» eclesial; esa distancia contrapone la realidad de la persona creyente y la Iglesia en su conjunto, con lo cual la eclesialidad queda reducida a algo vago e impreciso, al cumplimiento de determinadas normas o prácticas o a la satisfacción que otorga la pertenencia a un grupo afectivo.

Un síntoma de esta insuficiencia es la normalidad con la que se pregunta ¿qué es la Iglesia?; desde esta perspectiva la Iglesia aparecerá como una organización institucional, como una estructura sacramental, como un sistema doctrinal o moral, encarnado en algunas personas que ejercen un ministerio —obispos y sacerdotes—, pero en cualquier caso siempre como «otra cosa» distante y distinta del bautizado.

La perspectiva cambia sustancialmente cuando se pregunta: ¿quiénes somos la Iglesia? —o, en todo caso, ¿quién es la Iglesia?—. La primera pregunta se refiere a cosas; esta segunda, sin embargo, pone de relieve que la Iglesia es una realidad personal y que, en consecuencia, pasan a primer plano las relaciones que se van generando en el ejercicio de la misión y en el servicio al Reinado de Dios anunciado por Jesús; este anuncio (*kerygma*) resonó como un jubileo, que sedujo a sus discípulos como el objetivo al que valía la pena consagrar la vida entera. ¿Es esa nuestra experiencia actual?

El documento final del pasado Sínodo sobre la sinodalidad, incorporado por Francisco a su magisterio ordinario, refleja esta misma perspectiva: «La sinodalidad implica una profunda conciencia vocacional y misionera, fuente de un estilo renovado en las relaciones eclesiales» (n. 141). Tras describir el corazón de la sinodalidad y afirmar que la sinodalidad es dimensión constitutiva de la Iglesia, presenta la Iglesia desde esta perspectiva relacional. Y es precisamente en el entramado de las relaciones personales que constituyen la Iglesia donde son mencionados —el documento los presenta unidos porque viven de la misma lógica y del mismo dinamismo— los carismas, las vocaciones, los ministerios. Todos ellos deben ser entendidos en el seno de la comunidad eclesial, porque viven de ella y a la vez la alimentan, la enriquecen, le dan contenido de realidad. «Las diversas vocaciones eclesiales son expresiones múltiples y articuladas de la única llamada bautismal a la santidad y a la misión» (n. 57).

Una Iglesia sinodal es una Iglesia más capaz de alimentar relaciones; ello reclama una «conversión re-

lacional» para que se haga transparente «la gracia de Cristo, el amor del Padre, la comunión del Espíritu» (n. 50). Toda vocación, por tanto, debe ser vista en este marco relacional y eclesial, y de modo recíproco las relaciones genuinamente eclesiales se irán traduciendo y concretando en las opciones vocacionales de cada uno de los bautizados. Desde este presupuesto resulta posible responder a la pregunta ¿para quién soy yo?, y entender mejor quién es la Iglesia.

2. La Iglesia como vocación: existe gracias a una llamada para una misión

La Iglesia —como indica el término griego *ek-klesía*— es la reunión o asamblea que se ha producido en virtud de una convocatoria: el anuncio del Jesús muerto y resucitado —el *kerygma*— resuena como una convocatoria, a la que algunos —entre muchos— han respondido y se han reunido para celebrarlo, testimoniarlo y comunicarlo. Por eso podemos decir que la Iglesia es vocación: es una comunidad de llamados, de vocacionados. Sin este dinamismo de la vocación no habría ni Iglesia ni cristianos.

La Iglesia, en consecuencia, no surge por iniciativa humana, sino por iniciativa de Dios, del Dios Trinidad que sale al encuentro de los hombres «como amigo» (DV 2). Ahora bien, este acercamiento de Dios es a la vez una llamada y un envío: la Iglesia es llamada para algo, para una misión que es de alcance universal: para acercarse a todos, para dar realidad en el mundo al proyecto de Dios, para comunicar ese amor «hasta el extremo» (Jn 13, 1), que la coloca permanentemente en salida, al encuentro de la humanidad peregrina. El Dios que llama es a la vez un Dios misionero. Por ello se puede afirmar con toda verdad que no es la Iglesia la que tiene una misión, sino que la misión del Dios Trinidad tiene una Iglesia; esa misión en favor de la humanidad y de la creación entera antecede a la Iglesia y la llama a la existencia. Desde este punto de vista podemos decir que la misión de Dios antecede a la Iglesia y que la misión de la Iglesia antecede —y por ello acoge y engendra— al creyente individual. Vocación y misión van íntimamente unidas: toda vocación es un ejercicio de la misión.

Ser cristiano no es un hecho meramente biológico o natural en virtud del nacimiento. El cristiano, decía Tertuliano, no nace, se hace (Apol XVIII, 4). Ello supone una opción, una decisión, como respuesta a la gracia de un don previo de Dios y del anuncio del Evangelio. El Bautismo es, de hecho, un nuevo nacimiento, que debe ser considerado en relación con la Confirmación y la Eucaristía —en el seno del dinamismo del gran sacramento de la iniciación cristiana—. Es un nuevo

nacimiento para integrarse como protagonista en la historia de amor iniciada por el mismo Dios que se entrelaza en la historia misma de los seres humanos. La diversidad de vocaciones será la irradiación múltiple de ese amor regalado desde el principio en favor de la familia humana. El Bautismo no es algo que pertenece al pasado de cada cristiano, sino la base —y el contenido— de toda su vida cristiana; desde ese punto de vista, la Iglesia puede ser considerada como la comunión de misiones personales. El yo está integrado en el «nosotros» eclesial.

La imposición del nombre propio en el acontecimiento bautismal expresa lo que está en juego en el misterio profundo de la persona: el Dios misionero que por su propia iniciativa llama a cada uno por su nombre para que pueda vivir en plenitud en esa historia de amor en y desde el dinamismo de las relaciones eclesiales. En virtud del Bautismo, cada uno recibe una llamada a la santidad, que deberá irse modulando gracias a las relaciones en la Iglesia y al ejercicio de la misión.

Una imagen del Nuevo Testamento muestra de modo visible esta vinculación tan íntima entre el yo bautizado y el nosotros eclesial: vosotros sois piedra vivas del edificio —la Iglesia— que está construyendo el Espíritu (1 Pe 2,5); como la Iglesia es una realidad personal, requiere piedras vivas, no piedras muertas; estas sirven para un templo físico y meramente mundano; aquellas nos remiten a una realidad personal, de personas reales protagonistas de una historia de amor y de una misión.

Esta misma perspectiva se expresa de modo gráfico en un libro escrito en Roma en la primera mitad del siglo II y que —a pesar de algunas expresiones extrañas— gozó de una enorme popularidad en la antigüedad cristiana: *El Pastor de Hermas*. El personaje principal es destinatario de una serie de visiones, de las que nos interesa recordar una de ellas que destaca aspectos fundamentales de nuestro tema: a) el vidente contempla una torre que está siendo edificada en medio del agua; la torre es evidentemente la Iglesia que se va construyendo gracias a las aguas del Bautismo; b) la torre va alzándose y adquiriendo figura gracias a las piedras, de diversas formas; estas inicialmente se encuentran fuera del agua, es decir, aún no han pasado por el agua bautismal; c) esas piedras distintas, según sus características, están llamadas a ser apóstoles, doctores, viudas... una vez que se purifiquen y pasen a una vida nueva gracias a la renovación bautismal; d) quien explica a Hermas el significado de la visión es una mujer; esta, al comienzo, aparece envejecida, y progresivamente va rejuveneciendo; el significado es claro: la Iglesia recupera su juventud y su lozanía gracias a la aportación, a la novedad y a la

frescura de las nuevas piedras —piedras vivas—, que aportan su belleza a la torre que se está construyendo (Vis IV,2; Comp IX).

3. Centralidad y protagonismo del bautizado como Iglesia

Estas ideas se encuentran en la base del planteamiento eclesiológico del Vaticano II, que ha sido comparado con un auténtico giro copernicano: se superaba una visión de la Iglesia que numerosos padres conciliares caracterizaban como triunfalista, eclesiocéntrica y clerical. La constitución dogmática *Lumen gentium* introdujo como capítulo segundo la noción Pueblo de Dios, tras haber hablado del Misterio de Dios y de la Iglesia, pero antes de hablar de la jerarquía, del laicado, de la vida religiosa; con este cambio novedoso se estaba indicando que las diversas vocaciones, carismas y ministerios tenían su sentido y su función en el seno del Pueblo de Dios.

En este capítulo se encuentra en el centro la categoría *christifidelis*, es decir, el fiel cristiano. La Iglesia es el Pueblo de Dios, integrado por una multitud de miembros, los bautizados, renovados por la acción del Espíritu. Este dato tiene unas enormes implicaciones.

Ante todo, la igualdad fundamental, y, por ello, la igual dignidad de todos los bautizados. La igual dignidad de todos los bautizados significa que cada uno de ellos puede arrogarse la eclesialidad con pleno derecho, pues en esa condición bautismal radica el «timbre de honor y de gloria» de cada uno. En cuanto hijos del Padre y miembros de la misma familia, la jerarquía no puede ser entendida o practicada conforme a los modelos mundanos, es decir, la Iglesia no es una pirámide, dado que todo en ella es servicio; en todo caso habría que hablar de «pirámide invertida», como dirá Francisco. Así se supera la tentación del clericalismo, que sin duda influye en el malestar que comentábamos anteriormente.

En virtud de la igual dignidad, todos los bautizados son corresponsables de la misión de la Iglesia. Ningún bautizado podrá retraerse o distanciarse de la Iglesia y su misión. Ciertamente, se trata de una responsabilidad diferenciada, porque la Iglesia no es una masa indiferenciada o anárquica, expuesta al capricho o a la arbitrariedad. Precisamente porque la gracia bautismal y el don del Espíritu se concreta y se modula en función de los carismas y de las necesidades, tiene que existir un orden que haga viable la edificación, que lo oriente todo a la misión, que garantice la comunión en la diversidad, que sirva al bien de todos, especialmente de los más débiles.

La igual dignidad y la corresponsabilidad quedan ratificadas, profundizadas y ampliadas por la condición sacerdotal de todo bautizado, en cuanto participa en el sacerdocio de Cristo. Este aspecto no ha sido suficientemente desarrollado en la vida eclesial, a pesar de su base neotestamentaria (1 Pe 2, 5; Ap 1, 6), de haber sido reafirmado por el Vaticano II (LG 10), y de su potencialidad espiritual y pastoral. El sacerdocio bautismal hace presente la función mediadora y reconciliadora de Cristo en favor de la humanidad: esta acción redentora alcanza su consumación en el misterio pascual, en virtud de la entrega de su vida hasta la muerte y de la entrada en la gloria del Padre, cuando el Resucitado queda constituido como intercesor y pontífice de una alianza nueva e insuperable. En el estado glorificado, Jesús establece una comunicación permanente entre la «orilla de Dios» y la «orilla del mundo»; gracias a él ni Dios queda sin mundo ni el mundo queda aislado o separado de Dios. El sacerdocio de Jesús constituye el fundamento y el manantial de la esperanza cristiana y asimismo de toda actividad eclesial.

Esta condición sacerdotal convierte la vida entera del bautizado en una auténtica liturgia (Rom 12, 1): toda su existencia, en sus quehaceres cotidianos, queda transformada en culto a Dios en la medida en que vive como discípulo de Jesús al servicio del Reino. Más aún: de este modo, en cada bautizado la Iglesia está en salida, haciéndose presente en el entramado complejo y difícil de las realidades y de las relaciones humanas, sociales, económicas, políticas. En todas esas circunstancias el bautizado «lleva consigo la Iglesia» —porque es Iglesia—, gracias a lo cual se supera toda tentación de clausura o de *ghetto*. Desde este punto de vista podemos hablar de una «Iglesia en salida» como rasgo constitutivo de su ser. San Pablo lo expresa con un lenguaje claro y comprensible: recuerda a los corintios que «vuestro cuerpo» es templo del Espíritu (1 Cor 3, 16-17; 6, 10). El cuerpo designa al ser humano en todo el abanico de las actividades que lleva a cabo con los demás —el ocio y el trabajo, lo que hace reír y llorar, los encuentros y los proyectos...—, pues en todas esas circunstancias se irradia el perfume de la novedad cristiana: dando testimonio de Cristo en todas partes y dando razón de su esperanza (1 Pe 3, 15) a quienes se lo pidan. Esta función sacerdotal encierra unas inmensas posibilidades vocacionales.

La centralidad del sacerdocio bautismal ni oscurece ni difumina el sentido y la necesidad del sacerdocio ministerial u ordenado. No deben ser contrapuestos, ni planteados en concurrencia o como alternativa. Uno y otro deben ser comprendidos y vividos en su mutua relación, en una reciprocidad que da sentido a ambos, «pues participan, cada uno a su manera, del único sacerdocio de Cristo». El mismo Vaticano II precisa que

entre ellos existe una diferencia «esencial y no solo de grado». Es una expresión ciertamente difícil de precisar. No obstante la *Relatio* presentada en el aula conciliar aporta una explicación iluminadora y enriquecedora: en cierta medida, o bajo un aspecto, el ministerio ordenado antecede al sacerdocio bautismal, pero desde otro punto de vista el sacerdocio bautismal antecede al sacerdocio ministerial; ello no constituye una contradicción porque se sitúan a niveles distintos. Desde esta óptica podemos alcanzar su significado más profundo y fecundo: el sacerdocio bautismal se sitúa en el nivel de los fines, y el sacerdocio ministerial en el orden de los medios; dicho de otro modo: el ministerio ordenado tiene como objetivo servir para que el sacerdocio bautismal —en el sentido que hemos indicado— se realice plenamente, haciendo que la Iglesia exista realmente en salida, como servidora de la humanidad y sacramento universal de salvación.

Esta conjugación de ambos sacerdocios y la dinámica de Iglesia en salida se percibe —y se debe expresar con mayor nitidez— en la celebración de la Eucaristía. La comunidad celebrante en su conjunto es protagonista en cuanto es incorporada en el acto sacerdotal y mediador de Cristo. Ahora bien, por un lado, la comunidad eucarística no es un grupo amorfo, sino que está articulada de modo diferenciado: todos participan de modo activo, algunos desempeñan ministerios diversos y uno preside expresando la armonía del conjunto. Por otro lado, en la celebración eucarística confluye lo más íntimo del misterio eclesial y lo más externo de su misión —el servicio de la caridad, los proyectos de pastoral, la solidaridad con los clamores del mundo...—.

En este marco eclesial se expresa con toda claridad la identidad del ministerio ordenado —del sacerdocio ministerial—, como icono del Señor resucitado, en una doble dirección: a) por un lado, en cuanto representa al Señor resucitado y así hace visible que la *ekklesía* no surge por iniciativa humana, sino que es llamada y convocada por el Viviente, el Señor de la Iglesia; b) por otro lado, en virtud de la sucesión apostólica garantiza la vinculación de la comunidad eclesial reunida con el testimonio originario de la Pascua, y a su vez sirve a la comunión entre los distintos miembros de la iglesia y con todas las comunidades eclesiales.

4. La Iglesia existe en lo concreto

La Iglesia no existe de modo abstracto o genérico, sino en un lugar, habitado por personas concretas. Cuando hablamos de Iglesia como realidad personal, como un «nosotros» en cuanto sujeto histórico, y, por tanto, en un entramado de relaciones personales, estamos diciendo que la Iglesia existe en lo concreto del mundo

y de la historia, en bautizados de carne y sangre, con rostros y con nombres únicos e intransferibles, en unas circunstancias sociales, culturales y políticas determinadas.

Así lo confirma la experiencia histórica real, en los diversos procesos en los que nacen las diversas iglesias —eclesiogénesis—, según vemos en los relatos neotestamentarios. El ejemplo de san Pablo lo muestra con claridad en sus cartas: en diversas ciudades, de población cosmopolita y multicultural, el apóstol lanza su convocatoria —el *kerygma*— y congrega un grupo que se reúne en asamblea; esas personas se vuelven a dispersar para continuar sus diversas actividades en la vida de la ciudad, sintiéndose Iglesia en salida y ejerciendo su sacerdocio como misión.

Cada una de esas Iglesias concretas es consciente de formar parte de la única Iglesia de Cristo, porque todas ellas responden a la misma convocatoria de Dios. Así surgen las Iglesias locales o particulares —las diócesis—, que son definidas por el Vaticano II en *Christus Dominus* 11 como una porción —evita hablar de «parte»— del Pueblo de Dios, que se confía a un obispo —con la colaboración de su presbiterio—, reunida en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y la Eucaristía; lógicamente ello supone un grupo humano enraizado en su cultura, en su historia y en su sociedad. Por ello puede concluir el Concilio de modo solemne: en cada una de esas Iglesias «está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica». En la misma línea, LG 23, al hablar de las Iglesias locales, realiza una de las afirmaciones más importantes para el desarrollo de la vida eclesial de las últimas décadas: «En ellas y a partir de ellas existe la Iglesia católica, una y única».

Por ello, las Iglesias locales deben ser consideradas como la estructura básica de la Iglesia, como la existencia fundamental del «nosotros» eclesial (cf. también SC 44-45). Ahora bien, en ella y junto a ella, existen otras realidades distintas: las parroquias, un «modelo preclaro de apostolado comunitario al congregar en unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran», como una célula de la Iglesia local (AA 10) y como presencia de la Iglesia entre las casas y las plazas de la gente; igualmente se pueden mencionar las delegaciones de carácter pastoral o sectorial.

En el seno de la comunión de las Iglesias van surgiendo otro tipo de realidades carismáticas, especialmente de carismas comunitarios, que expresan la acción permanente del Espíritu en la edificación de su templo: muchos de esos carismas dan origen a las diversas formas de vida consagrada y otras a asociaciones o agrupaciones de laicos. Cada una de estas van dando origen a formas de existencia eclesial que, por

un lado, deben cuidar y salvaguardar la peculiaridad del propio carisma, pues enriquece la vida de la Iglesia, y, por otro, deben contribuir a la consolidación de las Iglesias locales y a la comunión entre las Iglesias. De este modo se va vertebrando el «nosotros» eclesial como comunidad de sujetos en comunidades-sujeto al servicio de la misión.

Especial relevancia merece el sentido y la función de la familia como realización de la Iglesia y como una forma genuina de existencia eclesial. Constituye una estructura básica de la vida social, expuesta en la actualidad a concepciones muy variadas, distintas en gran medida de la figura que ha adoptado durante siglos. Desde otro punto de vista, más directamente teológico, por la estrecha analogía entre familia e Iglesia: la familia es considerada como «Iglesia doméstica» y a su vez la Iglesia es la familia de Dios. Por ello, constituye un ámbito privilegiado para que el matrimonio y la voluntad de constituir una familia sean presentados y vividos como un despliegue vocacional de la gracia bautismal y de la misión de la Iglesia en lo más nuclear de las relaciones interhumanas.

Durante los últimos lustros se han dado pasos notables, y existen signos evidentes, que manifiestan ese protagonismo de las iglesias locales, pero no obstante siguen manifestándose desajustes y disfunciones, por lo que debe seguir avanzándose en la permanente «conversión de relaciones» que haga visible y fecunda una auténtica sinodalidad. Dada la pluralidad de vocaciones que van surgiendo en las Iglesias, las cuales expresan y alimentan su vida, debe buscarse una adecuada articulación, que evite dualidades o alternativas peligrosas que deforman el «nosotros» eclesial concreto.

5. Las vocaciones diversas en el dinamismo de la *ekklesía*

El «nosotros» como sujeto histórico va realizando el sacerdocio común y va edificándose con las piedras vivas que son los bautizados en un dinamismo permanente, estimulado por los dones del Espíritu, de las necesidades de la Iglesia y de las circunstancias de su misión.

En este dinamismo está en juego la figura de la Iglesia, que debe buscar siempre la armonía y el equilibrio para ser de modo efectivo sacramento transparente de la gracia de Dios. Como toda vocación es eclesial, está en juego la decisión individual, pero asimismo la decisión de toda la comunidad. Conjugando ambas perspectivas se evitará el desequilibrio de una figura clerical de la Iglesia, cuando unos pocos absorben la eclesialidad que corresponde a todos.

En el amplio espectro de la vida de la Iglesia se va desplegando un amplio abanico de actividades, algu-

nas de las cuales pueden ser consideradas «intraeclesiales» —en cuanto responde a las necesidades de la vida comunitaria— y otras que tienen un carácter más directamente evangelizador, porque se dirigen a los de fuera, a los que no pertenecen a la Iglesia. En esa doble coordenada surgen y se desarrollan vocaciones, y se generan ministerios, que deben ser discernidos, conjugados y articulados.

- La comunidad, para funcionar y sobrevivir, **se organiza**. En cada comunidad eclesial existen grupos distintos, cada uno con peculiaridades y objetivos diversos: de jóvenes, de matrimonios, de adolescentes, de catequistas, de servicio caritativo... Para cada uno de esos sectores debe haber personas que lo asuman, lo cual genera organismos de coordinación o de encuentro, de diálogo e intercambio de informaciones, de programación y de evaluación...

- En consecuencia, la comunidad tiene que encontrar y designar a las personas que desempeñen tales funciones, pues sin ellas la vida y la misión de la comunidad se debilitaría. Son amplios los flancos que deben ser cubiertos, lo cual depende de la magnitud y del contexto, lo cual significa que existe un espacio amplio para el desarrollo vocacional.

- La fe **se celebra**, de modo especial en la liturgia —en los sacramentos, sobre todo, en la Eucaristía, por ser la actualización del acontecimiento que ha hecho nacer a la Iglesia— en cuanto acto comunitario. Esa celebración forma parte del ritmo y de la figura de la Iglesia, pues sin ella la Iglesia quedaría reducida a una organización filantrópica o cultural, una más entre las organizaciones no gubernamentales.

- La celebración abre un campo no solo para que todos se sientan miembros activos —mediante la actitud espiritual, los cantos, la inserción en la oración—, sino para que algunos desempeñen funciones específicas y especializadas: uno preside —en el sentido del ministerio ordenado indicado antes—, y otros proclaman las lecturas, dirigen el canto, recogen las ofrendas que posteriormente son repartidas entre los necesitados, recitan las preces que recogen las necesidades del entorno inmediato o del mundo entero, acogen y saludan a los asistentes, organizan la posterior visita a los enfermos para llevarles la comunión, informan de las actividades pastorales...

- El campo se amplía si tenemos en cuenta otras celebraciones de carácter paralitúrgico, que en la actualidad adquieren especial relevancia: grupos de oración o de lectio divina que responden a las necesidades

espirituales de muchas personas; en este punto, debe incluirse la gama amplia de piedad popular o de religiosidad popular que da origen a cofradías y hermandades, a procesiones, que van acompañadas por actividades de contenido caritativo o cultural; en ellas se conjugan tanto la vida íntima de la comunidad como la presencia de la fe en el espacio público, todo lo cual ha empujado a muchas personas a asumir responsabilidades de gran compromiso.

- La fe **se profundiza**, es decir, reclama el esfuerzo de interpretarla, de captar su sentido y sus implicaciones para la vida de los bautizados, de desvelar sus aportaciones para la comprensión del mundo y de la realidad; la Palabra de Dios —es decir, la revelación— debe ser continuamente confrontada con la experiencia eclesial y con los signos de los tiempos; a la vez, el contenido de la revelación y de la Palabra de Dios está expuesto a cuestionamientos, a dudas, a objeciones, a confrontación con otra serie de datos y de experiencias...

Sin esta tarea de profundización, la fe quedaría reducida a fundamentalismo o a credulidad irracional; de este modo el grupo de los creyentes se convertiría en un *ghetto* o en un búnker, aislándose del entorno, contradiciendo de este modo su misión originaria. El dinamismo de la fe reclama la participación de muchos: en la antigüedad hubo doctores, actualmente hablamos de teólogos y de exégetas, de profesores de Religión...; esta actividad durante siglos ha sido protagonizada fundamentalmente por sacerdotes, mientras que los laicos quedaban al margen —eran los iletrados o incultos—, pero no podemos olvidar casos eximios de laicos comprometidos en esa tarea, como Orígenes; en la actualidad se ha ampliado el número de laicos dedicados a esa tarea, tendencia que debe ser apoyada y potenciada por las comunidades eclesiales.

En nuestro actual contexto cultural, el conjunto de los bautizados se ve confrontado con las realidades mundanas y sociales, con todo tipo de saberes y de ideologías, y por ello debe dar razón de su esperanza mediante la apología y la defensa frente a las acusaciones, reproches, incomprensiones o calumnias dirigidas contra la revelación, contra la fe o contra la Iglesia. Desde los primeros tiempos esta necesidad suscitó vocaciones significativas, y en el momento presente hay casos semejantes; actualmente se necesitan personas que trabajen en la formación permanente de todos los bautizados.

- La fe **se transmite y se comunica**, en direcciones distintas, porque se dirige a grupos sociales diversos: a las nuevas generaciones, a los convertidos, a los no cre-

yentes... Cada grupo de destinatarios reclama modulaciones distintas: como primer anuncio a aquellos que nunca han escuchado el mensaje evangélico, como catequesis respecto a aquellos que se preparan para su inserción en la comunidad eclesial, como diálogo con miembros de otras creencias, como enviados *ad gentes* y presentes *inter gentes*...

También en este campo el desarrollo vocacional es muy amplio: algunos colaboran como catequistas que realizan su función de modo regular; hay intelectuales que recurren a la palabra o a la pluma para hacer presente el mensaje cristiano...; de modo general, todos están llamados —incluso, podríamos decir, obligados— a adoptar una actitud consciente de diálogo con miembros de otras religiones o ideologías.

- La fe **se anuncia**, es decir, se hace anuncio y mensaje, en la vida cotidiana y en las relaciones sociales habituales. En determinados momentos, cuando desaparece el estado de cristiandad y cuando la fe no se transmite de modo automático —es decir, por el hecho biológico del nacimiento— están todos llamados a hacer perceptible, comprensible y atractivo el Evangelio. El capítulo segundo de *Ad Gentes* describe la acción misionera de un modo muy concreto y al alcance de todos en cualquier parte del mundo: mediante la cercanía a los conciudadanos, mediante la solidaridad con las necesidades de la colectividad...

Esta vocación universal debe ser modulada por cada uno de los bautizados según su situación y circunstancia: en cuanto ciudadano haciendo presente el mensaje evangélico en el espacio público, en cuanto intelectual dialogando con los no creyentes o con los agnósticos, en cuanto habitante de la ciudad dialogando o entablando relaciones cordiales con los vecinos que pertenecen a otras religiones, en cuanto misionero... Desde este presupuesto se estará en condiciones de dar razón de su esperanza cuando sea requerido, y el primer anuncio no podrá ser reducido a método o estrategia, sino que pasará a convertirse en un modo de ser, en un estilo de vida que pueda resultar interpellante y atractivo...

- La fe **se testimonia**, en línea con lo que acabamos de decir, en los distintos ámbitos de su vida: familiares, profesionales y laborales, lúdicos y culturales... A este nivel se pone en marcha el «acto misionero», que se inicia —como presupuesto irrenunciable— desde la inserción en la vida real, en sintonía con los problemas y expectativas de una sociedad determinada; el estilo evangélico de vida debe reflejarse en una novedad existencial como propuesta e invitación; la vocación bautismal alimentará la espiritualidad del testigo:

aquel que no se anuncia a sí mismo, sino algo más grande y más profundo, a lo cual remite con sus palabras y acciones; el testigo hace visible a la Iglesia como sacramento de la unión de Dios con la humanidad y de la humanidad entre sí.

El testimonio, siempre humilde y servicial, evita todo tipo de imposición o de estrategias de conquista, respeta enteramente la libertad de los otros; está, sin embargo, abierto al diálogo, al intercambio de opiniones, proceso de relación interpersonal en el que se puede nombrar a Aquel que hace posible ese tipo de vida y de comportamiento.

- La fe **se compromete**, es decir, se ha de hacer presente en las situaciones de anti-Reino, en los contextos de irredención, en los dramas de la historia, en las periferias existenciales... La ortodoxia, es decir, el anuncio del *kerygma* y de la fe recta, debe ir acompañada de la ortopraxis, es decir, de acciones y actividades que luchan contra la injusticia y la exclusión; en la base debe encontrarse asimismo la ortopatía, es decir, dejarse afectar y conmover por el sufrimiento de los marginados y descartados. La comunidad eclesial no puede cerrarse en la zona de confort de la satisfacción espiritual desencarnada, porque está enviada y en salida, por lo que capta los gritos y los lamentos de la humanidad.

Este «recto sentir», que es palpar con el sufrimiento de los vulnerables, es la base de la misericordia y de la compasión: poner el corazón junto al desgraciado y padecer junto a él refleja el actuar del mismo Dios en su relación con la humanidad, y del mismo Jesucristo —«rostro de la misericordia del Padre»— que se abajó hasta compartir el rechazo, la persecución y la muerte injusta. Siguiendo sus pasos, numerosos cristianos descubren y realizan su vocación, comprometiéndose entre los pobres y entre los enfermos, entre los presos y los marginados, entre los descartados y los humillados, entre los inmigrantes y los refugiados... Este compromiso vocacional con las personas concretas debe llegar hasta las estructuras sociales y políticas, tanto mediante la denuncia como mediante los análisis científicos o el protagonismo en instituciones y organizaciones de diverso tipo. El amor —y por ello el compromiso— cristiano reclama una mediación sociopolítica, no puede quedarse en lo teórico, abstracto o genérico. El campo de la economía, de la política, del sindicalismo, de la empresa, de los movimientos sociales ofrecen posibilidades múltiples de despliegue y de realización vocacional, tanto de modo individual como asociado. Gracias a estas concreciones la Iglesia queda enormemente enriquecida, pues la dimensión laical permitirá configurar una Iglesia menos clerical.

Como se ve, las dimensiones plurales de la Iglesia permiten —y reclaman— que los bautizados, cualquiera que sea su estado o situación, modulen su propia vocación como Iglesia: los jóvenes y los esposos, los profesionales y los jubilados, los niños y los discapacitados... encuentran posibilidades para hacer presente en medio del mundo el aspecto del amor de Dios manifestado en Cristo que a cada uno resulta más atractivo o más necesario.

6. El protagonismo de la comunidad en el florecimiento vocacional

Dado el amplio espectro de dimensiones y de posibilidades, y teniendo en cuenta que todas las vocaciones son necesarias, una espiritualidad auténticamente eclesial no puede entenderlas como rivales o concurrentes, sino como una gracia para el enriquecimiento recíproco, para la solidez del «nosotros» eclesial. Desde este presupuesto se podrá articular de modo efectivo la corresponsabilidad diferenciada, como acto de fidelidad a la propia vocación, a la Iglesia, al entorno político y a la familia humana.

Para que ello sea realidad se requiere que junto a la opción personal se reconozca el protagonismo de la comunidad como sujeto consciente y responsable: es ella la que tiene que cuidar su figura y su testimonio colectivo, y por ello ella tiene que llamar y discernir; en consecuencia, toda pastoral de la Iglesia debe ser pastoral vocacional; por ello, la crisis vocacional, en la medida en que exista, será también crisis de los que no llaman —de ahí la importancia de crear una cultura vocacional que penetre la sensibilidad de todos los bautizados—.

Toda vocación es comunitaria/eclesial y, por tanto, sinodal, en cuanto que en la propia vocación hay que reconocer la prioridad de los otros y la vocación/misión de la Iglesia, del «nosotros». En la medida en que no se haga así, se cae en el clericalismo, que es ciertamente tentación de los clérigos, pero igualmente de los laicos. Francisco ha alertado con frecuencia frente a este peligro, que se produce cuando la vocación es utilizada para ocupar espacios —de poder— más que para suscitar procesos en favor del testimonio y de la misión comunitaria. En la misma línea, en *Gaudete et exsultate* advierte de un doble peligro en la vocación común a la santidad: el gnosticismo y el pelagianismo; ambos en último término acaban en un inmanentismo antropocéntrico y en un elitismo narcisista, en un autoritarismo que se apoya en la propia superioridad que busca imponerse sobre los demás. Esta actitud relega la necesidad prioritaria de caminar con los otros de cara al encargo de evangelizar.

Por ello, la comunidad debe ser protagonista también en las vocaciones singulares. Cada uno debería afirmar como san Agustín: para vosotros soy catequista, director de canto, administrador de las colectas... pero con vosotros y entre vosotros soy cristiano. Esta actitud constituye un criterio que garantiza el carácter auténtico de la vocación cristiana.

Este —necesario y conveniente— protagonismo de la comunidad puede ser iluminado y confirmado por algunos testimonios de la antigüedad que pueden interpelar nuestro presente. Resulta sorprendente constatar que durante siglos, en los que las necesidades no eran menores que en la actualidad, no se encuentran en la literatura cristiana referencias a lo que hoy denominamos «problema vocacional». La razón parece evidente: la comunidad como tal trata de cultivar el florecimiento vocacional. Los mismos cristianos normales, en cuanto se sentían Iglesia, sin ser misioneros «oficiales» contribuyeron a la difusión del Evangelio a través de las gestiones comerciales, de los viajes de diverso tipo, de la movilidad del Ejército...; algunas anécdotas curiosas desde nuestro punto de vista ocultan un significado profundo: en el caso, posible en los primeros siglos, de que el obispo fuera iletrado (*Didaskalia Apostolorum* 4) adquiriría más importancia la función y la tarea del lector. Las necesidades de la vida comunitaria y la conciencia eclesial provocaban el florecimiento de vocaciones diversas para el bien común y para la misión.

Esta lógica de fondo se percibe con claridad en el caso de los ministros ordenados. A nivel de principio quedaban excluidas —hasta ser consideradas nulas en ocasiones— las ordenaciones «absolutas», porque parecía obvio que toda ordenación se realizaba de cara a un ministerio concreto, nunca de modo general e indeterminado.

La consagración de un obispo para una diócesis deja ver el papel protagonista de la Iglesia que lo recibe, que ha de expresar su aceptación y su acogida. En el centro no se encuentra la transmisión de poderes a un individuo concreto, sino el don que se otorga a una Iglesia, la cual debe expresar su aceptación en el acto litúrgico.

La clave del proceso se encuentra en la necesidad de la Iglesia, no tanto en la iniciativa o predisposición del sujeto. Incluso la iniciativa particular era vista con reticencia, porque se sospechaba que pudiera ocultar intereses inconfesables de poder, de prestigio o de dinero. Hubo ocasiones en las que la comunidad llegó a «forzar» a algunos monjes a aceptar el episcopado, y son conocidos casos de personajes relevantes —Cipriano, Ambrosio, Agustín...— que son aclamados públicamente como candidatos al episcopado de la Iglesia, porque los consideraban adecuados en aquel momento histórico concreto —aunque aún no estuvieran bautizados,

como Ambrosio de Milán—. No era infrecuente —como en el caso de Agustín— que los afectados procuraran evitar el nombramiento, mediante la huida o el ocultamiento. Esta reacción, sin embargo, era vista como un dato a su favor.

Igualmente ilustrativa es la argumentación de algunas de estas personas cuando superan sus reticencias y aceptan la propuesta de la Iglesia: el cristiano no debe vivir para sí mismo, sino para Jesucristo, que se hace presente en su comunidad; la actitud de servicio y el amor al prójimo implica dar una respuesta a las necesidades de la Iglesia.

En la vida misma de la Iglesia se contienen una eclesiología y una espiritualidad vividas, que conservan plenamente su valor más allá de los condicionamientos históricos: en cada discernimiento vocacional debe tenerse en cuenta el bien de la Iglesia, y la misma Iglesia debe realizar un discernimiento vocacional para garantizar la fidelidad a su identidad y a su misión.

7. El discernimiento comunitario

Para que cada uno de los bautizados aprenda la importancia del discernimiento a nivel personal es importante que experimente esa práctica como algo habitual a nivel de diócesis y de parroquia. En el Nuevo Testamento, especialmente en Hechos de los Apóstoles, encontramos ejemplos paradigmáticos, propios de una Iglesia que está dando los primeros pasos en su camino histórico, si bien con métodos y actitudes que encierran un valor permanente para discernir vocaciones, carismas y ministerios.

El capítulo 6 de Hechos de los Apóstoles narra el proceso realizado para identificar personas que pudieran atender a los sectores que se sentían marginados, porque los apóstoles tenían que dedicarse a lo más peculiar de su carisma y de su ministerio. En el capítulo 15 se relata el encuentro en el que se establecieron los criterios de cara a la admisión de los paganos en el seno de la comunidad, pues su integración planteaba problemas o reticencias en algunos. En estos casos se trata de interpretar los signos de los tiempos, de iluminar desde la Palabra de Dios las necesidades del momento, de reconocer los carismas o capacidades de algunos en beneficio del «nosotros».

Por su brevedad y concreción puede servir como magnífico punto de referencia 13, 1-3. Conviene señalar de modo explícito algunos aspectos que nos permitan captar la hondura de lo que aparentemente no son más que anécdotas o sucesos circunstanciales.

Ante todo se presenta como protagonista la *ekklesía*, reunida como asamblea en un contexto litúrgico, conscientes de la presencia y de la acción del Espíritu

que realiza la unión del «nosotros» con el objetivo de la misión a realizar. En ese marco surge la interpelación: el Evangelio, a partir de Jerusalén, había llegado hasta Antioquía, gracias a la acción de misioneros y al aliento del Espíritu; en consecuencia se les impone de modo necesario el interrogante: ¿el Evangelio ha llegado a Antioquía para quedarse allí, o como un lugar de paso para llegar a otros lugares, a otras personas? La *ekklesía* se sitúa ante el dinamismo del Evangelio, pues de él nació ella misma y, por tanto, debe existir a su servicio.

La respuesta resultaba obvia. A partir de esa opción comunitaria se impone el paso siguiente: ¿quién de los presentes tiene la vocación —o el carisma— para asumir esa responsabilidad en nombre de todos? La designación de Pablo y Bernabé acontece por el Espíritu a través de la comunidad, porque van a asumir una misión en nombre de todos y en favor de todos. Podemos decir que Pablo y Bernabé han integrado su propio discernimiento en el seno de la *ekklesía* y en la fecundidad del Espíritu.

El proceso de discernimiento finaliza con la imposición de manos de todos los presentes sobre quienes han sido a la vez llamados y designados. La vocación y el carisma desembocan —podríamos decir— en un ministerio de la Iglesia. Lo personal y lo comunitario se funden en la *kerym* y en el Espíritu. La decisión vocacional de la persona individual no puede quedar aislada de la vida de la comunidad, de la misión de la Iglesia concreta.

El discernimiento vocacional personal es a la vez comunitario, porque así la iglesia adquiere una figura coherente con su identidad, pues no puede carecer de vocaciones que se consagren al Evangelio en su voluntad de alcanzar a todos los pueblos; gracias a ello cada uno contribuye al equilibrio y a la armonía del conjunto eclesial.

En este tipo de discernimiento podemos ver una doble dialéctica, que forma parte del estilo sinodal y que contribuye a la vertebración y a la consolidación del sujeto eclesial, por lo que igualmente le debemos reconocer un valor permanente.

En primer lugar, la dialéctica algunos/todos: en la Iglesia todo es de todos, pero no todos pueden hacerlo todo, por lo que algunos —en nombre de todos y al servicio de todos— asumen una determinada tarea, que no por eso deja de ser de todos. La propia vocación surge en muchas ocasiones al constatar las carencias o necesidades de la vida eclesial. Es la Iglesia, por ejemplo, la responsable de la educación y de la transmisión de la fe a las nuevas generaciones; pero no todos pueden ser catequistas; por tanto, algunos lo asumen como vocación —o ministerio— en la Iglesia; la presencia del Evangelio en el espacio público o en el territorio corresponde a la Iglesia en su conjunto, pero algunos lo asumen de modo más consciente participando en las organiza-

ciones del barrio, en los movimientos sociales o en las estructuras económicas y políticas; este compromiso lo realizan desde su condición de vecinos del barrio, de sus competencias profesionales, o de miembros de una familia.

En segundo lugar, la dialéctica carisma/ministerios; la Iglesia, como realidad personal movida por el Espíritu, es una realidad carismática: el mismo Espíritu enriquece los dones naturales de las personas con gracias particulares que potencian aquellos; el carisma contiene siempre un triple momento: a) es un don personal, b) otorgado en el seno de la Iglesia y en favor de la Iglesia, c) para que esta pueda realizar su misión. El dinamismo carismático no debe ser fuente de anarquía o de desorden, como advertía el mismo Pablo: por un lado, ensalza como el más elevado de los carismas la caridad, pues favorece la unión del edificio eclesial; por otro lado, recuerda que los diversos carismas se necesitan recíprocamente, pues cada uno es un órgano necesario para el buen funcionamiento del cuerpo (de Cristo). Algunos carismas pueden dar origen a la constitución de ministerios, cuando el discernimiento comunitario considera que se trata de funciones permanentes, esenciales y estables.

Seguramente aquí encontramos una de las carencias más llamativas de nuestras prácticas eclesiales: la falta de práctica en el discernimiento de los carismas y la falta de creatividad en la constitución de ministerios. Es un campo abierto para el futuro: dejar espacio al desarrollo de las vocaciones y de los carismas para identificar los que merecen ser establecidos como ministerios.

El Sínodo sobre la sinodalidad aporta perspectivas y propuestas sugerentes y prometedoras en este campo. Alude a la conveniencia de discernir si entre las funciones que realizan los ministros ordenados hay algunas que podrían ser asumidas por otras personas. Igualmente, insiste repetidamente en la conveniencia de que las diócesis, en virtud del contexto concreto, actúen con creatividad para suscitar las vocaciones y los ministerios en ámbitos de la pastoral especialmente urgentes o relevantes.

El discernimiento debe afectar a la recepción y desarrollo de las novedades suscitadas a raíz del Vaticano II; de modo concreto: ¿la nueva modalidad del diaconado ha servido para descubrir y valorar el ministerio diaconal, no como paso hacia el presbiterado sino como necesidad de la Iglesia?, ¿ha habido toma de conciencia de las actividades o funciones que pueden desempeñar los lectores y acólitos, tanto hombres como mujeres?, ¿es suficiente la revalorización del ministerio catequético o se requieren iniciativas más intensas?, ¿son suficientemente significativas y relevantes las celebraciones de envío al inicio del curso, como ya se va haciendo habitual en muchas diócesis?

8. La configuración de una cultura vocacional

La Iglesia, en cuanto comunidad de llamados, es madre de vocaciones, generadora permanente de vocaciones, en las que debe tener en cuenta tanto las necesidades de la Iglesia como los signos de los tiempos.

Desde esta doble coordenada se comprende que la pastoral vocacional no debería ser considerada como una parte o como un sector de la pastoral, sino como transversal a toda la pastoral; si la pastoral es realmente global y busca el equilibrio de la figura de la Iglesia, vive-de y a la vez fomenta la existencia de vocaciones más especializadas; así adquiere todo su sentido eclesial el consejo diocesano de pastoral o el consejo parroquial, pues deben tener en cuenta la presencia de todas las dimensiones o actividades de la Iglesia. Desde esta clave podemos entender y aceptar que la pastoral vocacional es la perspectiva originaria de la pastoral general (*Christus vivit* 26), e incluso que la pastoral vocacional es la vocación de la pastoral.

Desde este punto de vista, la Confirmación como sacramento del Espíritu puede mostrar todo su sentido en la dinámica de la iniciación cristiana. El Espíritu ya actuaba en la renovación bautismal, pero se manifiesta —a la luz de Pentecostés— en toda su pluriformidad a la luz de la misión, de la salida del cenáculo, en el encuentro con la pluralidad de la humanidad; en la Confirmación, la presencia del obispo ratifica en lo concreto la dimensión comunitaria de la vocación/carisma, que apunta en la Eucaristía, donde se sella la eclesialidad de la vocación.

La *ekklesía* queda así constituida como activa en el discernimiento, la promoción y la aceptación de cada vocación; es la *ekklesía* la que debe ayudar a descubrir, y, por eso, también debe acompañar y crear itinerarios formativos y espirituales para los llamados.

No resulta exagerado afirmar que es una pastoral difícil, porque apunta a lo más peculiar del ser-Iglesia; pero por ello debe llevar consigo los mejores esfuerzos, y debe ser acompañada por una acción permanente de oración —como invocación al Espíritu—, debe reflejarse en la liturgia, especialmente en la Eucaristía dominical, para hacer patente la constitución vocacional de la asamblea y el ejercicio real de ministerios y vocaciones en la vida cotidiana de la Iglesia.

Itinerario 3

Sujeto

Autora:

María José Castejón Giner

Conferencia Española de

Institutos Seculares (CEDIS)

Instituto Secular Siervas Seglares

de Jesucristo Sacerdote

En el itinerario **Sujeto** se pone de manifiesto la importancia de ir formando personas que descubren su vocación como algo que configura su identidad personal. Deseamos suscitar la pregunta «¿para quién soy?» frente a una cultura que promueve la idea del hombre sin vocación. Para esto es fundamental el tema del discernimiento, la formación y el acompañamiento. En este itinerario nos guía la constitución *Lumen gentium*¹.

Introducción

«Al principio ya existía la Palabra. La Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Todo fue hecho por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto llegó a existir. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres: la luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la sofocaron» (Jn 1, 5).

Vamos a articular tres dimensiones esenciales al hablar del sujeto de la vocación: el **yo**, el **tú** y el **nosotros**. Cada una de estas dimensiones nos ayuda a profundizar en nuestra identidad, nuestra relación con Jesucristo y nuestra pertenencia a la comunidad de creyentes.

El **yo**. La relación con nosotros mismos. Os invito a miraros hacia dentro unos segundos. Cada uno de nosotros somos sujetos de vocación, abiertos a la trascendencia, somos paradoja y misterio a la vez. Hemos sido llamados a la vida en una realidad histórica, para alguien y para algo.

La constitución *Lumen gentium* resalta la dignidad humana y la vocación cristiana. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, la existencia nos ha sido dada. Esta confesión de fe nos revela como cada persona tiene un valor inalienable, posee una dignidad intrínseca, independientemente de su estado de vida, origen y condición.

¹ Esquema en LG que ilumina el tema que nos ocupa: 1. Llamada universal a la santidad. 2. Participación en el Sacerdocio de Jesucristo, capacidad de mediación. 3. Laicos sujetos activos. 4. El sujeto de la vocación cristiana llamado al Amor y servicio. 5. A ser testimonio vivo de palabra y obras y responsabilidad en la misión de la iglesia.

La conciencia de ser creaturas nos conecta con nuestra finitud, vulnerabilidad, pobreza, y a su vez experimentamos la sed de infinitud y trascendencia, que posibilita la capacidad de relacionarnos con un tú diferente a nosotros que nos ha sido revelado en Jesucristo único Señor de la historia.

El tú. Relación íntima con Jesucristo que se inicia en el encuentro personal con Dios Trinitario que enamora e invita a la conversión, a conocerle y conocernos. Jesucristo revela el rostro del Padre y el proyecto del Reino. En el encuentro con el tú amoroso de Dios que se da a conocer, reconocemos nuestra identidad de hijos y hermanos, abiertos a la trascendencia, al amor. Nos llama a seguir sus huellas a ser discípulos y participar en la misión de Cristo con obras y palabras acogiendo el Reino en la historia, siendo testigos de amor y misericordia.

El nosotros. La relación del yo con el tú que es Cristo nos conduce irremediabilmente a un **nosotros**. Este encuentro con Jesucristo nos revela nuestra verdadera identidad: somos seres en relación. Formamos parte de la familia humana, y en Cristo, el revelador del Padre, descubrimos nuestra misión de realizar la **fraternidad universal**.

El encuentro con Jesucristo no solo nos transforma individualmente, sino que también nos une como comunidad. Nos damos cuenta de que no estamos solos en nuestro camino espiritual; somos parte de un cuerpo más grande, el **Cuerpo de Cristo**. Esta comunión nos llama a vivir en solidaridad y amor mutuo, reflejando el amor de Dios en nuestras relaciones cotidianas.

En la fe en Jesucristo somos llamados por gracia a generar relaciones nuevas basadas en el amor, el perdón, la misericordia. Somos pueblo de Dios que peregrina por esta historia teñida de sangre, del dolor del inocente, del desprecio del poderoso que ambiciona tener y ser idolatrado. Por el Bautismo somos sumergidos en el misterio de la Iglesia «sacramento universal de salvación», en ella celebramos los sacramentos especialmente somos inmersos en la Pascua del Señor celebrando la Eucaristía en la que descubrimos y damos gracias por todos los elegidos y por todas las llamadas. Celebrando el desarrollo del Bautismo en diferentes formas de vida vocacional, dando gracias por todos los carismas y ministerios donados a la comunidad eclesial para anunciar a todos los pueblos que Cristo es el Señor².

«Por tanto, es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuen-

te más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios. La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo. Por una parte, procede del pasado; es la luz de una memoria fundante, la memoria de la vida de Jesús, donde su amor se ha manifestado totalmente fiable, capaz de vencer a la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela vastos horizontes, y nos lleva más allá de nuestro «yo» aislado, hacia la más amplia comunión³.

1. Provocación-Convocación

Participar en este congreso es una respuesta a la llamada de ser **«apóstoles de las vocaciones»**. Es una invitación a servir a nuestra sociedad, **«siendo generadores de una cultura vocacional»**, una cultura de la vida con mayúsculas. Proponemos el sentido relacional de ser persona, abierta a la trascendencia y generando un **nosotros** como hijos y hermanos del mismo Padre Dios.

Ser llamados es descubrir nuestra participación en la misión de Cristo y de su Iglesia como discípulos. Nos reconocemos como protagonistas del desarrollo de este mundo y de esta historia.

La provocación

Para iniciar un camino de acompañamiento vocacional y discernimiento que lleve a la persona a un proceso formativo y a tomar decisiones iluminadas por el descubrimiento de la voluntad de Dios, es necesario un paso previo: **la provocación**.

En el contexto actual, marcado por la crisis antropológica y de sentido, estamos llamados como Iglesia a responder. El **apóstol de la vocación** tiene la oportunidad de servir al Señor siendo generador de una **nueva cultura vocacional**.

La provocación es la capacidad de generar reacciones en aquellos con quienes compartimos nuestra

² *Lumen Gentium*, Capítulo I

³ Papa Francisco. Carta encíclica *Lumen fidei*, Vaticano 2013, n 4

vida. Estas reacciones se producen cuando se conecta con alguna carencia o necesidad que la persona busca satisfacer, lo que da pie a preguntas que esperan una respuesta que ilumine esa realidad. Además, se suscitan interrogantes e incluso compromiso cuando se conecta con la sensibilidad, deseos e ideales que la persona quiere alcanzar.

Cada uno de nosotros somos mediadores de vocación para otros. Al provocar, se invita abiertamente al encuentro con Cristo en su Iglesia, proponiendo una forma de vida evangélica y bienaventurada que implica descubrir el sentido de la vida y la misión para la que hemos sido creados. Esto supone un acercamiento y un trabajo evangelizador con el otro, teniendo en cuenta las siguientes direcciones:

1. Experiencia personal de Dios. El Señor se encuentra con la persona; el mismo Señor resucitado llama a la intimidad con Él y a la interiorización. Esto implica favorecer espacios de oración y de silencio para encontrarse con quien sabemos que nos ama.

2. Experiencia de Dios desde la realidad que nos rodea, especialmente descubriendo el dolor en todas sus formas: el de los que ven amenazada su vida por cualquier causa, el rostro sufriente del inocente, de los que ven pisoteada su dignidad de ser personas. Es una experiencia que nos impulsa a ir al encuentro con el Resucitado en los otros, teniendo como horizonte la acogida del Reino de Dios y la llamada a una vida de caridad pastoral, política y activa.

«Todo el bien que el pueblo de Dios puede dar a la familia humana en el tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es “sacramento universal de salvación”, que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre». (GS 45)

3. Experiencia comunitaria de Dios. Se sienten provocados y convocados a caminar junto a otros, viviendo la existencia como una respuesta a formar parte de la Iglesia dejándose sorprender por el misterio que contiene en cuanto Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo y Pueblo sacerdotal. Se descubre la Iglesia como el lugar privilegiado del encuentro de Dios con los hombres, signo e instrumento de la presencia de Dios en el mundo. Se experimenta la llamada a ser incorporado a Cristo por la fe y el bautismo, y se siente la llamada a participar de la misión de la Iglesia como Sacramento universal de Salvación. Los padres conciliares lo expresaron así:

«La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano...» (LG 1)

«Dios formó una congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz, y la constituyó Iglesia a fin

de que fuera para todos y cada uno sacramento visible de esta unidad salutar». (LG 9)

La provocación y convocación implican acompañamiento y discernimiento vocacional.

En el documento final del Sínodo sobre la sinodalidad, el acompañamiento y discernimiento son temas centrales. El documento subraya la importancia de acompañar a los fieles en el camino de fe, que es un camino de descubrimiento vocacional y por tanto de discernimiento.

Este acompañamiento debe ser **personalizado y comunitario** ofreciendo a cada persona apoyo en su caminar como discípulo, teniendo en cuenta sus necesidades y circunstancias. A la vez, es un acompañamiento humilde, ya que nos permite ser testigos de lo que Dios va obrando en cada persona.

El acompañamiento requiere humildad, ya que se entra en tierra sagrada, hay que descalzarse⁴ para ser testigo de lo que Dios obra en la persona sin perturbar el encuentro desde una capacidad activa de escucha:

Ser discípulo: el que acompaña es consciente de su propio camino detrás del Maestro, un camino acompañado por la experiencia comunitaria, no carente de dificultades que se afrontan en el día a día.

- Se acompaña desde una escucha activa, atenta, en un clima de confianza.

Estar a los pies del Maestro, no anteponer nuestras ideas a la escucha de la Palabra de Dios y a lo que Dios obra en cada persona. Vivir la fatiga del discernimiento.

- Ayuda a la persona a reflexionar, ofreciendo herramientas para que la persona pueda hacer una lectura creyente e ir comprendiendo lo que Dios le va pidiendo y lo vaya concretando con su respuesta generosa.

Orante, vive la súplica y la intercesión por la realidad de la persona. Confiando en la acción de Dios e impulsando la apertura a su gracia.

- Fomentar la oración y la intimidad con Cristo. La vida de los sacramentos. La escucha de la Palabra de Dios.

Misericordioso. Ser experto en humanidad, purificando nuestros corazones en la misericordia de Dios y su perdón redentor.

- Posibilitar el perdón, la sanación de las heridas, implicándose en la misión eclesial asumiendo la realidad humana y el anuncio del Evangelio.

⁴ Cf. Ex 23, 4 «No te acerques; quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es».

Conversión. Vivir necesitados de conversión.

- Estar siempre en camino, porque el Reino está siempre llegando⁵, con ánimo de dejar hacer a la gracia que transforme la mente, el corazón y el actuar identificándose con Cristo.

Mujeres y hombres de fe, esperanza y caridad. Cristo vivo es la fuente de la verdadera libertad, el fundamento de la esperanza y la caridad nos hace vencer el miedo y la duda.

- Reconocer la singularidad de cada individuo y adaptar el acompañamiento a sus necesidades y circunstancias particulares.

2. Vocación y vocaciones

Identidad, vocación y misión. El ministerio y los carismas en la Iglesia son signo de la trascendencia de Dios, son una realidad que señala hacia algo o alguien mucho más grande de lo que ven nuestros ojos, comunican nuestros labios o testimonian nuestras vidas. Toda vocación apunta hacia el interior de la revelación de Dios, por mediación de su Hijo Jesucristo y por la acción del Espíritu Santo. La persona llamada a ser testigo del Evangelio revelado en Jesucristo, recibe la gracia necesaria para dar testimonio. Ningún carisma o ministerio en la Iglesia es exclusivo ni excluyente, cada uno según el don recibido, puede ser una gota de rocío en la mañana, o un torrente de agua que lo inunda todo⁶. El carisma puede ser más o menos valorado socialmente, pero como Iglesia somos conscientes de que todos colaboran en la transformación del mundo por la acogida del Reino, dignificando al ser humano y cuidando de todo lo creado⁷ por el anuncio de la fe apostólica.

La cultura vocacional incide en la misión de la Iglesia, desvelando con las vidas vacacionadas, que nada ni nadie le es ajeno a Dios, que la fe traspasa toda la existencia, y la vida encuentra todo su sentido desde la fe. Que el ser cristiano no se puede relegar a lo privado desarraigado del acontecer histórico, el misterio de la Encarnación nos sitúa a vivir el seguimiento a Cristo desde dentro de la historia, como protagonistas responsables de la misma «Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). La obra de la salvación no se llevó a cabo en contraposición con la historia de los hombres, sino dentro y a través de ella.

Amar todas las vocaciones en la Iglesia implica la acción de gracias continuada por el don del Bautismo, que es la génesis donde comienza toda vocación y se desarrolla en distintas formas de vida cristiana⁸.

El apóstol de las vocaciones es una persona que ora por las vocaciones, por su respuesta, perseverancia y fidelidad hasta el final de sus días. Invoca al dueño de la mies que no falten obreros y se compromete por el cuidado integral de toda vocación a lo largo de toda la vida⁹. Conocer para amar y orar las distintas formas vocacionales en la Iglesia.

- **La vocación laical**¹⁰ de los que viven su vocación cristiana en medio del mundo, transformando las estructuras, viviendo la responsabilidad del trabajo diario y penetrando la semilla del Evangelio en todos los ambientes, en continuo discernimiento de los signos de los tiempos, como Iglesia en salida, en itinerancia.

⁵ Cf. Mc 1,14.

⁶ «Dios ha confiado a cada uno el cuidado de su prójimo. No sabemos si estamos destinados a ser un río rápido que haga florecer a sus orillas jardines amenos, o si hemos de parecernos a la gota de rocío que envía Dios en el desierto a la planta desconocida; pero, más brillante o más humilde, nuestra vocación es cierta: no estamos destinados a salvarnos solos. No debemos estar sin posteridad en el cielo» Beato Manuel Domingo y Sol. Declarado por el papa Pablo VI «apóstol de las vocaciones».

⁷ CVCSVA. Palabras del Magisterio del Papa Francisco. «Escrutad a los consagrados y las consagradas en camino por los signos de Dios». Madrid, 2014, p. 7. «La vida consagrada es signo de los bienes futuros en la ciudad humana, en éxodo a lo largo de los caminos de la historia. Acepta la confrontación con certezas provisionales, con nuevas situaciones, con provocaciones en proceso continuo, con exigencias y pasiones que la humanidad contemporánea está gritando. En esta atenta peregrinación, custodia la riqueza del rostro de Dios, vive el seguimiento de Cristo, se deja guiar por el Espíritu, para vivir el amor por el Reino con fidelidad creativa y diligente laboriosidad. La identidad de peregrina y orante in *limine historiae* le pertenece íntimamente».

⁸ Hans Urs von Balthasar, *Gli stati di vita del Cristiano*, Milano, 1985.

⁹ La preocupación por nuevas vocaciones en la Iglesia tiene que convertirse en la ocupación y súplica constante por las vocaciones que ya están en camino, el acompañamiento se extiende a lo largo de toda la vida, conscientes de las necesidades que cada etapa de la vida requiere una atención diferente, pero hasta el último suspiro de la existencia la persona vive vocacionalmente. La mejor pastoral vocacional es ver el testimonio de una persona anciana vivir su vocación con integridad.

¹⁰ LG Capítulo IV. Peculiaridad. Qué se entiende por laicos. Unidad en la diversidad. El apostolado de los laicos. Consagración del mundo. Testimonio de su vida. En las estructuras humanas. Relaciones de los laicos con la jerarquía. Conclusión (LG 30-38). El 19 de noviembre de 1991, en la Asamblea Plenaria de la CEE se aprobaba el documento *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*. Lleva como subtítulo *Líneas de acción y propuestas para promover la corresponsabilidad y participación de los laicos en la vida de la Iglesia y en la sociedad civil*. Schmemmann, Alexander, *El bautismo. Ensayo de teología litúrgica sobre el sacramento del agua y del Espíritu*, Salamanca, 2024.

«Pero aquellos a quienes asocia íntimamente a su vida y misión también les hace partícipes de su oficio sacerdotal, en orden al ejercicio del culto espiritual, para gloria de Dios y salvación de los hombres. Por lo que los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, tienen una vocación admirable y son instruidos para que en ellos se produzcan siempre los más abundantes frutos del Espíritu». (LG 34)

«Deben, pues, los fieles conocer la naturaleza íntima de todas las criaturas, su valor y su ordenación a la gloria de Dios y, además, deben ayudarse entre sí, también mediante las actividades seculares, para lograr una vida más santa, de suerte que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance más eficazmente su fin en la justicia, la caridad y la paz». (LG 36).

- **La vocación matrimonial, signo del misterio de la Trinidad.** Comunión de amor, de unidad en la diversidad; de entrega y donación mutua de la cual brota la vida y generan vida en el seno de su familia y en el entorno. Abierta a la dimensión misionera y testimonial¹¹.

«[...] La relación fecunda de la pareja se vuelve una imagen para descubrir y describir el misterio de Dios, fundamental en la visión cristiana de la Trinidad que contempla en Dios al Padre, al Hijo y al Espíritu de amor. El Dios Trinidad es comunión de amor, y la familia es su reflejo viviente. Nos iluminan las palabras de san Juan Pablo II: “Nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor. Este amor, en la familia divina, es el Espíritu Santo”. La familia no es pues algo ajeno a la misma esencia divina». (AL 13)

«El espacio vital de una familia se podía transformar en Iglesia doméstica, en sede de la Eucaristía, de la presencia de Cristo sentado a la misma mesa. Es inolvidable la escena pintada en el Apocalipsis: “Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos” (3,20). Así se delinea una casa que lleva en su interior la presencia de Dios, la oración común y, por tanto, la bendición del Señor. Es lo que se afirma en el Salmo 128, que tomamos como base: “Que el Señor te bendiga desde Sión” (v. 5)». (AL 15)

- **La vocación a la vida consagrada según los consejos evangélicos en todas sus formas y carismas:** monástica, religiosa, secular, asociación de vida apostólica, la orden de vírgenes, nuevas familias eclesiales¹².

Las vocaciones de especial consagración por la emisión de los consejos evangélicos: pobreza, castidad y obediencia están llamados a ser una forma de vida alternativa marcada por el espíritu de las Bienaventuranzas y la vivencia de la caridad perfecta (Mt 5, 1-12; Lc 6, 20-23)

El papa Francisco¹³ vertebró su alocución con motivo de la Jornada Mundial de la Vida Consagrada en torno a cómo los votos de pobreza, castidad y obediencia «pueden ser portadores de luz para las mujeres y los hombres de nuestro tiempo». Consagrados con un amor esponsal y único a Dios nuestro Señor envueltos por su luz... «que se remonta a los orígenes del mundo y que tendrá su total cumplimiento al final de los tiempos, pero se hace visible ya desde ahora, a través de las maravillas que Dios realiza en la fragilidad de las personas llamadas».

Portadores de bendición. Para el Papa, el consejo evangélico de la pobreza es una puerta abierta a la sobriedad, la generosidad, el compartir y la solidaridad. Menciona que tiene sus raíces en la vida misma de Dios, eterno y total don recíproco del Padre, del Hijo y del Espíritu. Esta invitación a la vivencia del consejo evangélico de la pobreza hace que nos situemos como criaturas ante el creador, conscientes de nuestra vulnerabilidad y necesitados de salvación, sanación y liberación.

Ser portadores de luz en la vivencia de la castidad, que tiene su origen en el amor infinito que une a las tres personas de la Trinidad, es la acogida sobrea-bundante de este amor en el corazón del llamado indiviso, nupcial. «Yo soy para mi amado y mi amado es para mí» (Cant 2, 16; 6, 3).

Por otro lado, reivindicó la castidad en medio de un mundo que ofrece «formas distorsionadas de afectividad» que **acaban en** «superficialidad y precariedad, egocentrismo y hedonismo, inmadurez e irresponsabilidad moral». Ser camino de sanación por el ejercicio

¹¹ Cf. Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris Laetitia*.

¹² Cf. *Lumen Gentium*. Capítulo VI. Los religiosos. Consejos evangélicos. Naturaleza e importancia del estado religioso en la Iglesia. Bajo la autoridad de la Iglesia. Estima y profesión de los Consejos evangélicos. Perseverancia (LG 43- 47). Secularidad Consagrada: Constitución Apostólica de la Provida Mater Ecclesiae. Importancia de los Institutos seculares en la Iglesia. La Iglesia y los Consejos evangélicos. La Profesión de la Perfección. Los Institutos Seculares. Normas y reglamentos. Conclusión. Exhortación Apostólica *Christifideles Laici*. N. 56.

¹³ Alocución del papa Francisco en las Primeras Vísperas de la Fiesta de la Presentación del Señor. 1 de febrero 2025, con motivo de la Jornada Mundial de la Vida Consagrada, 2 de febrero de 2025. Exhorta a toda la vida consagrada a «ser portadores de Luz».

de una forma libre de amar liberadora, no ajenos a que se pegue el polvo del camino.

La obediencia es la invitación a una escucha afectiva, indicó que es «un antídoto a tal individualismo solitario, promoviendo, en su lugar, un modelo de relación basado en la escucha efectiva». Desde ahí, apreció el apostar por el nosotros comunitario «a costa de renunciar a los propios gustos, programas y preferencias».

La vida consagrada es un signo de la sobreabundancia del amor de Dios y de la acción continuada del Espíritu Santo en su Iglesia. Al igual que María, nuestra Madre, debemos pronunciar nuestro «sí» diario para que este amor que se derrama sea acogido en el corazón de una vida contemplativa, eucarística, y se expanda en los surcos de la historia, al lado de herido, del excluido, en los márgenes de la sociedad, penetrando cada realidad.

Al contemplar la pluralidad de formas de vida consagrada y carismas en la Iglesia, descubrimos la acción del Espíritu que responde en cada momento histórico a las necesidades del mundo y de la Iglesia, revelando el misterio manifestado por Jesucristo.

• **La belleza del sacerdocio: Un cántico de gratitud al sacerdocio de Jesucristo, del pueblo sacerdotal y del ministerio apostólico.**

El autor de la Carta a los Hebreos comenta. «Al decir alianza nueva, declaró anticuada la anterior; y lo que envejece y queda anticuado, está para desaparecer». (Heb 8, 13) Pablo, hablando de su ministerio apostólico, evoca cómo la profecía de Jeremías alcanza su plena novedad y verdad en el don del Espíritu. La nueva alianza es la alianza del Espíritu. El ministerio de la nueva alianza es el ministerio del Espíritu.

«Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todo el mundo. Es evidente que sois carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de corazones de carne. Pero esta confianza la tenemos ante Dios por Cristo; no es que por nosotros mismos seamos capaces de atribuirnos nada como realización nuestra; nuestra capacidad nos viene de Dios, el cual nos capacitó para ser ministros de una alianza nueva: no de la letra, sino del Espíritu; pues la letra mata, mientras que el Espíritu da vida. Pues si el ministerio de la muerte, grabado en letras sobre piedra, se realizó con tanta gloria que los hijos de Israel no podían fijar la vista en el rostro de Moisés, por el resplandor de su cara, pese a ser un resplandor pasajero, ¡cuánto más glorioso, no será el ministerio del Espíritu!». (2Cor 3, 2-7)

Hablar del ministerio sacerdotal es hablar de hombres que se ponen al servicio de todo el pueblo de Dios, en una actitud de obediencia radical al Padre a imagen de Jesús sacerdote, para impulsar en la Iglesia todos los carismas y vocaciones que hagan presente en medio del mundo, la buena noticia del Evangelio en obras y en palabras. El ministerio es servicio, marcado por una vida entregada a la caridad pastoral (cf. Jn 13), y en ningún caso se puede hablar de ministerio en términos de poder o de derechos. La carta de presentación del sacerdote es la comunidad que convoca, preside y acompaña¹⁴.

El sacerdocio ministerial —centrándonos en el presbítero— conviene ser pensado y vivido tal como es conferido por «el sacramento del orden», en la Iglesia, «sacramento universal de salvación». La imposición de las manos y la oración que la acompaña es el momento culminante del sacramento. El obispo, mientras impone sus manos al llamado al presbiterado se dirige al Padre y dice: «Para formar el pueblo sacerdotal, tú dispones con la fuerza del Espíritu Santo en órdenes diversos a los ministros de tu Hijo Jesucristo». El presbítero, como cooperador del orden episcopal, es ordenado, mediante la fuerza del Espíritu, «para cumplir la misión apostólica confiada por Cristo». Por el sacramento del Orden, los presbíteros, como cooperadores del Orden episcopal, participan en el «ministerio de los apóstoles» y «de la autoridad con que Cristo forma, santifica y rige su Cuerpo» (cf. LG.28)¹⁵.

Subrayo a continuación la finalidad y el modo de vivir el triple *munus*, que configura la misión del sacerdocio ministerial del presbítero en la Iglesia sacramento de salvación:

1. Primer *munus*: el deber primero de los presbíteros, como cooperadores del orden episcopal, es anunciar a todos el Evangelio de Dios (PO 5). Comunicar, a los de dentro y a los de fuera, la verdad del Señor, esto es, de la Palabra hecha carne. El «verdadero conocimiento» —en sentido bíblico— de Jesucristo muerto y resucitado funda la sacramentalidad del pueblo de Dios. De la escucha de la Palabra nace la fe. El presbítero es hombre entre los hombres, hermano entre los hermanos, discípulo entre los discípulos.

¹⁴ Cf. Guijarro, Santiago, *Servidores de Dios y Esclavos vuestros*. La primera reflexión cristiana sobre el ministerio. Salamanca 2011.

¹⁵ Decreto *Presbiterorum Ordinis* 2, 6. Antonio Bravo, *Eucaristía y Sacerdocio*, Salamanca 2004. De este mismo autor una conferencia sobre El nuevo y Único Sacerdocio Cristo, con motivo de la declaración del Venerable Juan Sánchez Hernández, «apóstol del sacerdocio», Salamanca 2023.

2. El segundo *munus*: según el decreto sobre la vida y ministerio de los presbíteros, es colaborar en la santificación del Pueblo de Dios. Santificación que no puede ser más que obra del Señor. Por ello la misión del sacerdocio ministerial es reenviar a la fuente, a Cristo por quien en el Espíritu somos hechos partícipes de la misma santidad de Dios.

3. El tercer *munus*: o función, confiada al presbítero en la fuerza del Espíritu de santidad, verdad, libertad y comunión, es el de encaminar al pueblo de Dios hacia la meta, el Padre. Los presbíteros, ejerciendo según su parte de autoridad el oficio de Cristo Cabeza y Pastor, reúnen, en nombre del obispo, a la familia de Dios, como una fraternidad unánime, y la conducen a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu. (cf. PO 6)

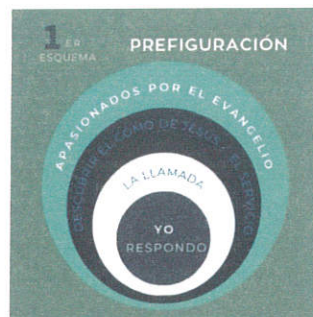
Termino este apartado con un texto del papa Benedicto XVI, porque no se puede hablar de sacerdocio ministerial sin hablar de la Eucaristía, y no se puede hablar de Eucaristía sin hablar del misterio de Iglesia, Pueblo de Dios.

«La belleza intrínseca de la liturgia tiene como sujeto propio a Cristo resucitado y glorificado en el Espíritu Santo que, en su actuación, incluye a la Iglesia. En esta perspectiva, es muy sugestivo recordar las palabras de san Agustín que describen elocuentemente esta dinámica de fe propia de la Eucaristía. El gran santo de Hipona, refiriéndose precisamente al Misterio eucarístico, pone de relieve cómo Cristo mismo nos asimila a sí: “Este pan que vosotros veis sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. Este cáliz, mejor dicho, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su cuerpo y sangre, que derramó para la remisión de nuestros pecados. Si lo habéis recibido dignamente, vosotros sois eso mismo que habéis recibido”. Por lo tanto, “no solo nos hemos convertido en cristianos, sino en Cristo mismo”. Así podemos contemplar la acción misteriosa de Dios que comporta la unidad profunda entre nosotros y el Señor Jesús: “En efecto, no se ha de creer que Cristo esté en la cabeza sin estar también en el cuerpo, sino que está enteramente en la cabeza y en el cuerpo”». (Benedicto XVI, SC 36).

3. Invocación. La formación del corazón

En conjunto, el título La formación del corazón es un itinerario de formación inspirado en los escritos y experiencia como formador del venerable Juan Sánchez Hernández, apóstol del sacerdocio. Este viaje espiritual y personal moldea y transforma el corazón a través del

encuentro de Jesucristo, despertando en el discípulo el asombro ante la vida nueva de la fe, la lectura creyente de las circunstancias y la maravilla de la creación, lo que suscita en él la alabanza y el compromiso.



Itinerario

En el esquema anterior, observamos cuatro cuadros que representan distintos momentos en el itinerario formativo. Por un lado, indican un camino que se va trazando, pero, por otro, estos momentos se van incluyendo y complementando entre sí. Comenzamos con un momento muy especial en este itinerario formativo: la Prefiguración. Este momento es la «respuesta a la llamada vocacional recibida» por parte de Jesucristo y constituye una etapa fundante de opciones importantes en la forma de vida.

Os invito a contemplar el último cuadro, que representa tanto el final como el inicio del itinerario: «Transfigurados en la Trinidad». En el centro de este proceso está el descubrimiento de que «no tenemos vocación, sino que la vocación nos tiene a nosotros». De la mano de Jesucristo Sacerdote, hemos sido introducidos en la vida trinitaria.

El camino recorrido nos ha llevado por un viaje apasionante de Identificación con el proyecto de Jesús, descubriendo el rostro del Padre y el proyecto del Reino. Este recorrido nos ha conducido hacia la Configuración con Cristo, descubriendo la sabiduría de la cruz y experimentando en nuestra vida lo que significa dar la vida.

Prefiguración en Cristo Jesús



Si observamos los esquemas, veremos una progresión constante: en el primero, nos encontramos en el centro el yo, un yo marcado por la llamada recibida como don y el esfuerzo personal de dar una respuesta adecuada. Las opciones personales y el descubrimiento de todo lo que tenemos que dejar para seguir a Jesús marcan esta primera etapa. Solo podrá seguir al Señor aquel que asume como ideal de vida vivir como Él vivió. Descubrir el servicio como camino del discípulo, un servicio que dignifica (cf. Jn 13).

Es una etapa de la vida espiritual donde el voluntarismo tiene un gran protagonismo: el deseo de responder al Señor, el apasionamiento por el Evangelio, la posibilidad de que todo quede transformado en Él parece depender de nuestra respuesta. Hay una gran dosis de generosidad personal y una clara conciencia de todo lo que se deja atrás.

La tentación en esta etapa es quedarnos en nosotros mismos, dándole demasiada importancia a lo que dejamos, sin saber todavía muy bien lo que vamos a recibir. Es la tentación de guardarnos una carta en la manga por si acaso, correr los riesgos justos sin terminar de abandonarnos en las manos del Señor. Las consecuencias en la vida espiritual son someterse a una serie de «cumplimientos», ir a mínimos, autojustificarnos y culpabilizar a los demás.

La forma de vencer esta tentación es profundizar en el conocimiento de Jesucristo e ir llevando a la vida aquello que descubrimos, teniendo como meta vivir como Él vivió. Vencida la tentación, el resultado es que nos encontramos con «la perla preciosa» y lo vendemos todo para poder adquirirla (cf. Mt 13, 45-46). Considerar

que todo es pérdida con tal de ganar a Cristo Jesús (cf. Fil 3, 8). Los consejos evangélicos adquieren aquí todo su sentido. La radicalidad de vida se ve en el horizonte como un camino liberador. Las purificaciones por las que vamos a pasar se ven como el regalo hermoso que estábamos buscando. La vida experimenta una alegría nunca antes conocida.

Identificación con Jesús



La situación anterior nos sumerge en el siguiente paso. El centro de nuestra vida es Jesús; descubrimos con gran alegría al Jesús histórico como modelo de nuestra vida. Nos introducimos en el gran significado de la encarnación: «El Verbo se hizo carne» (cf. Jn 1, 14). Jesús asumió la humanidad con todas sus consecuencias, incluyendo mi propia humanidad. Nacido de mujer, vivió como hombre y murió como tal. Nos sentimos identificados con Él: nacimos de mujer, vivimos como mujeres y hombres y nos mueve el deseo de seguir su mismo destino. Nuestra vocación adquiere matices mucho más hondos. Descubrimos que vivir el seguimiento implica vivir una espiritualidad de la encarnación, la humanidad es asumida por la divinidad. «Todo aquello que es asumido es redimido en el Hijo»¹⁶. El gran abismo que separaba al hombre de Dios se vence en Jesús de Nazaret, de ahí la afirmación de que Jesús es el único mediador. Jesús es Sacerdote y Mediador desde el mismo momento de la encarnación.

¹⁶ Cfr. San Irineo de Lyon, «Lo que no se asume no se redime».

Su estilo de vida no es ajeno a la mediación que ejerce en medio del mundo. Vino a salvar a todos, pero esta salvación la realiza desde abajo, situándose entre los últimos, haciendo posible la salvación universal. En Jesús Sacerdote descubrimos la espiritualidad del descenso: «Él asumió la condición de hombre pasando por uno de tantos» (cf. Fil 2, 7). Ninguna realidad humana le es ajena, ni queda fuera de la salvación que nos ofrece.

La salvación la anuncia con palabras y obras. Su actividad, el anuncio del Reino, lo hace presente sanando y liberando de todo aquello que oprime y degrada al hombre, arrebatando su dignidad y sus derechos. Se sitúa en los márgenes de la ciudad, se acerca a todos aquellos que se encuentran por los caminos, escucha sus gritos y su desesperación, y no hace distinción de personas, ni por raza ni por religión. El significado de su actuación «sanante» va más allá de la mera «recuperación de la salud»; significa devolver a la persona toda su dignidad, sus derechos como ciudadanos y su capacidad de ser alguien (cf. Jn 9, 1-41).

Tener una enfermedad, en tiempos de Jesús, significaba ser un pecador; era el castigo que se recibía de parte de Dios por sus pecados. La persona enferma era culpable y, por ello, se le echaba fuera de las ciudades y poblados, perdiendo así toda capacidad de participación como ciudadano, de ser reconocido como hombre de derechos y deberes. Sanar a una persona significaba rescatarla del yugo de la enfermedad, más aún, era liberarla de la culpa y de sus pecados, era restituírle su dignidad y toda su capacidad de ser «persona», reconociéndole tanto a nivel civil como religioso.

La actuación de Jesús despertaba rechazo e indignación por parte de todos aquellos que guardaban el orden establecido. Ellos no se sentían en la obligación de hacer nada por aquellos que estaban en los márgenes, ya que, de alguna manera, «ellos se lo habían buscado por sus pecados». La persona era la única responsable de su situación; nada se podía hacer por ella ni desde los poderes civiles, ni desde los poderes religiosos (cf. Mt 10, 27-42; Jn 11, 45-53).

Jesús rompe esta lógica, como va rompiendo tantas y tantas lógicas de «poder» que buscaban más los intereses económicos, personales y de grupo, bajo el disfraz de defender las normas y las leyes. Jesús se hizo una persona incómoda en su tiempo.

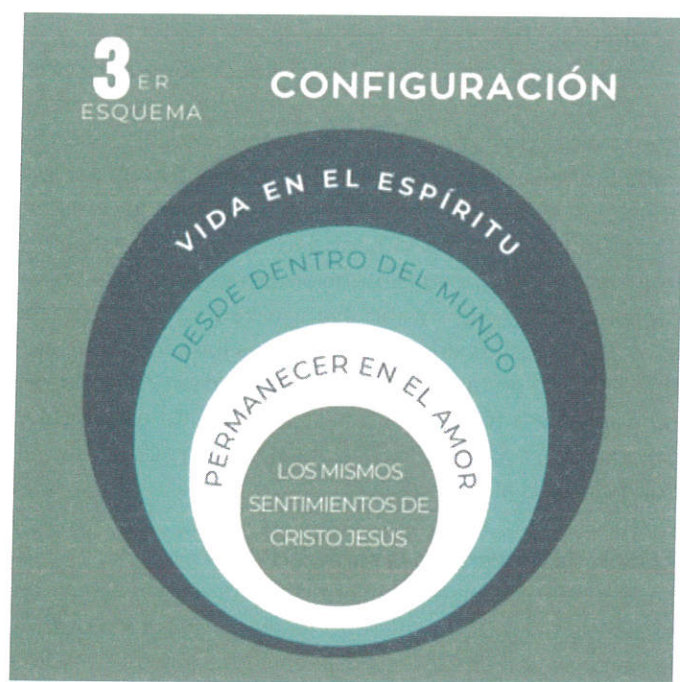
Jesús invitaba a todos a la conversión. Conversión que se produce dejando nuestros propios criterios y bajando a la realidad de opresión que el egoísmo, la avaricia y la ambición provocaban en su tiempo (cf. Jn 3, 1-21; Jn 4, 1-26).

El camino de conversión lleva a ser personas nuevas, que forman una comunidad nueva, un nuevo estilo de vida, que hacen posible el «germen del Reino», como mediadores, sacerdotes de «la nueva alianza».

La tentación en este segundo momento es dejarnos llevar por la impotencia ante una liberación que no llega del todo, ante la incompreensión de los que nos rodean, ante las propias caídas, ante los propios resultados: escasos y pobres. La entrega generosa al apostolado, las horas gastadas y dadas a favor de los demás, encuentran muchas veces dificultades reales que desaniman y dejan una sensación de imposible, impotencia, de «esto no tiene remedio». La desilusión, la dureza del camino, hace que nos acordemos de lo que hemos dejado, de lo que podríamos haber sido y no somos, de lo que podríamos haber ganado y no hemos ganado, de lo que podríamos tener y no tenemos. Los consejos evangélicos, las opciones hechas pierden brillo, la perla preciosa pierde consideración, nos pesa todo lo que hemos pagado por ella y quisiéramos recuperarlo. Es un momento en que podemos quedarnos en la búsqueda de compensaciones que se convierten en una huida hacia atrás. De nuevo aparece la autojustificación de tal manera que estas compensaciones y huidas las revestimos de algo necesario, pero a la vez nos alejan de la entrega incondicional y de la dureza del camino.

A los otros los consideramos culpables. Nuestro juicio se hace duro en nombre de la verdad, nos volvemos muy críticos con todos y con todo lo que nos rodea. Sentimos con claridad que si los otros fueran de otra manera no estaríamos abocados al fracaso. Nos volvemos acusadores de los otros. Son acusaciones generales: no somos pobres, falta exigencia, no oramos, etc. Detrás de estas culpabilidades está la autojustificación y el dolor por el fracaso que se experimenta. La murmuración constante provoca desarmonía interior y división externa, desamor. La búsqueda de compensaciones múltiples, aunque dentro de la legalidad, marca nuestra vida. Aunque se continúe la entrega, se tiende a profesionalizarla.

El modo de seguir dando pasos es entrar en el verdadero conocimiento del misterio de Belén, de la encarnación, en el modo de vivir de Jesús y asumir que este modo tiene unas consecuencias claras. Solo se verá como gracia en la contemplación del misterio de la Cruz, consecuencia de su ministerio y de su deseo constante de hacer la voluntad del Padre. La identificación radical con Jesús, la aceptación de su modo de hacer las cosas, nos hace entrar en una «serena alegría» que brota del «amor del Padre en Jesucristo», en una acción de gracias continuada por «completar en nuestro cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo» (cf. Col 1, 24). Supone no dejarnos escandalizar por la cruz, sino abrazarnos a ella y acoger al Cristo de la fe para poder continuar una vida entregada plenamente al apostolado.



Como consecuencia y continuidad de la experiencia anterior asumida e integrada como gracia, entramos en la llamada a «ser configuradas en Jesucristo». En el centro de nuestra vida encontramos al Cristo de la fe: Jesús de Nazaret, quien fue condenado a muerte y crucificado por nuestros pecados, resucitó, ascendió al cielo y está sentado a la derecha del Padre intercediendo por todos nosotros. Jesucristo Sacerdote, «único mediador», ha ascendido al cielo con toda la humanidad, abriendo el único camino posible para llegar a Dios. Él es el camino, la verdad y la vida (cf. Jn 14, 6). Él es la única razón para seguir trabajando con esperanza.

Solo en la fuerza del Espíritu podemos alcanzar el conocimiento interno de todo el significado de la redención de Jesucristo y de la revelación. Desde el seguimiento a Jesús, viviendo como Él vivió, desde la autenticidad de la existencia que acoge el Reino y lo actúa de palabra y obra, desde abajo, podemos entender la hondura y profundidad de vivir «configurados en Jesucristo» teniendo los mismos sentimientos que Él. Esta realidad abre la existencia a tres claves importantes: permanecer en el amor; enfrentar la hostilidad del «mundo» —el hombre encerrado en sí mismo, la negación de la revelación y del amor de Dios que salva, sana y libera—; y lo más importante, nada podemos entender ni vivir si no es en el Espíritu Santo que nos llevará hasta la transfiguración en Jesucristo.

Aparece de nuevo la tentación, que tiene dos rostros:

1. El abandono de la fe por no soportar la tensión del Reino y la hostilidad del mundo; por ejemplo, la falta de reconocimiento por parte de los otros de lo

que estamos haciendo y entregando. El constatar y oír que no hace falta tener fe para hacer algo por los demás. Ser testigos de que hay gente que se ve feliz y no soporta la tensión de la fe, ni vive el seguimiento a Jesucristo. La vergüenza a presentarnos como creyentes, e incluso como consagrados en nuestros ambientes. Ocultar que Jesucristo es nuestra vida y nuestro todo.

2. La incoherencia de la vida: seguir hablando del mandamiento del amor y no actuar en consecuencia. No implicarse en la lucha por la justicia, relegar el compromiso cristiano a los ámbitos privados como si los valores evangélicos, el anuncio de la Buena Noticia no tuviera nada que ver con nuestro mundo familiar, del trabajo y de la vida pública. No ser transmisores de vida e integrarnos en la cultura de muerte que nos rodea: consumismo, avaricia, individualismo, pasotismo, egoísmo. No luchar por aquellos que ven su vida amenazada por el hambre, la falta de vivienda, el reconocimiento de sus derechos, la guerra, el paro, la violencia, etc. No anunciar ni transmitir la vida y el amor de Dios que es fuente de la vida. Vivir avergonzadas de los sacramentos, vaciándolos de contenido, reduciéndolos a un pietismo particular y no en una fiesta a la que todos estamos invitados para participar de la vida donada por Jesucristo (cf. Jn 6, 53-58).

Esta situación lleva a algunas determinaciones:

La primera es dejar el seguimiento a Jesucristo explícitamente, abandonando la comunidad y la Iglesia. La segunda es dejarla solo implícitamente, por cobardía y por seguridades. Esta es más sutil, y un veneno para la propia Iglesia y comunidad. Es vivir aparentemente igual, pero la realidad de la vida es ambigua, no se vive consecuentemente. Signos que se desprenden: ir por mi cuenta, el no discernimiento en la comunidad, el acomodarse, el vivir seguridades, la indiferencia hacia los otros. No se critica porque no nos importa lo que hagan, o bien para que no se metan en mi vida. Se exige de los demás respeto a mi forma de vivir las opciones hechas y de interpretarlas. Se llega a una situación de acomodarse con el mundo sin tener la valentía de abandonar la seguridad de la comunidad.

Los pasos a seguir para vencer la tentación son resistir, soportar la tensión, aprender a vivir la tensión configuradas en Jesucristo, permanecer en el amor consecuentemente, aceptar ser resto, minoría: sentirse cuerpo de Jesucristo presente en la historia, descubrir sus presencias, creatividad en la acción, mayor radicalidad de vida, dejarlo todo, despojarse de todo. Arraigados en la relación de intimidad con Jesucristo: vida sacramental, litúrgica, comprometida, contemplativa y orante (cf. Lc 10, 38-42).



Llegamos a la culminación de todo el itinerario. Entramos en una situación existencial donde confluyen todos los elementos de los esquemas anteriores: las opciones hechas —primer esquema—, la identificación con Jesús —segundo esquema— y la configuración con Jesucristo —tercer esquema—. Confluye a la vez la conciencia de toda nuestra debilidad, limitación y pecado. Se vive la experiencia de la humildad profunda frente a la grandeza del amor de Dios revelado en Jesucristo y hecho presente en la historia por el Espíritu Santo. Se abre la esperanza de la plenitud, la muerte como encuentro definitivo con Jesucristo. Se experimenta la comunión como lazos de amor hacia todos, con rostros concretos que sufrimos y amamos (cf. Jn 15, 12-15).

La tentación es dejarnos abatir por nuestra propia condición de debilidad, por la no realización del proyecto de Dios.

Nuestra salida: la confianza infinita en el amor trinitario. La reflexión y estudio de la Palabra de Dios nos darán más pautas para seguir creciendo y viviendo en la plenitud contingente todavía del amor de Dios (cf. Jn 17, 20-26).

Conclusión: evocación

Evocar es pasar por el corazón el itinerario vocacional de nuestra vida como sujeto de vocación desde la experiencia inicial de un tú que nos interpela y nos pone en camino para discernir la forma de vivir el discipulado. Las decisiones que hemos tomado nos han conducido a vivir vocacionalmente una determinada forma de vida

evangélica, comprometiéndonos en la misión evangelizadora de la Iglesia, y nos llevan a una meta común: la santidad de vida.

La santidad de vida es, en realidad, generadora de una cultura vocacional. Por ello, concluyo la intervención evocando la llamada universal a la santidad. El papa Francisco inicia su pontificado con la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* en la que ofrece una rica y profunda visión de la santidad como una vocación universal e integra su dimensión personal con el compromiso social y la misión evangelizadora de la Iglesia a la que todos los cristianos estamos llamados. La santidad se vive en la vida cotidiana con amor y alegría, en comunidad, a través de una profunda vida espiritual y de oración y enfrentando los desafíos del mundo actual con fidelidad al Evangelio.

• Llamada universal a la santidad

La llamada universal a la santidad hunde sus raíces en el Bautismo, y en el misterio pascual, que configura a la persona con Jesucristo, que es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, uniéndola así a la segunda persona de la Santísima Trinidad, e introduciéndola en la comunión de amor de la vida trinitaria.

Todos los cristianos, independientemente de su estado de vida, están llamados a ser santos.

Desde las primeras páginas de la Biblia está presente de diversas maneras la llamada de Dios a la santidad y es una enseñanza que se mantiene constante en la vida de la iglesia católica ya que está basada en las palabras de Jesús: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48), que no es hacerlo siempre todo bien, sino a llegar al extremo del amor.

El Concilio Vaticano II, en la constitución dogmática sobre la Iglesia, habla con claridad de la llamada universal a la santidad, diciendo que nadie está excluido: muchas son las formas y las tareas de la vida, pero una sola es la santidad, la que cultivan todos los que actúan bajo el Espíritu de Dios y... siguen a Cristo, pobres, humildes y cargados con la cruz, para merecer ser partícipes de su gloria¹⁷.

«Los fieles todos, de cualquier condición o estado que sean, fortalecidos por tantos y tan poderosos medios, son llamados por Dios, cada uno por su camino, a la perfección de la santidad, por la que el mismo Padre es perfecto» (GS, 11).

¹⁷ Cf. Constitución *Lumen Gentium*, capítulo V. Llamada universal a la santidad. Los textos se pueden confrontar con la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*.

¿Cómo puedo servir mejor y ser más útil al mundo y a la Iglesia? ¿Qué podría ofrecer yo a la sociedad?»³⁷. En las catequesis que dedicó al discernimiento en 2023 nos dio unas pistas más que suficientes para ayudarnos en la tarea.

«La oración es una ayuda indispensable para el discernimiento espiritual» (Cat. del papa Francisco sobre el discernimiento). Si hemos enseñado al joven a tener una vida de oración diaria, el camino está ya muy avanzado porque en el silencio de la oración no solo ha ido intimando con el Señor y conociéndole, sino que se ha conocido también a sí mismo, sobre todo si le ayudamos a hacer cada noche el examen de conciencia, esa buena costumbre de leer con calma lo que ha sucedido a lo largo de la jornada: «En la base de algunas dudas vocacionales se encuentra en ocasiones el desconocimiento profundo que tiene la persona de sí misma». «Conocerse a uno mismo no es difícil [...] Una ayuda para esto es el examen de conciencia [...] aprendiendo a reconocer qué sacia mi corazón»³⁸.

Yo me atrevería a añadir un punto más. Para que el discernimiento sea objetivo, ha de hacerse cuando el corazón aún no se ha «decidido» por nadie, lo que san Ignacio llama estar indiferentes, no haber hecho previamente una elección. En este sentido, creo que es más difícil reconocer una verdadera vocación al matrimonio que a la vida consagrada. Y, por tanto, deberíamos estar mucho más vigilantes y ofrecer una preparación mayor que a un chico que ve con claridad que Dios le llama al sacerdocio o una muchacha, que sabe que el Señor la quiere en una vida consagrada contemplativa en el claustro, o en la vida activa, o en las misiones, o en el mundo para santificar las realidades temporales y arrastrar a otros muchos al cielo.

Por cierto, no es síntoma de no tener vocación el que uno no sienta ningún atractivo. Recordemos que la llamada es de Dios, no es una opción nuestra. Pocas personas habrán sido tan enemigas de ser monjas como Teresa de Ávila...

Aquí el acompañante tiene un papel decisivo. Es verdad que solo acompaña, puede insinuar, pero nunca decide por el joven. En París, estudiando en la Sorbona, había muchos estudiantes en el siglo XVI; entre ellos, se encontraba el benjamín de una familia navarra, que aspiraba a una canonjía o a una cátedra de filosofía en la universidad para adquirir fama y dinero. Como tantos otros de su época. Nadie hubiera pensado que podía llegar a ser el apóstol de las Indias. Nadie, salvo Ignacio, que lo ganó pacientemente para Cristo. Audacia santa la de este hombre, pues Javier no era una empresa fácil, pero Ignacio, en palabras de Pemán, en *El Divino impaciente*, sabía muy bien lo que quería: «en Javier fundo mi ilusión y mi empeño/ que si yo

gano a Javier/ Javier me ganará un mundo». Y lo consiguió. Un biógrafo de san Francisco Javier aseguraba que «ordenados en línea sus viajes, habrían dado tres veces la vuelta al mundo. Murió a los 46 años y solo empleó diez en su prodigiosa misión»³⁹. Uno se atreve a todo cuando el amor de Dios arde dentro. Y si Ignacio se hubiera cansado de repetirle, ¿de qué te sirve ganar todo el mundo, Javier, si pierdes el alma?

5. Forjar minorías creativas

Cristo interviene misteriosamente en la historia, nunca nos abandona; actúa siempre, aun en medio de los aparentes fracasos. «Los cambios de época, el sucederse de las grandes potencias, están bajo el supremo dominio de Dios... La teología de la historia es un aspecto importante, esencial de la nueva evangelización...»⁴⁰. No podemos olvidarlo. Él permanece siempre en la barca y vigila, aunque aparentemente duerma. Pero el hecho de que la victoria esté asegurada no nos exime de nuestra responsabilidad, como veíamos al principio de la intervención.

El Papa Benedicto XVI retomó varias veces el pensamiento de Toynbee invitando, sobre todo a los laicos, a ser una vez más nuevas minorías creativas que iluminaran una vez más la historia y ofrecieran soluciones atractivas a un mundo en decadencia: «Diría que normalmente son las minorías creativas las que determinan el futuro» (Benedicto XVI, Viaje a República Checa, 29 de septiembre de 2009).

¿Quién fue Arnold Toynbee? Arnold Joseph Toynbee⁴¹, en su *Estudio de la Historia* —una verdadera Filosofía de la Historia— demuestra cómo las civilizaciones no nacen de forma automática —hay pueblos sin historia, sin cambios desde el Paleolítico hasta hoy—, sino que surgen cuando una persona o una comunidad, presionada —o estimulada— por un problema, ofrece una respuesta creativa. Es lo que denominó «una minoría creativa». Solo ella es capaz de apartarse del curso normal de la historia y ofrecer una respuesta original al problema planteado. Se opone así a la tesis de Oswald Spengler, que defendía que todas las culturas

³⁷ Id., 285.

³⁸ Cat. Papa Francisco sobre el discernimiento, agosto 2022-enero 2023.

³⁹ Cf. José de Maestre.

⁴⁰ Benedicto XVI, Homilía en la Santa Misa para la Nueva Evangelización, 16-10-2011.

⁴¹ *Estudio de la Historia* (1933-1961).

que «una persona que no está enamorada no convence a nadie»²⁹ y, por supuesto, esto vale también al revés.

«Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan... la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír... Para llegar a un punto de madurez, es decir, para que las personas sean capaces de decisiones verdaderamente libres y responsables, es preciso dar tiempo, con una inmensa paciencia»³⁰.

Cuenta con la cruz

El que acompaña tiene que prevenirse contra la tentación de la impaciencia, del gran éxito inmediato. «Este no es el método del reino de Dios; para la evangelización vale siempre la parábola del grano de mostaza. Nueva evangelización significa... actuar de nuevo valientemente, con la humildad del granito, dejando que Dios decida cuándo y cómo crecerá» (Ratzinger, Jubileo de los Catequistas, 2000). Y nos previene ante un posible error: «Las grandes cosas empiezan siempre con un granito y los movimientos de masas son siempre efímeros... las grandes realidades tienen inicios humildes... Dios no cuenta con grandes números; el poder exterior no es signo de su presencia» (id.).

«El inmediatismo ansioso de estos tiempos hace que los agentes pastorales no toleren fácilmente lo que signifique alguna contradicción, un aparente fracaso, una crítica, una cruz»³¹.

Pero, si Jesús redimió el mundo con su sufrimiento y su muerte, «no cabe esperar que la misión sea fácil y cómoda. Algunos jóvenes dieron su vida con tal de no frenar su impulso misionero... La vida de ustedes no es un mientras tanto. Ustedes son el ahora de Dios, que les quiere fecundos. Porque es dando como se recibe, y la mejor manera de preparar un buen futuro es vivir bien el presente con entrega y generosidad»³².

Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: «Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad» (2 Co 12, 9). El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria...³³.

Ayuda a descubrir lo que Dios quiere para cada uno

¿Para quién soy yo? He aquí la pregunta clave que todo joven debe responder con valentía y compromiso. Eres para Dios, sin duda. Pero él quiso que seas también para los demás...³⁴. «La juventud... no puede ser

un tiempo en suspenso: es la edad de las decisiones y precisamente en esto consiste su atractivo y su mayor cometido»³⁵. El joven se sitúa ante el mundo y reflexiona sobre la tarea a la que está llamado. Es la edad del entusiasmo, de plantearse grandes ideales. Si un joven se entusiasma con algo, todo el tiempo que le dedique le va a parecer poco, sea a un deporte, a dar clases a niños de barrios pobres, o entregar no solo un tiempo de su vida, sino la vida entera a un ideal más elevado aún.

El que acompaña ha de ayudarle a que encuentre su puesto en la Iglesia —vocación sacerdotal, vida consagrada, dentro o fuera del mundo, formar un matrimonio santo—. Todas son valiosas, todas son queridas por Dios, pero ¿qué quiere Dios de este joven, de esta joven? Porque solo en ella la persona será feliz y hará felices a muchos otros. Solo si respondemos al plan que Dios tenía previsto para cada uno, estaremos «ajustados» en la Iglesia... Efectivamente, acertar con la vocación es lo más importante que un joven tiene que hacer en la vida. ¿Puede hacerlo solo? ¿Cómo podemos ayudarle?

Entre las muchas heridas de la posmodernidad, tal vez la más grave es la mundanidad. De esta mundanidad pudo surgir la pastoral de los valores y la opción personal, que nos impide abrirnos a la trascendencia y escuchar qué quiere Dios de cada uno. Es decir, no es el joven el que elige lo que quiere hacer con su vida, no es una opción. La vocación es acoger el don que Dios ha pensado para cada uno; debe reconocer cuál es el proyecto del Señor para su vida³⁶. Esto es muy diferente. Al hablar de la pastoral de la obediencia nos situamos ya en otro nivel. ¡Soy amado, por eso existo! ¿Dónde quiere Dios a los jóvenes que se forman a mi lado? Son un don y tienen que ofrecerse a otros como don. Despertar la conciencia en todos en este sentido es urgente.

El Papa nos insiste en que «para no equivocarse, hay que preguntarse: ¿me conozco a mí mismo...? ¿Conozco lo que alegra o entristece mi corazón?

²⁹ Id., 266.

³⁰ Id., 171.

³¹ Id., 82.

³² Papa Francisco, *Christus vivit*, 178.

³³ *Evangelii gaudium*, 85

³⁴ *Christus vivit*, 286

³⁵ Id. 140.

³⁶ Id. 256.

es fácil que no sean capaces de renunciar a una cerveza fría y dar ese dinero a un pobre, por ejemplo. ¿Por qué? Porque nadie ha educado su voluntad. Si captamos la verdad, la belleza y el bien, deberíamos optar espontáneamente por estos valores, pero bien sabemos que no es así. Solo si educamos la voluntad en los jóvenes, conseguiremos que estos sean libres, pues no es verdad que la voluntad sea enemiga de la libertad; al contrario, es quien la hace posible²³.

En una sociedad, que rehúye por sistema todo lo que signifique esfuerzo, el joven parece regirse por el «me apetece, lo hago; no me apetece, no lo hago». La voluntad es quizá la facultad humana más difícil de educar hoy porque, aunque no requiere más que de pequeñas renunciaciones, estas han de ser continuas. «Es en la continuidad donde se dan a conocer las almas grandes»²⁴. La voluntad no se educa a base de permisividad o de caprichos; requiere esfuerzo continuo, pero no podemos olvidar que la constancia depende en gran medida de cuánto y cómo queramos lo que estamos haciendo, es decir, de qué interés tenga el ideal que hemos puesto en la vida. ¿Es tan valioso que merece la pena este sacrificio? «A los jóvenes, si se les pide poco, no dan nada...».

Un buen medio educativo para forjar la voluntad es la acción. Es evidente, porque las ideas solo se entienden cuando se viven y en la medida en que se viven: «No basta con pensar bien —nos advierte Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*—, hay que actuar a lo largo de nuestra vida, pues los que actúan rectamente alcanzan cosas buenas y hermosas y su vida es por sí misma agradable».

Además, la acción nos hace humildes; no es suficiente una vida de piedad, ni los retiros o los Ejercicios Espirituales. Es imprescindible lanzar a los jóvenes a la acción apostólica, a dar la cara por Cristo entre sus compañeros. Es la mejor manera de consolidar su fe y de que aprendan a superar fracasos y desalientos, solo así van creciendo en humildad, saboreando la propia nada y descansando en Dios. Es preciso acostumbrarles a que no se atribuyan nada, a referir a Dios todo lo que tienen —tanto triunfos como fallos—. Un joven que vive así la misión no cederá a la tentación de la que nos habla el Papa Francisco en *Evangelii gaudium*: «Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados, con cara de vinagre»²⁵.

4. El acompañante

Uno a uno

El papa Francisco lo tiene muy claro: «Estamos llamados a ser **personas- cántaros**, para dar de beber a los demás»²⁶. Estamos llamados a practicar el «arte del acompañamiento», a quitarnos las sandalias ante la tierra sagrada del otro»²⁷.

Trabar amistad con personas alejadas de la fe es una valentía, pero también una necesidad urgente para vivir con coherencia nuestra vocación bautismal. La amistad nos proporciona el medio para llevar a los demás el amor a Dios, porque el secreto en lo humano del potencial apostólico se encuentra en la amistad. El hombre ha sido hecho por amor y por eso está tan dispuesto a amar. Es imposible crear algo que dure si no salta la chispa del amor.

Amistad que busca comprender, que quiere al otro por sí mismo, con total desinterés. Amistad que va despertando la fe en los corazones dormidos. Una amistad que haga sentir al otro que también él es amado por Dios, que también él puede llegar a ser santo. Francisco de Asís y León subían hacia las ermitas en las estribaciones de los Apeninos. Se cruzan con un campesino que baja. Es Paolo, bajo, regordete. Va al pueblo porque quiere arreglar la carreta y porque «tengo necesidad —dice— de un golpecito de vino». Bromeando pregunta a Francisco: «¿Yo también puedo ser santo?». «Pues claro, Paolo. A ti también te quiere Dios. Basta con creer en ese amor para que se te cambie el corazón». Si conseguimos que nuestros amigos crean en el amor que Dios les tiene, también a ellos se les cambiará el corazón.

Es la hora del alma a alma. Fue la táctica de los primeros cristianos, lenta, tal vez, pero tremendamente eficaz. ¿Somos conscientes de la importancia de este apostolado? Es el más propio de todo bautizado, el que puede realizar desde el más humilde campesino al más prestigioso catedrático de universidad. Uno a uno, alma a alma. No buscamos resultados inmediatos. Es el apostolado más sencillo, del que ninguno podemos eximirnos.

El Papa nos lo dice con claridad. Abordar un alma es operación compleja, se requiere tacto, simpatía, comprensión, infinita paciencia y, por encima de todo, un total olvido de uno mismo, desaparecer en la misión. Hay que escuchar mucho, saber suscitar confidencias, aprender a quitarnos las sandalias ante la tierra sagrada del otro²⁸. Se realiza desde el máximo respeto, como Jesús, compañero de camino hacia Emaús. Solo consiste en tener encendido el corazón y contagiar la llama por-

²³ Cf. J.M. Esteve, *Educación: un compromiso con la memoria*, Madrid: Octaedro, 2010, 179-180.

²⁴ T. Morales, *El ovillo de Ariadna*, Madrid: Encuentro, 1998, 68.

²⁵ *Evangelii Gaudium*, 85.

²⁶ Id., 86.

²⁷ Id., 169.

²⁸ Cf. Id., 169.

Educar en la oración

El cardenal Ratzinger tuvo una intervención extraordinaria en el Jubileo de los catequistas del año 2000. En ella hablaba de complementar la catequesis con auténticas escuelas de oración porque: «No se puede dar a conocer a Dios únicamente con palabras. Anunciar a Dios es introducir en la relación con Dios: enseñar a orar. Hablar de Dios y hablar con Dios deben ir siempre juntas» (Ratzinger). Solo al calor de la oración, el Señor nos muestra la urgencia de llevar a tantos otros la alegría de la fe.

Es verdad que tenemos que contar con un peligro actual: «Los jóvenes viven en un mundo que les aturde con su ruido, les desorienta con su relativismo respecto de la verdad y el error, del bien y el mal, les encadena con su lujuria. Golpeados por la televisión —podríamos añadir también, por las redes sociales—, conservan, sin embargo, una profunda capacidad para lo divino. Son potencialidades que hay que descubrir, purificar, activar»¹⁹. Todos —no solo los jóvenes— vivimos demasiado deprisa, sin tiempo para «escuchar». ¿Cómo desconectar del mundo digital, en el que con tanta frecuencia viven nuestros jóvenes?

«Así como te preocupa que esté activa tu conexión a internet, cuida que esté activa tu conexión con el Señor»²⁰, nos recomienda con su habitual gracia el papa Francisco.

Algo muy sencillo, pero que a todos nos da cierto miedo proponer es el silencio en algunas de las actividades de formación que tenemos con ellos; enseñarles a descubrir su valor es el mejor modo de que aprendan a escuchar. Si permitimos que los jóvenes pierdan la capacidad de escuchar, no van a poder escuchar a Dios en la oración y, si no lo escuchan, ¿cómo van a responder a su llamada?

¿La mejor evangelización? Hablar de Dios es importante, ¡cómo no! Pero mucho mejor es tener la audacia de enseñar a los jóvenes a hablar con Él; ponerles a los pies del Señor, ayudarles a tener un encuentro personal con Él, a hacer silencio para aprender a escuchar su palabra y poder dar luego testimonio «de lo que hemos visto y oído, de lo que han palpado nuestras manos, del Verbo de la vida». Maestro incomparable en este arte sigue siendo Ignacio de Loyola y sus Ejercicios Espirituales, tan actuales hoy como entonces. Solo este librito ha hecho más santos que letras contiene. Porque nadie que haya hecho Ejercicios ignacianos en silencio puede seguir viviendo una vida mediocre; es imposible. El itinerario de las meditaciones nos va llevando con suavidad hasta comprender nuestra responsabilidad de bautizados y experimentar la alegría de un Dios tan cercano, que «nos presta» su Corazón amante para descansar en él; un Dios que nos «afecta», en palabras de Ignacio.

El secreto para el lanzamiento de los laicos al apostolado está en cultivar en ellos una vida interior intensa. Es verdad que en teoría todos estamos de acuerdo, pero «en la práctica, el ritmo alocado de vida que llevamos, las ingentes necesidades del apostolado moderno, las pasiones propias y las de aquellos en quienes influimos, nos hacen olvidar la teoría sin que nos demos cuenta»²¹. Acabamos fiándonos más de recursos psicológicos o de técnicas pedagógicas que de la fuerza de Dios para la evangelización.

Como el activismo lo invade todo, no es fácil hurtar a la acción horas para la contemplación serena del Verbo silencioso. ¡Cuesta tanto retirarse a la oración cuando se vive tan derramado al exterior! ¡Cuánta experiencia tenemos de esto!

Un joven sacerdote visita a la Madre Teresa de Calcuta para pedirle que rezara por él, pues acababa de ser ordenado. La Madre le dijo que lo haría porque rezaba siempre por los sacerdotes y le preguntó cuánto tiempo de oración hacía al día. «Me quedé sorprendido y algo desconcertado. Celebro Misa todos los días, rezo el breviario. Esto es una heroicidad en nuestros días. También rezo el rosario todos los días». La Madre le dijo: «No basta con eso, hijo. No basta, porque el amor no puede reducirse al mínimo indispensable. ¡El amor exige el máximo!» Terminó explicándole que las hermanas hacen varias horas de oración al día porque «sin Dios somos demasiado pobres para ayudar a los pobres»²².

Además, la oración es importante, no solo porque nos llena de Dios, sino porque nos hace humildes, nos enseña cada día que somos muy pobres, que la obra evangelizadora que llevamos entre manos es del Misionero por antonomasia, no nuestra, en definitiva, nos coloca en nuestro lugar. Nos enseña, sobre todo, a conocernos: «Sin Dios somos demasiado pobres para ayudar a los pobres».

Educar en la acción

¿Por qué? Porque tenemos pecado original. Una verdad de Perogrullo, pero que olvidamos muchas veces. No formaremos nunca una juventud misionera con charlas, cursillos y buenos consejos. Son muchos los que «querrían hacer algo», pero «no pueden». Se entusiasman escuchando al Papa en una Jornada Mundial de la Juventud, rodeados de un millón de jóvenes, pero luego

¹⁹ T. Morales, *Forja*, 255

²⁰ Papa Francisco, *Christus vivit*, 158

²¹ T. Morales, *Laicos*, 147.

²² Card. Sarah, *La fuerza del silencio*, Introd., 13.

Evangelizar, en definitiva, es vivir escuchando a Dios y dándolo a los demás. Nada más, pero también nada menos.

Porque se exige, exige sin miedo. Porque se exige a sí mismo, puede exigir a los demás. Exigencia amorosa, desde luego, pero exigencia. ¿Por qué?

«Al joven, si se le pide poco, no da nada; si se le pide mucho, lo da todo» (Timón David, en *Forja de hombres*, 29). ¡Es una verdad constatada tantas veces por la experiencia!

Conscientes de que todos los hombres buscan a Dios, aun sin darse cuenta e incluso por caminos equivocados tantas veces, debemos atrevernos a propuestas audaces, porque los jóvenes no responden no porque sean malos, sino porque nadie les ha propuesto algo suficientemente atractivo: «La juventud, sedienta de autenticidad, harta de palabrería hueca, está deseando encontrar un ideal, no la defraudemos. No tengamos miedo. Pidámosle heroísmo. Está deseando que se le exija... descubriremos héroes, si les brindamos la oportunidad de serlo»¹⁵.

Si solo ofrecemos ratos de oración cortitos, para que los jóvenes «no se aburran», un voluntariado que no les quite mucho tiempo, o incluso unas semanas en el Tercer Mundo, sin proponerles una entrega de por vida al Evangelio, por ejemplo, con eso no vamos a atraer a nadie. O se atraerá a algunos, pero no a una vida misionera comprometida, y los jóvenes acabarán pensando que, para ser buenas personas, no necesitan a la Iglesia. Cristo no nos invita a hacer bonitas experiencias, sino a entregar la vida, dejando incluso padre, madre, tierras y lengua.

Si queremos reevangelizar España, es evidente que no podemos contentarnos con hacer de los jóvenes «buenos cristianos» o «buenos ciudadanos»; ¿por qué no procuramos forjar apóstoles que se entreguen a la salvación de sus compañeros? Este sí es un ideal por el que merece la pena dejarlo todo.

Un ejemplo: María se educa en un movimiento, donde le piden esta exigencia amorosa. En el piso, que compartía con otros estudiantes, se alojaba otro ingeniero, que hacía el mismo máster que ella. Se dieron cuenta de que tenían muchas cosas en común y pensaron en iniciar un noviazgo, para conocerse mejor. ¿La primera condición que puso ella? «No podemos vivir en el mismo piso, tienes que buscar otro alojamiento...». El chico no entendió nada, pero lo aceptó.

Poco después, él quería hacerle un regalo de cumpleaños; ella le dijo que no quería nada, pero se quedó pensativa y se atrevió a decirle lo que sí le haría mucha ilusión —siempre que él quisiera, no porque a ella le gustara—: «¿Querías confesarte? Eso sí, sería un buen regalo para mí». Él no se confesaba desde la Confirmación y le dijo que tenía que pensarlo muy bien. A los pocos días se confesó con el párroco y, al acabar, este le

dijo que le diera las gracias a la persona que le había invitado a volver a Dios. Desde entonces, muchos días va él solo a Misa entre semana y está feliz. Ahora ya lo ha encajado todo. Elena es la madre que quiere para sus hijos. La relación ha cobrado pleno sentido.

¿Es fácil actuar así? No, y menos hoy, pero, si uno vive su fe con coherencia, es lógico actuar así. Solo así la fe empezará a impregnar el mundo del trabajo, de la diversión, de la familia.

Es verdad que ya «son muchos los que se van dando cuenta de que el único camino para frenar la paganización creciente de las masas es la movilización en amplitud y profundidad de los seglares bautizados. Hay que imprimir en ellos tensión misionera. Es necesario hacerles vivir su fe bautismal»¹⁶. El papel meramente pasivo que durante tantos años han asumido los seglares en la vida de la Iglesia ha tenido consecuencias funestas. Los laicos deben ocupar su puesto, que no es el del sacerdote, desde luego; el lugar que les corresponde por antonomasia es la santificación de todas las realidades temporales, se trata de vivir en el mundo, pero santificándolo, llenándolo del buen olor de Cristo.

Es, como nos pide el Santo Padre, «una forma de predicación que nos compete a todos como tarea cotidiana. Se trata de llevar el Evangelio a las personas que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a los desconocidos. Es la predicación informal... en la calle, en la plaza, en un camino»¹⁷.

3. A tener en cuenta

El evangelizador se dirige de forma preferente a los jóvenes, no solo porque ellos formarán la siguiente generación, sino sobre todo porque, con su capacidad de entrega y de ilusión, transforman también el presente. El modo de regenerar una sociedad es siempre educando a los jóvenes, pero para lograrlo, tenemos que acertar a encender en sus almas la llama de un gran ideal, eso es educar¹⁸; ahora bien, un ideal que se viva en el tiempo con perseverancia, porque un fogonazo repentino se consigue con facilidad, pero eso no educa a nadie. ¿Cómo entusiasmarles con la salvación de sus compañeros? ¿Es un ideal suficientemente atractivo? Vamos a intentar dar algunas pistas que puedan ayudarnos.

¹⁵ Id., 304.

¹⁶ Id., 17.

¹⁷ Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 127.

¹⁸ T. Morales, *Hora de los laicos*, en *Obras pedagógicas del P. Morales*, vol. II, Madrid: BAC, 415-6.

Lucy Lu es una muchacha china educada en el materialismo; con todo, en la adolescencia empezó a preguntarse por el sentido de la vida y de la muerte y si no existía un Dios verdadero. Sus padres, del Partido Comunista chino, le decían que no se hiciera preguntas inútiles, que la religión solo era para personas ignorantes. Al llegar a la edad universitaria, pidió estudiar en una universidad de New York y allí se matriculó en algunas asignaturas de Humanidades, porque seguía con muchas inquietudes. La de Historia la impartía un profesor, que hablaba con naturalidad de su fe católica (acababa de convertirse) ... “¿Cómo puede ser tan buen profesor siendo católico?”, se preguntaba con intriga. Muchos días acudía a su despacho para preguntarle dudas de historia, pero sobre todo, de fe; acabó conociendo a su familia, acompañándoles a la parroquia y comprobando lo felices que eran viviendo con coherencia su fe... Se dio cuenta de que en el cristianismo todo tenía sentido: el pecado y la redención.

- Cuando aprendió a hacer oración, su vida cambió... Habló con un sacerdote, se preparó para el bautismo, descubrió su vocación a la vida consagrada en medio del mundo y ahora solo vive para contagiar a otros, como profesora de universidad, la felicidad que ella ha encontrado en la Iglesia...

Si los hombres conocieran lo “sano” que es el Evangelio y cómo humaniza todo lo que toca, muchos más se apuntarían a seguir a Jesucristo, que hace tan felices a los que empiezan una nueva vida a su lado. Hemos encontrado lo que buscamos y no podemos guardarlo.

2. El evangelizador

Es decir, tú y yo. Porque a nadie le es lícito permanecer ocioso¹⁰. Se dice que el hombre se mide siempre ante las dificultades; por ello, tenemos que conseguir que los obstáculos sean trampolines para saltar más arriba. Necesitamos el coraje de una presencia visible e incisiva en la sociedad, el coraje de ser «signos de contradicción» en medio del mundo, sin que el miedo nos traicione. Ese miedo que califica de imposible la salvación del mundo. Séneca aseguraba que las cosas no son difíciles, se hacen difíciles porque no nos atrevemos. Pero atreverse sigue siendo la mejor manera de alcanzar el éxito. Es maravilloso el número de cosas imposibles que la gente decidida logra realizar¹¹.

Se sabe instrumento. Es decir, el protagonista no somos nosotros, sino Dios. Tal vez la primera condición de todo evangelizador es reconocerse en las palabras con que se presentó Benedicto XVI, al ser elegido Papa: «Un simple y humilde trabajador de la viña del Señor»,

que confiaba en el Señor, pues Él «sabe trabajar y actuar incluso con instrumentos insuficientes». Seguramente, muchos de ustedes recordarán aquellas impresionantes palabras con las que el Pontífice —el gran teólogo, que tanto y tan bien se había desgastado por la Iglesia— se dirigía por primera vez a los fieles de todo el mundo.

En efecto, san Agustín, en su preciosa obra *De Magistri* explica que las palabras exteriores de los maestros invitan a la reflexión interior del discípulo, pero que la **enseñanza interior es solo del Maestro**: «No os dejéis llamar maestros, pues uno solo es vuestro Maestro...» (Mt 23,10). Como evangelizadores, no podemos dejar de dar nuestras palabras, pero sabiendo que el evangelizador por antonomasia es siempre al Maestro interior, nosotros somos solo humildes trabajadores en la viña del Señor.

Vive con coherencia su fe=santidad.

Así nos lo pide también hoy el papa Francisco: «El testimonio de una vida cristiana conlleva un camino de santidad, basado en el Bautismo [...] es decir, los destinatarios de la evangelización no son solo los otros, sino también yo, que cada día debo convertirme¹². Conversión diaria que es sinónimo de aspiración a la santidad, sinónimo de no pactar con la mediocridad, con perder de vista el amor primero que el ángel del Apocalipsis censuraba a las Iglesias. Solo así somos creíbles, pues, aun en medio de nuestras muchas limitaciones, procuramos vivir con coherencia nuestra fe, sin llevar una doble vida, sin hacer compatibles los criterios del mundo con el Evangelio, es decir, huyendo de esa mundanidad, de la que tanto nos habla el Papa. «El lenguaje que la gente joven entiende es el de aquellos que dan la vida, el de quien está allí por ellos y para ellos, y el de quienes, a pesar de sus límites... tratan de vivir su fe con coherencia»¹³.

«En el posconcilio que siguió a Trento hicieron posible la auténtica renovación de la Iglesia los santos que primero se reformaron a sí mismos y así pudieron influir luego en los demás —Ignacio, Teresa, Juan de la Cruz, Carlos Borromeo...—. Rescataron para el Evangelio la sociedad neopagana del Renacimiento»¹⁴.

No podemos olvidar que el verdadero evangelizador enseña con lo que dice, pero, sobre todo, con lo que es.

¹⁰ Cf. *Cristifideles laici*, n. 3.

¹¹ Morales, T., SJ (2011) *Forja de hombres*. Madrid: BAC, 145.

¹² Cf. Cat. Papa Francisco sobre la Pasión de evangelizar.

¹³ *Christus vivit*, 211.

¹⁴ Cf. T. Morales, *Laicos en marcha*, 134.

No vivimos tiempos fáciles, es cierto, pero otros pasados no fueron mejores. «No digamos que hoy es más difícil; es distinto. Pero aprendamos de los santos» (*E. Gaudium*, 263). Los lamentos suelen ser siempre una excusa para la inactividad.

¿Somos conscientes de que cada uno de nosotros puede cambiar el mundo? ¿Qué habría sido de la población negra que llegaba a Cartagena de Indias sin Pedro Claver? ¿Qué de los leprosos de Molokai sin el P. Damián? ¿Qué de los moribundos de Calcuta sin la Madre Teresa? ¿O de los alumnos de la Sorbona sin Federico Ozanam? Y así podríamos seguir incorporando cada uno de nosotros muchos otros nombres.

No comparto la visión fatalista del porvenir que nos presentan tantos agoreros. Es verdad que el futuro no puede adelantarse, pero sí prepararse. Al menos, en gran parte depende de cada uno de nosotros el construir un futuro mejor que el presente que vivimos y... que tanto criticamos. Porque lo preocupante no es que haya una escasa práctica religiosa, sino que el catolicismo, tal y como lo viven millones de españoles, ha perdido su mordiente evangélica y ha quedado reducido a un conjunto de prácticas que no comprometen toda la vida. Nuestro verdadero problema —aseguraba Vittorio Messori— no es ser minoritarios, sino haber llegado a ser irrelevantes. La sal en las comidas es minoritaria, pero da sabor; la levadura en la masa es minoritaria, pero la hace fermentar. A ello nos urgía san Juan Pablo II, con su valentía habitual: «Si sois lo que debéis ser, si vivís el cristianismo sin componendas, podréis incendiar el mundo». No es necesario nada más y... nada menos.⁸

Algunos ejemplos concretos de estos últimos meses:

- ¿Qué actitud han tenido los jóvenes ante la DANA? Se nos dice que el joven posmoderno de hoy se siente como un individuo lanzado al azar, sin identidad, sin herencia, encerrado en sí mismo. Sin embargo, si se le da la posibilidad de formar parte de una gran aventura, saca el héroe que todos llevan dentro. Los hemos visto comprometidos durante varias semanas quitando barro de los pueblos de Valencia más afectados por las inundaciones. ¿Cuántos héroes duermen en los corazones de muchos jóvenes porque nadie les ha brindado la oportunidad de serlo? «Qué buen vasallo, si hubiese buen señor», decían del Cid sus coetáneos.

Es una realidad que nos llena de esperanza.

- Elena es una alumna de máster en la UPV y un verdadero apóstol entre sus compañeros. Como, además, se ha tomado muy en serio su carrera, tiene un expediente extraordinario y le piden que sea ella quien dirija el discurso final en la graduación. A lo largo del curso, se había dado cuenta de que en esa universidad todos eran muy competitivos y solo pensaban en unas salidas laborales económicamente potentes. Ella quería transmitir un mensaje diferente, pero sin que le censuraran el dis-

curso —tenía que revisarlo el coordinador del máster—. Pensó que, aunque solo hiciera bien a uno de los que escuchaban, que habría merecido la pena, así es que quiso terminar con la cita de san Mateo: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?». En el aperitivo se acercó uno de los profesores a darle las gracias, porque su última frase le había impresionado mucho y se la llevaba para meditarla despacio...

Con cuánta razón comentaba el Papa que el desafío actual «consiste frecuentemente no tanto en bautizar a los nuevos convertidos, sino en guiar a los bautizados a convertirse a Cristo y a su Evangelio... llevar el Evangelio de la esperanza a los alejados de la fe o que se han apartado de la práctica cristiana» (*Ecclesia in Europa*, 47).

Otra joven se encuentra realizando su doctorado en un laboratorio. Sus compañeros no creen o están muy alejados de la práctica religiosa. Ella la vive con total naturalidad y alegría y en Navidad quiso dar un testimonio más valiente de ella. Hizo un Belén con material reciclado —tuberías y cables...— y lo puso en el pasillo, a la entrada de su laboratorio, donde todos lo vieran. Nadie hizo ningún comentario, pero un compañero —de los que se dicen ateos— le hizo una foto y se lo puso en el perfil de su WhatsApp. ¿Se imaginan? ¿Recuerdan la estadística que decíamos al comienzo de la intervención?

Y es que, en cierto sentido, hoy es más fácil que años atrás porque nuestros jóvenes no tienen prejuicios, apenas saben nada de la fe que recibieron de niños, pero que nunca han vivido; basta el ejemplo coherente de un compañero, que vive con alegría y radicalidad su vocación bautismal, para que se despierte en los que se encuentran al lado una pequeña llama de esperanza.

- ¿Y los que ni siquiera han oído hablar del cristianismo? No solo entre los bautizados, también entre los que viven en los desiertos del ateísmo, hoy como siempre, sigue siendo válida la frase agustiniana: “inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti”. En la *Evangelii gaudium*, el Papa Francisco es contundente: “el hombre del siglo XXI tiene tanta sed de Dios como el de hace XXV siglos. En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir [...]; estamos llamados a ser personas cántaros para dar de beber a los demás”⁹.

⁷ Con otros ocho estudiantes universitarios de la Sorbona funda las Conferencias de San Vicente de Paúl (38 antes de la encíclica de León XII sobre la Doctrina Social de la Iglesia). Hoy son 700.000 miembros en todo el mundo.

⁸ San Juan Pablo II en el Jubileo del Apostolado de los laicos (26.11.2000).

⁹ *Evangelii gaudium*, 86.

también allí estaba la Virgen, las mujeres que estuvieron junto a la cruz y otros muchos discípulos, que acogieron con alegría el mandato del Señor.

Un historiador de estos primeros siglos de la Iglesia describe así aquella evangelización: «La actividad misionera, sin mandato particular, por el solo dinamismo de la fe bautismal, brota habitualmente en las mismas filas de los cristianos. Vemos que hay sacerdotes, pero los laicos son la gran mayoría. El cristianismo es como una mancha de aceite, se extiende por las mallas de la familia, del trabajo, de las relaciones. Es una predicación modesta, que no se hace bajo la luz de los focos, públicamente en plazas y mercados, sino sin ruido, a la oreja, por medio de palabras dichas en voz baja, al amparo del hogar doméstico. La regla general es la actuación individual, que está al alcance de cualquiera»⁴.

José Luis Martín Descalzo contaba que, durante un cruento bombardeo acaecido en una ciudad alemana durante la Segunda Guerra Mundial, resultó seriamente dañada la catedral del lugar. Afortunadamente, el templo se encontraba vacío y no hubo pérdida de vidas humanas; sin embargo, una de las «víctimas» fue el Cristo que presidía el altar mayor.

Al concluir la guerra, los habitantes del lugar reconstruyeron con heroica paciencia parte por parte de la imagen, hasta que la dejaron totalmente restaurada, a excepción de los brazos, los cuales se destruyeron completamente.

Ante el dilema de retirar la imagen a la sacristía, o esperar a que le fabricaran unos nuevos brazos, los fieles del templo decidieron volver a instalarla en su lugar, colocando una gran inscripción: «Desde ahora, Dios no tiene más brazos que los nuestros». Efectivamente, depende de nosotros la nueva evangelización, a la que la Iglesia nos convoca de continuo.

Y ¿por qué hacerlo con pasión?

Porque «no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo solo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo. Por eso evangelizamos»⁵. Y lo hacemos con pasión porque «la Iglesia crece por atracción»⁶.

Así fue también en los albores del cristianismo; cada nuevo cristiano transmitía, uno a uno, lo que había visto y oído, su experiencia personal con el Dios vivo encontrado en la Iglesia. Bastaba presentar a Cristo con toda su exigencia y radicalidad, para que el Evangelio resultara fascinante. El entusiasmo de su fe contagiaba sin querer a unos y otros. Es sorprendente cómo gen-

tes con muy poca formación en su mayoría, pudieron llevar a los pies de Cristo todo el mundo conocido en la Antigüedad. ¿Se necesitan muchas cualidades para evangelizar, muchos argumentos de peso, mucha doctrina? ¿O, más bien, se necesita estar firmemente convencido de que poseemos un tesoro que no es nuestro y que es preciso transmitir?

Efectivamente, el apostolado no es un adorno, no es un hobby de unos cuantos, es una responsabilidad ineludible. Quizá nos asusta la palabra responsabilidad, pero solo nos habla de madurez, de saber responder a lo que se nos pide —en nuestra vida de fe, en el trabajo, en la familia, en los compromisos diversos de cada uno—. La persona responsable no permanece indiferente, cambia el programa mezquino de sus planes personales porque comprende que ha de dar gratis lo que ha recibido gratis. Cae en la cuenta de que también es culpa suya si el mundo se va alejando de Dios. Es decir, los cristianos que vivimos en medio del mundo somos los responsables de la cristianización de la cultura, la política, la industria, el arte, los medios de comunicación; nadie va a hacer nuestro trabajo. Ya san Juan Crisóstomo lanzaba un grito urgente: «¡Cristiano, tendrás que dar cuenta del mundo entero!».

¿Qué hizo la samaritana, tras su encuentro con Cristo? Salió corriendo para darlo a conocer y consiguió que todos los del pueblo creyeran en Él. ¡Pero si eran samaritanos y no se hablaban con los judíos! ¡Si ella era una pecadora! Todo podían ser excusas para haberse callado, y, sin embargo, con qué convicción comunicaría esta mujer el encuentro con el Mesías, para ser capaz de arrastrar hasta el Maestro a todos sus paisanos.

Solo una fe personal es misionera, una fe vivida hasta sus últimas consecuencias, al estilo de aquellas primeras generaciones, en las que cada nuevo bautizado sabía que se jugaba la vida al optar por Jesucristo. Los mártires nos hablan siempre con su vida que evangelizar significa entregar la propia vida; muchas veces con el derramamiento de la sangre, otras muchas de forma incruenta, pero no por ello menos dolorosa. Quizá a muchos de nosotros nos señalan con el dedo en el trabajo, nos ridiculizan, nos marginan ¿no es una nueva forma de martirio en nuestros días? Soportar las burlas de los compañeros un día y otro tampoco es nada sencillo. Nos han cambiado una granizada de balas por una sonrisa burlona.

⁴ A. Hamman, *La vida cotidiana de los primeros cristianos*, Madrid, 1985, pp. 75-77.

⁵ *Evangelii gaudium*, 266.

⁶ Benedicto XVI, Homilía en Aparecida (13.05.2007).

Itinerario 4

Misión

Autora:

María Consolación Isart Hernández

Universidad Católica de Valencia

1. La pasión de evangelizar

Podríamos iniciar esta ponencia, en vez de con una afirmación, con una pregunta: ¿por qué evangelizar? Y, si se hace, ¿por qué hacerlo con pasión?

Proponerlo en este contexto es un tanto provocador, porque todos los que nos encontramos aquí es precisamente porque sabemos que la Iglesia tiene la obligación de anunciar a Jesucristo a todos los pueblos: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio». Lo sabemos intelectualmente, pero ¿somos conscientes de que cada uno de nosotros es misionero, que la evangelización es tarea también nuestra? Hace unos años se realizó una encuesta sobre el celo apostólico en un país centroeuropeo. Un 72 % de los católicos interrogados confesaron que nunca habían intentado hablar a nadie de su fe; solo un 28 % afirmaban haberlo hecho y —dato muy interesante— con un 17 % de éxitos. En cambio, esa misma encuesta hablaba del 59 % de protestantes, con una proporción de victorias del 43 %.

¡Cuántas veces hemos escuchado a nuestro alrededor que hay muchos caminos para llegar a Dios y que cada uno puede salvarse en su propia religión y según su tradición! ¿No estaremos todos un poco contagiados por el relativismo ambiental?

Sin embargo, sigue siendo válido el discurso que Pedro sostuvo en los orígenes: «No hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos»¹. Ahora bien, si sabemos que el cristianismo no es una religión más², que en Jesús de Nazaret no vemos al hombre buscador de Dios, sino a Dios mismo hecho hombre que ha venido a buscarnos a cada uno³, ¿por qué no somos misioneros, por qué no lo damos a conocer? Es verdad, la Iglesia tiene la obligación de anunciar a Jesucristo a todos los pueblos, pero la Iglesia somos todos los bautizados. Solo será posible una nueva evangelización cuando superemos nuestro pecado de omisión, cuando cada uno de nosotros asumamos con responsabilidad la salvación de otros muchos.

«Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio». Quienes escucharon estas palabras de Jesús, poco antes de subir al cielo, no fueron solo los apóstoles;

¹ Hch 4, 12.

² Cf. Dominus Iesus.

³ Cf. Conferencia Episcopal Española, *Jesucristo, salvador del hombre y esperanza del mundo*. CVII Asamblea Plenaria, 2016.

La santidad no es solo para algunos

El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sino constituyendo un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios trabaja dentro de las relaciones humanas y comunitarias y la Iglesia debe reflejar esa misma dinámica al trabajar como una comunidad de personas unidas en su fe.

El papa Francisco nos recuerda que la santidad favorece «un estilo de vida más humano», y por tanto no es algo solo para algunos «especialistas de lo divino», sino para todos los creyentes, y a su vez, la santidad es originalidad, porque cada uno está llamado a un camino diferente: los santos nos estimulan, nos motivan, pero no están para que tratemos literalmente de copiarlos, «porque esto podría alejarnos del Señor», como nos dice el papa Francisco. Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino.

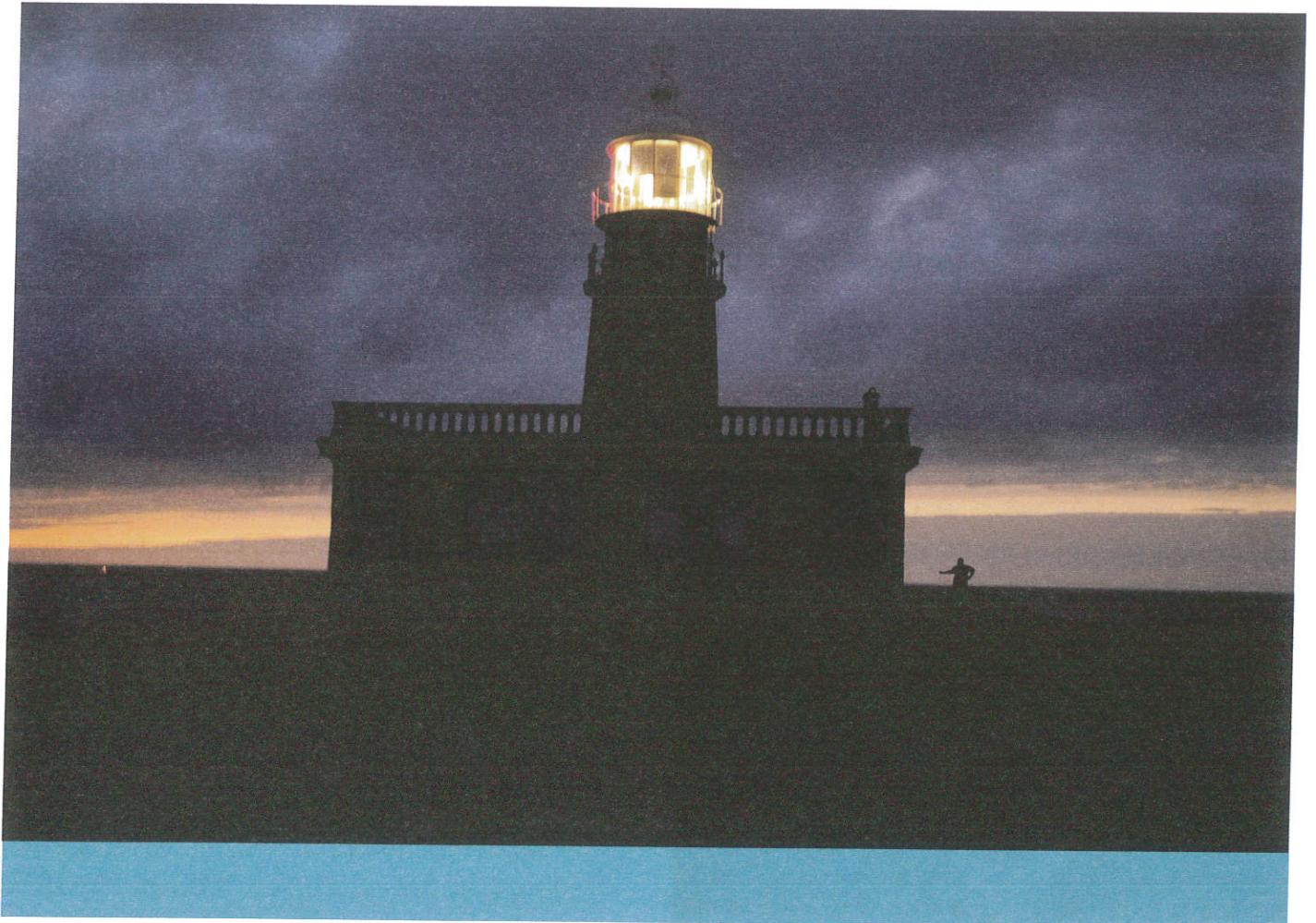
La santidad como gracia de Dios

Ante todo debemos tener bien presente que la santidad no es algo que nos procuramos nosotros, que obtenemos con nuestras cualidades y capacidades.

La santidad es una meta que no se puede alcanzar solo con las propias fuerzas, sino que es fruto de la gracia de Dios y de nuestra libre respuesta a ella.

Por lo tanto, la santidad es un don y una llamada. Como gracia de Dios, es decir, don suyo, es algo que no podemos comprar ni cambiar, sino acoger, participando así en la misma vida divina por medio del Espíritu Santo que habita en nosotros desde el día de nuestro Bautismo.

La semilla de la santidad es precisamente el Bautismo. Se trata de madurar cada vez más la conciencia de que estamos injertados en Cristo, ya que el sarmiento está unido a la vid, y por eso podemos y debemos vivir con Él y en Él como hijos de Dios. Así que la santidad es vivir en plena comunión con Dios, ya ahora, durante esta peregrinación terrenal.



sufrían el mismo proceso: nacen, crecen, florecen, envejecen y mueren. Pensaba que Occidente había llegado a su final. Toynbee contradijo con fuerza esta teoría, mostrando la diferencia entre progreso técnico-material y progreso real, que define como espiritualización. Más que nunca en las dificultades, el hombre muestra lo mejor de sí mismo, ya sea en las artes, en la estrategia militar o en las investigaciones científicas. Todos tenemos alguna experiencia de ello, incluso en nuestra propia vida.

¿Es posible evitar la caída de una civilización? Toynbee no lo duda. Siempre pueden ir relevándose unas minorías creativas a otras *ad infinitum*. San Benito supo resistir a la decadencia del Imperio ante la invasión de los bárbaros, sembrando Europa de monasterios que preservaban y transmitían los tesoros de la vieja cultura; de ellos surgió una Europa renovada social y religiosamente... Algo similar sucederá siglos después con Francisco de Asís, Domingo de Guzmán, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, José de Calasanz, Teresa de Calcuta y tantos otros. Personas concretas que supieron generar a su lado nuevas «minorías creativas».

Con profética clarividencia se dieron cuenta de que solo unas **minorías santas, bien convencidas de lo que creen y muy bien preparadas**, podían ganar la batalla al mal. A esto dedicaron sus vidas. «El futuro no puede anticiparse, pero sí prepararse [...]; el futuro, en parte, al menos, depende de nosotros. Será como lo construiremos», solía decir con frecuencia el P. Morales⁴².

Se habrán dado cuenta de que todo lo que hemos venido diciendo hasta aquí lleva mucho tiempo, no son soluciones rápidas para cambiar ya el mundo. No, gracias a Dios, no. Se trata de forjar una minoría santa, que sea levadura eficaz en la masa para acercar a otros muchos a Cristo: «El mundo será de una minoría que con audacia y decisión arrastre con su vida a los demás»⁴³.

Así lo han hecho los santos y cuando algunos les han acusado de que es un método lento, siempre han respondido con total convicción: «Porque tenemos mucha prisa, vamos muy despacio». No hay desprecio por el resto, sino urgencia por salvarlos⁴⁴.

Precisamente porque urge una nueva evangelización, conviene ¡no tener prisa! Y «porque urge la evangelización de todos, debemos priorizar la formación lenta y cuidadosa de minorías que influirán más tarde en las realidades temporales donde se desenvuelvan»⁴⁵. Mucha paciencia, saber enterrarnos para formar a otros, desaparecer durante años para que sea el Señor el que se luzca. ¿Nos decidimos a formar así, uno a uno, a nuestros jóvenes?

No veremos un resultado inmediato. Pero es que «la evangelización no es un proyecto empresarial...», no

es un espectáculo para contar cuánta gente acudió...; es algo mucho más profundo y escapa a nuestra medida»⁴⁶.

6. María es la Madre evangelizadora

La evangelización no es un proyecto humano. Dios lo quiere y está con nosotros. Tenemos todas las de ganar. Los verdaderos responsables de ella somos los adultos. Si queremos contar con una nueva juventud en el mañana, es indispensable que nos esforcemos por encarnar en nuestras vidas esos ideales que queremos ver reflejados en nuestros jóvenes.

Evangelización, que no nos habla tanto de métodos como de vidas que sean testigos de la alegría que supone seguir con radicalidad a Jesucristo.

Pero no estamos solos, contamos con la ayuda inestimable de la Virgen, la Evangelizadora por excelencia. Cristo nos la regala como Madre desde la cruz, porque no quiere que caminemos sin Ella, sin madre.

¿Cuándo comienzan los misioneros españoles a ver frutos en la evangelización de América? Solo a partir de 1531, cuando la Virgen de Guadalupe se ha aparecido a Juan Diego, los indígenas empiezan a convertirse. Hasta esa fecha, los bautizados eran muy minoritarios, pero, curiosamente, muy pocos años después son más de ocho millones los convertidos. Es Ella la evangelizadora del continente y lo será también de nuestra sociedad, si nos ponemos en su escuela. Escuchemos de sus labios lo mismo que le digo a Juan Diego: «¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?»

A modo de conclusión

1. La secularización del mundo no es irreversible si:
2. todos nos convertimos en apóstoles de apóstoles y
3. forjamos una minoría santa, que transformará la sociedad.

⁴² T. Morales, *Tesoro escondido*, 291.

⁴³ T. Morales, *Forja*, 85.

⁴⁴ Melchor Sánchez de Toca, *Tomás Morales, apóstol de los jóvenes*, 19-21.

⁴⁵ Cf. T. Morales, *Laicos en marcha*. Madrid: BAC, 65.

⁴⁶ *Evangelii gaudium*, 279.

Ponencia final

Un pueblo de Dios vocacional. De los sueños a los retos

Equipo de la Ponencia:

Alfonso Salgado

María Ruiz

Raúl Tinajero

Luis Manuel Suárez, CFM

Juan Carlos Mateos

José María Calderón

Mons. Jesús Pulido

Koldo Gutiérrez, SDB

Miguel Garrigós

Isaac Martín

Esquema

Introducción

1. Un Congreso vocacional: una fiesta del Espíritu

- 1.1. Una fiesta del Espíritu
- 1.2. Una experiencia de fe, amor y esperanza
- 1.3. La misión es el corazón de mi identidad

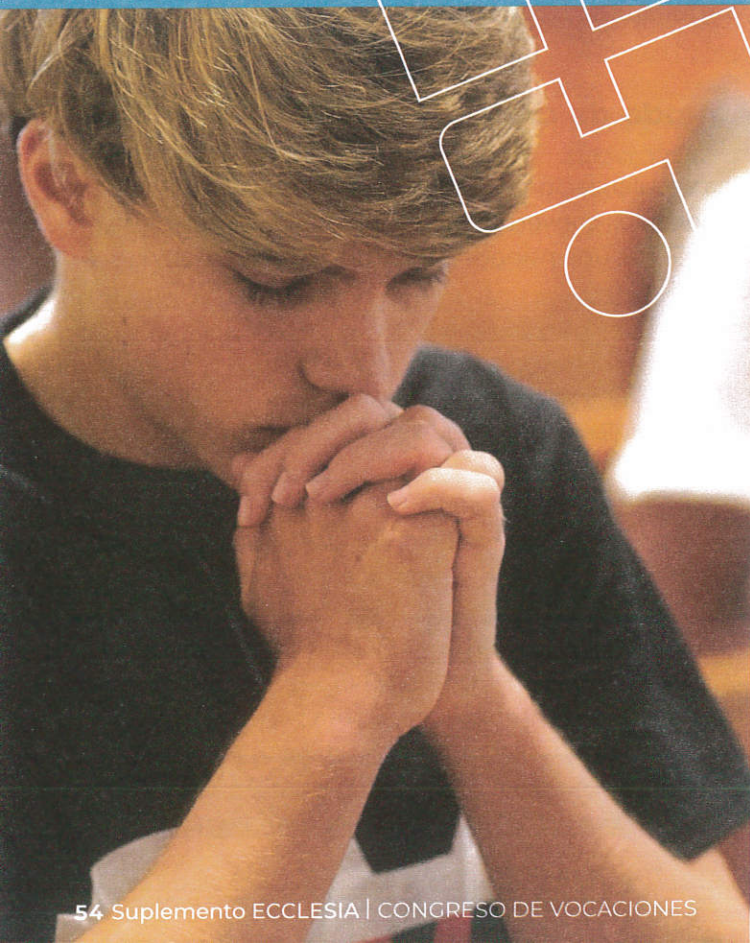
2. Un pueblo vocacional: Dejar que el Señor toque el corazón

- 2.1. Toda vocación nace en Dios, en un contexto, para el mundo
 - a) Toda vocación nace en Dios
 - b) En un contexto
 - c) Para el mundo
- 2.2. Toda vocación es un don
 - a) El don no se merece, sino que se acoge
 - b) El don no se conquista, sino que se agradece
 - c) El don no se entierra, sino que se entrega
- 2.3. Toda vocación brota de la amistad con Jesús
 - a) El Señor gusta de nuestra amistad
 - b) Tratar de amistad
 - c) Una pastoral de la amistad
- 2.4. La Iglesia es una familia vocacional
 - a) Feliz seas, Iglesia, por tus laicos
 - b) Feliz seas, Iglesia, por tus sacerdotes
 - c) Feliz seas, Iglesia, por los consagrados

3. De los sueños a los retos: discernir el camino

- 3.1. Pedir al dueño de la mies... y volver a acoger la llamada...
- 3.2. Vivir gozosamente la propia vocación y fomentar una cultura vocacional
- 3.3. Dar a la pastoral un alma vocacional y fomentar una organización vocacional de comunión
- 3.4. Promover en la Iglesia la urgencia vocacional y misionera

Conclusión



Introducción

En esta ponencia nos gustaría recordar lo que hemos vivido en este congreso vocacional, compartir aquello que ha tocado nuestro corazón, y proponer algunos retos para avanzar como Iglesia misionera y vocacional.

El pueblo santo de Dios es un pueblo vocacional y es un pueblo de soñadores. «Dios habla de un modo u otro, aunque no nos demos cuenta: en sueños o visiones nocturnas, cuando cae el sopor sobre el hombre, cuando está dormitando en su cama. Abre entonces el oído del hombre e inculca en él sus advertencias» (Job 33,14-16). El Dios que llama y hace soñar es el Dios de la historia.

«El amor de Dios y nuestra relación con Cristo vivo no nos privan de soñar» (ChV 138). La Biblia habla de sueños en jóvenes y en ancianos, reyes y profetas, apóstoles y paganos. Pensemos en el patriarca José, el joven Samuel o el profeta Isaías; pensemos en San José, los apóstoles Pedro y Pablo, el anciano Ananías, o el pagano Cornelio. La Escritura dice que una vez derramado el Espíritu, los jóvenes verán visiones y los ancianos soñarán sueños (Hch 2,17; cf. Jl 3,1).

1. Un Congreso vocacional: una fiesta del Espíritu

Hace cinco años nuestras Iglesias que caminan en España pudimos vivir otro importante congreso, en aquella ocasión era un congreso de laicos, que en realidad fue un congreso del Pueblo de Dios.

En aquel congreso fuimos convocados con el lema *Pueblo de Dios en salida* y reflexionábamos sobre la salida misionera a la que el Espíritu convoca al Pueblo de Dios, cada uno con su propia vocación, pero todos juntos formando el Pueblo santo de Dios.

Recuerda estas palabras del papa Francisco: «La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, ni un adorno que pueda quitarme, no es un apéndice, ni un momento entre muchos de la existencia. Es algo que no puedo erradicar de mi ser si no quiero destruirme. Soy una misión en esta tierra, y por eso estoy en este mundo» (EG 273).

Según el papa Francisco un nexo profundo une misión y vocación. Aunque estas palabras expresan realidades distintas, es tal su nexo de unión, que en muchas ocasiones parecen palabras intercambiables. Por eso podemos decir que una Iglesia misionera es una Iglesia vocacional y que una iglesia vocacional es una Iglesia misionera.

Esta razón justifica el congreso vocacional que hemos vivido juntos laicos, obispos, sacerdotes y consagrados. En esta ocasión hemos sido convocados con el

lema *¿Para quién soy?* Si recordáis, en la exhortación *Christus vivit* el papa Francisco tiene un texto maravilloso que lleva el título «Tu vida para los demás» (ChV 253-258). En la vida cristiana cuando preguntamos «¿para quién soy?» emerge inmediatamente esta respuesta: «Tu vida para los demás».

1.1. Una fiesta del Espíritu

Desde Pentecostés sabemos que el Espíritu Santo reparte entre el Pueblo de Dios dones, ministerios y carismas; envía a la Iglesia a la misión universal; incendia el mundo con el fuego de la alegría.

Hemos vivido una fiesta del Espíritu porque hemos experimentado que toda vocación cristiana, asumida y entregada, es un mensaje de alegría para la Iglesia y para el mundo, un mundo que en ocasiones muestra un rostro avocacional o incluso antivocacional.

En Pentecostés, la Iglesia se presentó con un rostro vocacional por la recepción de los dones del Espíritu y mostró su rostro misionero por la acogida del envío misionero para extender el Reino. En Pentecostés el Espíritu regala diversas vocaciones y envía a la misión.

En muchas ocasiones el papa Francisco, cuando habla de misión y cuando habla de vocación, propone una salida de sí. El santo Padre habla de una salida misionera (EG 20) y entiende la vocación como una llamada al servicio misionero hacia los demás (ChV 254).

Con palabras profundas utiliza la palabra «éxtasis». ¿Qué es lo que entiende? Por «éxtasis» entiende la salida de nosotros mismos hacia Dios y hacia los demás. Cuando hablamos sobre vocación, lo primero que hacemos es mirar a Dios quien llama y también a los demás a quienes el Señor nos envía. Dios llama no a crear un grupo de selectos, sino a salir de nosotros mismos hacia los demás mediante el servicio misionero.

Dios llama por amor y su llamada envía a extender el amor. La llamada de Dios que toca nuestro corazón se sustancia en un mandato. Lo podríamos decir de muchas maneras: el amor es la fuente de donde brota la llamada y es el mandato que hemos recibido. En esencia la misión no es otra cosa que inundar el mundo de fe, amor y esperanza.

1.2. Una experiencia de fe, amor y esperanza

Hemos vivido una experiencia de fe, amor y esperanza. La fe es el fuego vivo que genera la acción pastoral de la Iglesia. El amor es el latido del corazón donde nace la vida cristiana, porque sabemos que «Dios es amor» (1 Jn 4,7). La esperanza tiene su casa en la fe y el amor, su fundamento es Dios mismo (*Spes Salvi* 31), y hace de nosotros peregrinos de la esperanza.

Hemos vivido una experiencia de fe, esperanza y amor. Lo hemos podido experimentar en la celebración de la Eucaristía, pero también han llegado a no-

sotros en los itinerarios, ponencias, testimonios, experiencias, talleres. Hemos podido experimentarlo en los momentos que hemos tenido para compartir reflexiones, conversaciones y vida, mucha vida, en realidad la vida del Espíritu en nosotros para el bien del mundo.

1.3. La misión es el corazón de mi identidad

Esta manera de entender la misión tiene consecuencias no fuera de nosotros sino en nosotros mismos. La misión es el corazón de mi identidad. Por eso mismo, no «tengo» una misión, sino que «soy una misión». No existo para mí sino para los demás. Los talentos que se me han dado no son para mi bienestar sino para el servicio. «Soy una misión», y por eso «tu vocación no consiste solo en las actividades que tienes que hacer, aunque se exprese en ellas. Es algo más, es un camino que dirigirá muchos esfuerzos y acciones hacia una dirección de servicio» (ChV 255).

En esta ponencia hablaremos de vocación, carismas y ministerios. Entendemos por vocación que todos «somos llamados por el Señor a participar en su obra creadora, prestando nuestro aporte al bien común a partir de las capacidades que recibimos» (ChV 253). Los carismas «son dones para renovar y edificar la Iglesia... son regalos del Espíritu integrados en el cuerpo eclesial, atraídos hacia el centro que es Cristo, desde donde se encauzan en un impulso evangelizador» (EG 130). Y los ministerios son «una forma visible y tangible de servicio directo a la comunidad cristiana en múltiples expresiones, hasta el punto de ser reconocidos como una diaconía indispensable para la comunidad» (*Antiquum ministerium* 2).

2. Un pueblo vocacional: dejar que el Señor toque el corazón

Somos un pueblo vocacional. Lo somos por gracia, es decir, por el don que hemos recibido. En su más radical esencia, el ser humano es un ser amado por Dios y, por eso mismo, es un ser llamado. Siempre que Dios ama, llama y, como bien sabemos, Dios siempre está amando, por lo tanto, siempre está llamando.

Es cierto que el Señor siempre respeta nuestra libertad, podemos acoger o rechazar su llamada, por eso es urgente dejar que el Señor toque nuestro corazón. Según el papa Francisco «se podría decir que, en último término, yo soy mi corazón, porque es lo que me distingue, me configura en mi identidad espiritual y me pone en comunión con las demás personas» (DN 14).

Fijémonos en Bartimeo, quien permitió que el Señor tocara su corazón. Lo cuenta el Evangelio de San Marcos. En una ocasión, Jesús se encontró con un hombre ciego que estaba al borde del camino. Este

hombre vivía en dificultades porque no conseguía ver, y pidió a Jesús la curación. San Marcos dice que Jesús tocó sus ojos y lo curó. Jesús tocó sus ojos, sus sentidos, podríamos decir que tocó su corazón, y lo curó. Una vez sanado lo seguía por el camino (Mc 10, 52).

El Señor toca nuestro corazón. «Ese mismo Jesús hoy espera que le des la posibilidad de iluminar tu existencia, de levantarte, de llenarte con su fuerza... Siempre encuentra alguna manera para manifestarse en tu vida, para que puedas encontrarte con él» (DN 38).

2.1 Toda vocación nace en Dios, en un contexto, para el mundo

Partamos de lo más sencillo: toda vocación nace en Dios, toca el corazón del ser humano en un contexto determinado, y es una llamada para el bien del mundo.

a) Toda vocación nace en Dios

«La vida de todo hombre es una vocación dada por Dios para una misión concreta» (PP 15). Toda iniciativa vocacional viene de Dios quien ha querido crear el mundo y revelarse a sí mismo. Dios ha querido que su revelación sea escuchada en un terreno humano. De esta manera podemos ver la vocación como el pleno florecimiento de mi propio ser. Es decir la vocación no es un traje que me pruebo y me sienta bien, sino que, por el contrario, es mi propia identidad, esa identidad que Dios, nuestro creador y Padre, tiene en su corazón para el pleno florecimiento de sus hijos. Nosotros somos su gloria, como hombres y mujeres que viven plenamente su vida.

b) En un contexto

La llamada vocacional toca el corazón de una persona en un concreto contexto vital y cultural. Este contexto está dibujado por las circunstancias de la vida, la propia historia y biografía, el mundo donde vivimos. El apóstol Pablo decía que en el camino de Damasco «le alcanzó Cristo el Señor» (Fil 3, 10). El encuentro con Cristo es fundamental para entender el sentido de la llamada. Ninguna vocación llega a la madurez sin un encuentro personal con Cristo. El contexto vital del apóstol Pablo queda expresado por el «camino de Damasco». En realidad, cada uno de nosotros tiene su propio «camino de Damasco», el lugar donde se hace clara la llamada, en momento del encuentro con el Señor.

c) Para el mundo

Toda vocación es una llamada con un «para»: una finalidad, un sentido, un proyecto. La vocación «es en definitiva reconocer para qué estoy hecho, para qué paso por esta tierra, cuál es el proyecto

del Señor para mi vida. Él no me indicará todos los lugares, los tiempos y los detalles, que yo elegiré prudentemente, pero sí hay una orientación de mi vida que Él debe indicarme porque es mi Creador, mi alfarero, y necesito escuchar su voz para dejarme moldear y llevar por Él. Entonces sí seré lo que debo ser, y seré también fiel a mi propia realidad» (ChV 256). El «para» al que Dios nos llama no consiste en una dedicación a uno mismo sino a los demás. En la Biblia queda claro que toda vocación lleva al descubrimiento de la propia responsabilidad en la salvación de los demás. Convertirse en apóstol es signo de la madurez del verdadero discípulo.

2.2 Toda vocación es un don

Todo lo dicho hasta ahora nos lleva a afirmar que toda vocación es un don. Es muy clarificador para el ser humano que al mirar su propia existencia pueda reconocer que lo más importante en su vida aparece como un don. En realidad en algún momento reconocemos como don: la vida, el amor, la amistad, la fe, la misión, la vocación. Uno descubre como una gran iluminación que lo importante en la vida se presenta como don y como consecuencia nos situamos en esta senda.

Al transitar esta senda descubrimos que todo se ha iniciado en Dios mismo, generoso donador. «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Cor 15,10). El creyente afirma que de Dios procede todo don y que el ser humano recibe inmerecidamente la iniciativa salvífica de Dios. El creyente descubre que Dios nos envuelve con su gracia y se llena de gozo al experimentar que Dios se acerca a nosotros con sus dones.

a) El don no se merece, sino que se acoge

Ningún don se merece, sino que lo propio es acogerlo. En este sentido, podemos decir que ninguno de nosotros merecemos la vocación que Dios le ha regalado, pero también decimos que todos tenemos la capacidad de acoger dicha vocación. En realidad, esta afirmación llevaría a decir que más que elegir lo que hacemos es acoger la voluntad de Dios. Podríamos afirmar que cuando estamos eligiendo lo que realmente estamos haciendo es acogiendo la llamada de Dios. La elección es acoger el don. La vocación de María de Nazaret lo expresa con claridad: «He aquí la Esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

b) El don no se conquista, sino que se agradece

En el dinamismo vocacional no es importante la conquista, sino el agradecimiento. El Evangelio cuenta la historia de diez leprosos que se acercaron a Jesús pidiendo ser curados, el Señor atendió su petición y mandó que se presentasen a los sacer-

dotes como prescribía la ley. Aquellos leprosos recibieron una gran gracia, pero solo uno, que además era samaritano, regresó para agradecerse al Señor (Lc 17, 11-19). La gracia lleva al agradecimiento. Es bueno que cada uno de nosotros demos gracias a Dios por la llamada que hemos recibido: a la vida, al amor, a la vida cristiana, a la vocación. La gratitud hace este mundo más humano. La vocación, vivida como gracia y desde el agradecimiento, es un faro luminoso para un mundo mercantilista, que promueve las conquistas y los logros, y no admite el fracaso y la fragilidad. Después de acoger la llamada María exulta de gozo con un canto de acción de gracias, el Magnificat.

c) El don no se entierra, sino que se entrega

Cuando el don llega a lo profundo de la persona mueve la vida a la donación. Primero necesitamos en nosotros una disposición para acoger el don y después viene la donación. En realidad damos aquello que hemos recibido. En este sentido no podemos enterrar los dones recibidos, sino que los entregamos como donación. La vocación que hemos recibido, y que hemos acogido, se convierte en una donación, una entrega, un compromiso de amor al prójimo, una colaboración con la misión del Señor. María entregó al mundo a Jesús, el don que se había encarnado en sus entrañas.

2.3 Toda vocación brota de la amistad con Jesús

Entendemos que toda vocación cristiana brota de la amistad con Jesús. Es hermoso constatar que la vocación cristiana consiste en vivir junto a Jesús y como Jesús, gozando de su amistad. Una amistad inmerecida por nuestra parte que es muestra de su amor y fidelidad. Dice el papa Francisco que «aceptar su amistad es cuestión de corazón y eso nos constituye como personas en el sentido pleno de la palabra» (DN 25).

La vocación es acoger y vivir la amistad con Jesús. Toda vocación invita a entrar en amistad con Dios, como el mismo Jesús ha dicho a sus discípulos. San Ireneo decía que «la amistad de Dios nuestro Señor, el Verbo de Dios, llevó primero a los hombres a servir a Dios, y luego, de siervos los hizo amigos suyos, como dijo a sus discípulos: “Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; sino que os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15.15). La amistad de Dios es una de las más bellas experiencias de la vida creyente».

a) El Señor gusta de nuestra amistad

El nos habla con la cordialidad con la que hablan los amigos. En realidad, en su Palabra nos regala

su amistad. Así decía el Concilio Vaticano II en uno de sus documentos más importantes: «Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía» (DV 1). Podemos recordar tantos ejemplos de amistad de Jesús con sus discípulos. A los que dijo: «Ya no os llamo siervos, sino amigos» (Jn 15, 15). En su Evangelio, san Juan habla de los amigos del Señor: el Bautista quien tiene que disminuir para que el Señor crezca; los discípulos que escucharon la invitación «venid y lo veréis»; Marta y María que muestran franqueza y sencillez; Lázaro el amigo que no habla, pero que provoca lágrimas en Jesús; el discípulo amado que se abre a la intimidad con el Señor. El Señor nos regala su amistad, gusta nuestra compañía, le encanta conversar con nosotros.

b) Tratar de amistad

Y una manera concreta en la que nosotros descubrimos la amistad de Jesús la encontramos en la oración. Santa Teresa de Ávila decía que rezar es un «tratar de amistad con quien sabemos que nos ama». La dinámica vocacional no es una elección oportunista o pragmática, sino el fruto de un diálogo amistoso y amoroso con el Señor que ofrece un sentido pleno y definitivo a las muchas acciones que realizamos. Y que sin Él corre el riesgo de ser un terreno de dispersión, fragmentación y confusión. El encuentro orante con el Señor se caracteriza por la amistad, la gratuidad y el amor. Al orar es recomendable ser como la esponja, que hasta que no se empapa de agua, no chorrea. Es bueno empaparse de la Palabra, para que acontezca, si Dios quiere, la experiencia consoladora, la luz interior, la decisión de la voluntad.

c) Una pastoral de la amistad

La pastoral vocacional es una pastoral de la amistad porque llega a nosotros como el regalo de la amistad de Jesús y propone hacer amigos del Señor. «Es tan importante la amistad que Jesús mismo se presenta como amigo... Con el mismo amor que Él derrama en nosotros podemos amarlo, llevando su amor a los demás, con la esperanza de que también ellos encontrarán su puesto en la comunidad de amistad fundada por Jesucristo» (ChV 153). El papa Francisco nos ha comprometido con la amistad social. «Propongo a los jóvenes —dice Francisco— que vayan más allá de los grupos de amigos y construyan la amistad social, para buscar el bien común. La enemistad social destruye. Y una familia es destruida por la enemistad. Un

país es destruido por la enemistad. El mundo es destruido por la enemistad. Y la mayor enemistad es la guerra» (ChV 169). La amistad social se enmarca en el ámbito de la fraternidad, promueve una compasión activa y es una práctica concreta de la esperanza.

2.4 La Iglesia es una familia vocacional

Gracias al Espíritu formamos un pueblo vocacional al que pertenecemos todos los creyentes: laicos, consagrados, sacerdotes, obispos. Todos, cada uno según su propia vocación, hemos sido llamados por el Espíritu a la plenitud de la vida cristiana: la santidad.

La Iglesia es el lugar donde Dios llama y donde Él se muestra. Somos una familia vocacional que tiene su raíz en el misterio de Dios trinitario. Somos familia porque inspirados en Dios nuestras relaciones son fraternas, llenas de cuidados y de amor. Somos familia vocacional porque atentos a la llamada del Espíritu favorecemos la acogida, florecimiento y maduración de todas las vocaciones eclesiales.

Somos una familia vocacional gracias al Bautismo. El Bautismo es la raíz de la vida cristiana, la puerta de entrada de la vida en Cristo, la marca de vida en Jesús con la que se nos ha ungido. Por el Bautismo todos los bautizados tenemos igual dignidad.

En esta familia vocacional que es la Iglesia todos tenemos una misma vocación cristiana, pero al mismo tiempo todos tenemos una vocación particular que consiste en el modo propio de ser persona y de ser cristiano. En realidad, la vocación personal que recibimos cada uno de los cristianos enriquece a todos. Ninguna vocación se concreta en sí misma, sino que hay que entenderla en armonía con las demás. Es como si entonáramos una sinfonía vocacional donde cada vocación ocupa un lugar concreto en el hermoso canto de alabanza a Dios que entona la Iglesia.

a) Feliz seas, Iglesia, por tus laicos

Queremos dar gracias a Dios por la vocación laical. El laico es un bautizado que, en virtud de su vocación, forma parte del Pueblo de Dios, le es propio el sacerdocio común, y late en su corazón la caridad cotidiana en el mundo, caridad política, y en los matrimonios, caridad esponsal. «(Los laicos) viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión, guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento» (LG 31).

b) Feliz seas, Iglesia, por tus sacerdotes

Queremos dar gracias a Dios por la vocación sacerdotal. Queremos dar gracias a Dios por nuestros obispos, sacerdotes y diáconos. El sacerdote es un bautizado que ha sido llamado al servicio del Pueblo de Dios, para anunciar el Evangelio, celebrar la liturgia y los sacramentos, siendo testigo y ministro de la misericordia, siendo hombre de comunidad y de comunión, estando unido con los obispos y el Santo Padre. En la vocación sacerdotal está Jesús en el «por nosotros», mediación sacramental a través de la que el Señor acompaña el caminar del Pueblo santo. En el corazón sacerdotal late el amor del buen pastor y decimos su caridad es pastoral.

c) Feliz seas, Iglesia, por los consagrados

Queremos dar gracias a Dios por la riqueza de la vocación consagrada. Queremos dar gracias a Dios por los religiosos y religiosas, monjes de monasterios, vírgenes consagradas, institutos seculares, nuevas formas de vida consagrada. Los consagrados son unos bautizados que han recibido una vocación de dar testimonio en el mundo de la trascendencia de Dios, de manera particular a través de la consagración y profesión de los consejos evangélicos. «Los consejos evangélicos de castidad consagrada a Dios, de pobreza y de obediencia, como fundados en las palabras y ejemplos del Señor..., son un don divino que la Iglesia recibió de su Señor y que con su gracia conserva siempre» (LG 43). La vida religiosa tiene un valor de signo porque prefigura los bienes del cielo, dando testimonio de la vida eterna, proclamando la trascendencia de Dios, y la vida configurada con Cristo. En el corazón late un amor que llamamos caridad perfecta.

3. De los sueños a los retos: discernir el camino

El discernimiento cristiano se fundamenta en la convicción de que Dios está actuando en la historia y en las personas. Y, porque Dios no está ocioso, sino que está actuando, la misión de la Iglesia «es hacer posible que cada hombre y cada mujer encuentre al Señor que ya obra en sus vidas y en sus corazones» (DF 105).

Llegamos a la última parte de esta ponencia. Queremos transitar el camino que va de los sueños a los retos. Al soñar nos dejamos guiar por el Espíritu Santo que guía a la Iglesia mediante signos e inspiraciones. Quien sueña guarda todo en su corazón, lo que entiende y lo que no entiende, intentando secundar los

pasos del Espíritu. Como María, la madre del Señor, también nosotros estamos llamados a guardar todas estas cosas en el corazón.

¿Qué retos se nos presentan para ser un pueblo vocacional? ¿Cómo podemos crecer como Iglesia misionera y vocacional? ¿Cómo hacer que la pastoral vocacional nos ayuda a afrontar el futuro? ¿Cómo alentar, acompañar, vocaciones laicales, sacerdotales y religiosas?

3.1 Pedir al dueño de la mies... y volver a acoger la llamada...

En realidad, ser una Iglesia vocacional es un reto que nos supera. No está en nuestras manos, pero si está en nuestras manos pedir al dueño de la mies que mande buenas vocaciones para la misión.

«Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor». Entonces dice a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (Mt 9, 35-38).

San Mateo presenta a Jesús predicando el Reino, sanando las dolencias y curando las enfermedades del pueblo. Ante la inmensidad de las necesidades, el Señor afirma que hay escasez de trabajadores para tanta mies, y propone pedir al dueño de la mies que mande trabajadores a su mies. La mies es de Dios. Nosotros tan solo somos trabajadores.

La desproporción entre el número de trabajadores y las necesidades de la evangelización siempre ha estado presente en la Iglesia, pero, quizá hoy se note más, porque la conciencia vocacional parece disminuir, incluso hay signos evidentes de una crisis vocacional.

Unos años antes de ser elegido Papa decía Benedicto XVI: «El futuro de la Iglesia vendrá solo de aquellos que tengan fuertes raíces y vivan con plenitud la propia fe. No vendrá de los que solo dan recetas. No vendrá de los que se adecuan al momento. Vendrá de los nuevos santos». Los santos son los mejores intérpretes del tiempo presente y descubren antes que los demás la manera de seguir a Jesús en cada época.

Los santos anuncian el futuro. Tenemos necesidad de nuevos santos, de testigos del Evangelio, de personas y comunidades que muestren, con su ejemplo, las posibilidades de proyectar su vida según el Evangelio en nuestra sociedad. Este testimonio evangélico constituye el primer servicio que ofrecer, la primera palabra de anuncio del Evangelio. Con nuestra vida podemos ayudar a descubrir, acoger y madurar el

don de la vocación seglar, consagrada o sacerdotal, para bien de toda la Iglesia.

También está en nuestras manos volver a acoger la llamada y reavivar la inquietud por el Evangelio frente a la desilusión. Decía el Santo Padre en el Monasterio de los Jerónimos de Lisboa, en la última JMJ: «Cuando uno se va acostumbrando y se va aburriendo y la misión se transforma en una especie de empleo, es el momento de dejar lugar a esa segunda llamada de Jesús, que nos llama de nuevo, siempre. Nos llama para hacernos caminar, nos llama para rehacernos... No es tiempo de detenerse, no es tiempo de rendirse, no es tiempo de amarrar la barca en tierra o de mirar atrás; no tenemos que evadir este tiempo porque nos da miedo y refugiarnos en formas y estilos del pasado. No, este es el tiempo de gracia que el Señor nos da para aventurarnos en el mar de la evangelización y de la misión».

3.2 Vivir gozosamente la propia vocación y fomentar una cultura vocacional

La vocación que hemos recibido es concreta, particular, plena. Algunos reciben la vocación seglar, otros la vocación consagrada, otros la sacerdotal.

Debemos agradecer a Dios, nuestro Padre y creador, su llamada, nuestra vocación. Y debemos agradecer las llamadas que el Señor hace a otras personas para enriquecer al Pueblo santo de Dios. No solo hay que agradecer, sino también hay que intentar vivir gozosamente y con la mayor intensidad la propia vocación: laical, consagrada y sacerdotal.

Todos necesitamos de todos. Lo que lleva a conocernos, valorarnos, apoyarnos. ¿Qué podemos hacer los laicos para que haya buenas vocaciones religiosas y sacerdotales? ¿Qué podemos hacer los religiosos y sacerdotes para que haya buenas vocaciones laicales? ¿En qué nos podemos ayudar unos a otros para fomentar las otras vocaciones?

Es necesario fomentar una cultura vocacional. El papa Francisco dice que «la gracia supone la cultura y el don de Dios se encarna en la cultura de quien la recibe» (EG 115). La cultura constituye el terreno fundamental de crecimiento, o de alienación y desviación, de personas y comunidades, y por tanto, también el espacio privilegiado para la encarnación del Evangelio y de diálogo con otras visiones de la vida.

La cultura vocacional se caracteriza por el anuncio del Evangelio, la entrega de una antropología cristiana, la vida entendida como llamada y servicio, donde prevalece la apertura y no la autorreferencialidad. La cultura vocacional es una cultura capaz de acoger la vida como un don que hay que recibir y agradecer, una cultura que se opone a la soberbia de quien quisiera hacerse a sí mismo y no depender de nadie, una

cultura que no piensa en la tierra como una fuente de ingresos sino como un don que hay que cultivar y respetar. La cultura vocacional es una cultura donde se anuncia la belleza del matrimonio cristiano, la riqueza del compromiso laical en la vida pública, la originalidad de vocación consagrada, la necesidad de la vocación sacerdotal. En definitiva, necesitamos fomentar la cultura vocacional.

3.3 Dar a la pastoral un alma vocacional y fomentar una organización vocacional de comunión

En el Sínodo sobre los jóvenes se reflexionó mucho sobre la vocación y se propuso que toda pastoral tuviera un alma vocacional. Podríamos decir que la dimensión vocacional es la dimensión más significativa de toda propuesta pastoral.

Hay una relación de inclusión recíproca entre la pastoral vocacional y cualquier pastoral. Es la misma relación que existe entre la levadura y la masa. «Y volvió a decir: “¿Con qué comparar el reino de Dios? Es como la levadura, que una mujer toma y mezcla en tres medidas de harina, hasta que todo se eleva”» (Lc 13,20-21). La levadura es capaz de hacer fermentar toda la masa. La animación vocacional es capaz de hacer fermentar toda la pastoral, es el alma de la pastoral, la pastoral florece gracias a su alma vocacional.

La sensibilidad creyente confirma la bondad de una antropología vocacional. Y esta antropología vocacional se asienta en la antropología del don. La antropología del don tiene un carácter profético en un mundo que muchas veces se asienta en una globalización de la indiferencia. «Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás, ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera» (EG 54). Sobre el don ya hemos hablado en esta ponencia en varias ocasiones.

Para hacer todo esto necesitamos fomentar una organización pastoral de comunión y de colaboración entre distintos sectores pastorales. En concreto está en marcha el desarrollo de un Servicio de Pastoral Vocacional nacional (SPVn) donde participan la Comisión para los Laicos, la Familia y la Vida —con las subcomisiones de Familia y de Juventud—, la Comisión para el Clero —con la subcomisión de Seminarios—, la Comisión para la Vida Consagrada, la Comisión Episcopal de Misiones, CONFER y CEDIS, así como las

comisiones de Educación y Catequesis. De la misma manera, en cada diócesis se está implementando un Servicio de Pastoral Vocacional diocesano (SPVd).

En el Sínodo sobre los jóvenes se hablaba de una pastoral integrada afirmando que no era una propuesta solo para la pastoral juvenil y la pastoral vocacional. «Además, hay una exigencia de trabajar juntos con la pastoral familiar, educativa, cultural y social en torno a la construcción del proyecto personal de vida de cada bautizado. En todas partes emerge una búsqueda sincera de una mayor coordinación, sinergia e integración entre los distintos ámbitos pastorales, cuyo objetivo común es ayudar a todos los jóvenes a alcanzar la “plenitud de Cristo” (Ef 4,13)» (IL 209).

3.4 Promover en la Iglesia la urgencia vocacional y misionera

Terminamos esta ponencia haciendo una llamada al Pueblo de Dios para promover en la Iglesia la urgencia vocacional y misionera.

Hablamos de urgencia en primer lugar porque quizá la conciencia vocacional y misionera pueda estar debilitándose en la Iglesia. También porque entendemos que en realidad la vida cristiana es un don que se concreta en la respuesta que personalmente damos a una llamada y que se traduce en la transmisión de la experiencia de la vida de fe. En realidad, cuando hablamos de urgencia estamos señalando una prioridad y proponemos un compromiso.

Habíamos comenzado la ponencia señalando el inseparable nexo que hay entre vocación y misión, entre la Iglesia misionera y la Iglesia vocacional. En realidad para poder ser una Iglesia misionera necesitamos hacernos conscientes del carácter vocacional que mueve toda la vida cristiana. Y promoviendo todas las vocaciones estamos haciendo posible que la llamada al envío misionero sea secundada.

Los que hemos participado de este congreso somos embajadores de este compromiso. Nos gustaría hacer de nuestra Iglesia una Iglesia vocacional y misionera. Este es un compromiso urgente que hoy llega a nuestras familias, barrios y parroquias, pueblos y ciudades, Congregaciones e Instituciones apostólicas, diócesis y organismos eclesiales, pero, sobre todo, es una llamada a todos los que hemos podido vivir esta fiesta del Espíritu.

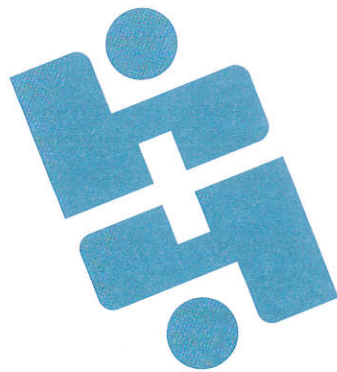
Conclusión

«He venido a traer fuego a la tierra; ¡y cómo quisiera que ya estuviera encendido!» (LC 12, 49). El Señor habla del fuego del amor que le habita por la presencia del Espíritu y que le recuerda toda la experiencia amorosa que ha vivido en el seno del Padre.

En el desierto de Judea Juan el Bautista proclamaba anunciando la venida del Señor: «Yo os bautizo con agua para que os convirtáis; pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo y no merezco ni llevarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego» (Mt 3,11). En Jesús hemos sido bautizados en el Espíritu Santo y en el fuego. No lo olvidemos nunca. El Señor arde de amor por todos, sin excluir a nadie, y quiere que todos nos contagiemos este fuego vivo para poder contagiar a otros.

Ese fuego es la evangelización a la que como bautizados hemos sido convocados, que no es otra cosa que llevar al mundo el fuego que Jesús vino a traer a la tierra. Él nos ilumina con su presencia y su poder, y solo así nos convertimos en fuego que calienta e ilumina a todos los que encontramos. La Iglesia misionera es una Iglesia vocacional. Estamos llamados a transmitir el fuego vocacional.





Por participar en el Congreso de Vocaciones,
podrás recibir de manera gratuita la versión digital
del próximo número de ECCLESIA

ECCLESIA
+ revista



¡Pídelo!

Teléfono: 911 71 73 84

Mail: suscripciones@revistaecclesia.es

ECCLESIA

SUPLEMENTO

**Suplemento de la
Revista ECCLESIA**

Director: **Fran Otero Fandiño**
Diseño y maquetación: **Juan Salvador**
Fotografía: **Carlos Mira y OSV News**
Edificio «SEDES SAPIENTIAE».
C/ Manuel Uribe, 4. 28033 Madrid
911717366